

La chica
que perdió
su Zapato



Olivia Kiss

La chica que perdió su zapato

#4 Serie Chicas Magazine

Sinopsis

Lo último que Gina esperaba durante la cena de la empresa era terminar la noche en la cama de Blake Miller, el hijo pequeño del imperio para el que trabaja en la revista Golden Miller. Pero lo peor no fue eso, no, lo peor fue perder en su dormitorio su zapato, ese del que no existía un par igual en todo el mundo y que tenía que recuperar a cualquier precio.

Sin embargo, cuando le pide a Blake que se lo devuelva, él no parece dispuesto a entregárselo sin obtener algo a cambio. Y lo que el incorregible y mujeriego Blake Miller quiere es desconcertante: que Gina lo ayude a convertirse en un chico bueno, uno que pueda hacerse cargo junto a su hermano mayor de la dirección de la revista.

Pero ¿puede Blake cambiar? ¿Y ella conseguir que lo haga?

1

Blake Miller no podía creerse que su mejor amigo, ese con el que había crecido y compartido toda una vida, fuese a casarse. No solo porque Gabe Jenkins y él se prometieron que jamás pasarían por el altar, sino porque, además, la idea lo ponía nervioso. Le hacía plantearse cosas en las que no quería pensar, como que, quizás, se estaba quedando atrás. En cierto modo, era como si todos madurasen menos él. Su amigo se casaba, su hermano mayor tenía novia formal cuando nadie esperaba algo así y en breve los cerdos empezarán a volar. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿En qué momento él había pestañeado y todo había cambiado?

—¿Estás seguro, Gabe? —Lo miró frunciendo el ceño—. No me malinterpretes, Jane es una chica genial y de verdad que me cae muy bien, pero estamos hablando de una boda. Casarse. Tener que disfrazarte y subir a un altar para decir cursilerías.

Gabe puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—No lo entiendes. No tienes ni idea, Blake.

—Pues explícamelo —le pidió receloso.

—La quiero —respondió—. La quiero como nunca pensé que querría a ninguna mujer y, cuando algún día te ocurra algo así y te enamores, entenderás que la idea de pasar toda una vida con alguien no es aterradora,

sino casi un alivio.

—Dios mío, voy a vomitar si sigues...

—Blake, hablo en serio, no estoy bromando.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó quitándole el vaso.

Gabe resopló y se puso en pie. En media hora tenían que estar en una cena de la empresa que habían organizado para celebrar la fusión de la revista Golden Miller con una cadena de televisión local. Su hermano, Dominic Miller, había conseguido aquel trato con la ayuda de su novia, Ava Bell, y eso era algo que su padre no dejaba de recordarle.

Es más, la tarde anterior, Blake había empezado a agobiarse cuando este le hizo una visita sorpresa y, tras servirse una copa de coñac y sentarse en el sofá, lo miró con desaprobación.

—¿Qué piensas hacer con tu vida, Blake? —le había preguntado.

—¿Vivir? —respondió alzando una ceja. A su padre no pareció hacerle gracia la respuesta.

—Sabes de lo que hablo. He tenido mucha paciencia contigo, muchacho, pero empiezo a pensar que eso ha sido un error. No te pido que dirijas la empresa familiar, como a Dominic, pero qué menos que tener alguna meta a largo plazo a la que dedicarte.

Y ese era precisamente el gran problema de Blake.

Desde que eran niños, su padre había puesto todas sus esperanzas en su hermano mayor, Dominic, estando seguro de que sería capaz de mantener la revista Miller. Él nunca había tenido esa clase de atención. Era como si ya desde entonces todos lo hubiesen dado por perdido. La parte buena de aquello

era que, tanto él como su hermana pequeña, Olivia, se habían pasado la vida divirtiéndose y disfrutando sin obligaciones que atender. La parte mala era que no podía evitar ser consciente de que su familia no tenía muchas esperanzas puestas en él y que, desde críos, él había sido calificado como *la oveja negra*, título que seguía conservando. Así pues, dado que nadie esperaba nada de Blake, ¿por qué esforzarse?, ¿por qué molestarse en demostrar que sí que valía para aquello y que era inteligente?

Y ahora Gabe, su compañero de travesuras, se iba a casar. Él se quedaría solo, los años pasarían y terminaría siendo un viejo mujeriego viviendo de la herencia familiar y fundiéndose todo su dinero en chicas, champán y tonterías sin sentido.

—¿Qué es lo que te ocurre? —Gabe lo sacó de su trance.

—Nada, no me pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Vamos, Blake, te conozco mejor de lo que te conoces tú mismo, cuéntame qué es lo que te preocupa. Lo veo por esto de aquí —le señaló el ceño fruncido.

Blake se bebió su copa de un trago y suspiró un poco agobiado.

—Ayer vino a verme mi padre.

—¿Y la cosa fue mal?

—Bastante mal. Resulta que, al parecer, quiere que haga algo con mi vida.

—¿No estás de acuerdo con eso? Ya va siendo hora...

—¿No me digas que tú también estás de su parte!

—Lo digo por ti, Blake. Creo que necesitas... nuevas metas, ¿me entiendes? Algo que te saque de esta rutina. ¿Qué gracia tiene pasarte la vida

saliendo y acostándote cada noche con una mujer diferente? Terminarás cansándote, ¿y luego qué?

¿Y luego qué? Esa era la pregunta que Blake no se sentía capaz de contestar, porque no estaba seguro de que después de lo que hacía en esos momentos hubiese algo más. Era lo que tantas veces le habían demostrado: él no servía para nada concreto. No podía participar en el negocio familiar, porque tanto su hermano como su padre pensaban que no estaba preparado para ello y era incapaz de cumplir unas normas, y tampoco sabía qué más hacer.

—Soy rico, no tengo razones para trabajar.

—El orgullo es una buena razón, Blake.

—Si vas a estar dándome lecciones morales...

—Te lo digo por tu bien, porque te conozco.

—Vamos a llegar tarde —dijo cambiando de tema.

—Escúchame. —Gabe habló serio y lo obligó a mirarlo y prestarle atención—. Sé que puedes conseguir cualquier cosa que te propongas. Lo único que necesitas es un poco de motivación, siempre ha sido así —aclaró, recordando lo distraído que era Blake—. ¿Por qué no les demuestras a tu hermano y a tu padre que vales para esto? Yo confío en ti.

—Pareces un puto unicornio escupiendo purpurina.

—Blake... —Lo miró enfadado y resopló.

—¿Qué es lo que esperas de mí? —gruñó enfadado.

—Espero que les des a todos en las narices. Puedes hacerlo. Eres tan o más inteligente que Dominic, la diferencia es que él es constante y tiene las ideas

claras, pero tú no.

—¿Y qué sugieres que haga? —Apartó la mirada.

En realidad, le estaba doliendo aquella conversación. Gabe lo conocía muy bien, sabía cuáles eran sus debilidades y sus puntos flojos y se aprovechaba de ello. Estaba abriendo viejas heridas que Blake se había esforzado por mantener a un lado, cicatrizándolas a base de no prestarles atención. Que su amigo intentase revolverlo todo no era buena idea. Que fuese a casarse, tampoco. Que su hermano sentase cabeza, aún menos. Que su padre empezase de repente a esperar algo de él, casi sonaba de locos. ¿Por qué ahora quería que cambiase? ¿Desde cuándo a su padre le importaba...? Si ya tenía a su hijo perfecto y predilecto...

Gabe lo miró serio, como pocas veces lo hacía.

—Lo que sugiero es que les demuestres que se equivocan contigo. Sé que Dominic ya te ha dado oportunidades, pero si le pides que ceda una última vez, lo hará. Lo conozco. Es tu hermano y te quiere, lo único que necesita es ver que vas en serio.

—Ni siquiera sé por qué estamos hablando de todo esto...

—Porque te preocupa. No te hagas el tonto conmigo.

Blake se dio un golpecito con los dedos en la sien, pensativo. Por un lado, de repente le parecía que todas las respuestas a sus preguntas estaban ahí delante; Gabe tenía razón, lo único que tenía que hacer era proponerse en serio de una vez por todas que podía cambiar. Dejar de dormir durante el día, de salir de fiesta por las noches y de pasar cada día con una mujer diferente. Pero, por otro lado, le daba tanto miedo fracasar en el intento que a veces

pensaba que era mejor no intentarlo siquiera, porque de ese modo seguiría en su burbuja.

—Ni siquiera sabría por dónde empezar —se quejó.

—Un plazo. Siempre plazos, Blake. La vida real, la de ahí fuera, funciona así. Plazos y horarios. Podrías darte un mes, por ejemplo. Un mes para intentar ser el hombre que yo sé que eres y, si dentro de ese tiempo no lo has conseguido, te dejaré que vuelvas a tu vida vacía sin volver a darte la murga. Pero... tienes que intentarlo de verdad.

—Eso es fácil decirlo, Gabe, pero no sabría ni por dónde empezar.

—Con reglas y disciplina. Te comportas como un niño mimado que puede conseguir todo lo que quiere y el mundo en el que vivimos no es así. Jane podría ayudarte, por cierto. Mi chica es la persona más organizativa de la tierra, te lo digo en serio. Tú llevas demasiados años viviendo en el infierno y ella podría... uhm, ¿cómo explicarlo?, pulir algunas de tus costumbres. Ya sabes, conseguir que dejes de ser el tipo malo y pasota.

—¿Quieres que me ponga en ridículo delante de tu novia? Olvídalo.

—Necesitar un empujón o un poco de ayuda no es ridículo.

—¡Esto es una estupidez! —exclamó levantándose.

—¿Así que te rajas? —lo retó Gabe divertido.

Blake quería rajarse, sí. La idea de demostrarle al mundo que valía para algo era tediosa y requería tener que esforzarse y aprender a cambiar viejos hábitos. Pero, por otro lado, la sonrisilla que asomaba en los labios de su amigo lo estaba poniendo de los nervios.

—¡Claro que no! Es más, ¿sabes qué? Acepto el reto. Lo acepto. Dentro de

un mes voy a ser el hombre más jodidamente perfecto de esta maldita ciudad.

—Blake... —Gabe lo miró divertido, pero también orgulloso.

—Lo digo en serio. Empiezo a partir de mañana.

—¿Eso qué significa? —Entornó los ojos.

—Eso, amigo mío, significa que esta noche pienso hacer todas y cada una de las locuras que se me pasen por la cabeza. Voy a despedirme por todo lo alto. Y a partir de mañana, no tendré más líos esporádicos, ni saldré entre semana, ni... lo que sea que haga la gente decente.

Gabe también se puso en pie, pletórico. Llevaba meses intentando convencer a su amigo de que tenía que hacer algo con su vida, cambiar de golpe, proponerse nuevos retos... y no había sido hasta que le había contado que se había declarado a Jane la noche anterior, en su casa, arrodillándose con un anillo en la mano, cuando Blake al fin había parecido reaccionar de repente, como si eso fuese un choque para él que no se esperaba.

—Está bien, pero deberíamos hacer alguna apuesta.

—¿Una apuesta? ¿Cómo qué, exactamente?

—Algo razonable —meditó Gabe—. Si no lo consigues, me quedo con tu coche. El descapotable, no el otro. —Sonrió al ver el desconcierto en el rostro de su amigo.

—¿De qué vas? ¿Has perdido la cabeza?

—¿No te atreves? ¿Temes rendirte la primera semana porque es muy duro para alguien como tú tener que levantarse a las siete de la mañana todos los días? Vamos, Blake.

—De acuerdo. Si pierdo, te quedas con el coche. Pero...

—Aquí es donde todo se pone interesante.

—Si gano yo, trabajarás para mí en la revista.

—¿Qué dices? ¡Eso sería casi tortura!

—Sí, no sabes el placer que será poder darte órdenes estúpidas y que tengas que cumplirlas todas y cada una de ellas. —Lo miró malicioso, pero Gabe no se echó atrás.

—Está bien. Trato hecho. Tenemos una apuesta.

Le tendió la mano y Blake se la estrechó con fuerza.

—Y ahora... voy a disfrutar de esta noche como si fuese la última. Cosa que, en parte, así es. Lástima que sea una cena de la empresa. —Le pasó un brazo por el hombro a su amigo—. Tendré que devanarme los sesos para ver qué se me ocurre y animar el ambiente.

—No hagas nada raro —lo advirtió Gabe.

—Ya veremos, colega. Ya veremos...

Su voz no prometía nada bueno, desde luego.

2

La cena de la empresa se celebraba a las afueras de la ciudad, en un salón que la revista había alquilado y que estaba decorado con cortinas blanquecinas, globos plateados y centros de mesa de las mismas tonalidades. Fuera, bajo el manto oscuro de la noche, había una pequeña terraza y un jardín que parecía un laberinto y que olía a jazmín y rosas.

Gina se había puesto una falda de tubo negra y una camisa de color plata, a juego con el ambiente de la fiesta. Y los zapatos... los zapatos eran especiales; desde que se los había puesto, no podía dejar de pensar en ellos y en por qué había decidido hacerlo justo esa noche. Además, llevaba el cabello recogido en un moño alto y poco apretado del que escapaban algunos mechones de pelo y se había maquillado para la ocasión, al igual que sus amigas. Jane, Zoe y Ava caminaban a su lado abriéndose paso entre las mesas de los invitados, muchos de ellos inversores, asociados y personal de la cadena de televisión con la que se había fusionado la revista un par de semanas atrás cuando el jefe, Dominic Miller, consiguió cerrar el acuerdo tras mucho esfuerzo y negociaciones que parecía que no tendrían fin.

Aunque Ava quiso que todas se sentasen en la mesa principal, las tres declinaron la oferta. No es que no se alegrasen de su noviazgo con el jefe, pero la idea de pasarse la noche codo con codo con todos sus superiores las

ponía nerviosas. Así que, cuando Jane se despidió de Gabe, que sí estaría junto a ellos, las tres se dirigieron hacia sus respectivos lugares y se sentaron en una mesa redonda junto a otros compañeros de revista.

La noche empezó bien. Sirvieron solomillo a la pimienta acompañado por patatas sobre una base de puré suave de calabaza que estaba delicioso.

—Ojalá sirviesen pan para limpiar el plato —dijo Zoe.

—¿Cómo puedes comer siempre tanto y no engordar? Te odio —contestó Jane con el cejo fruncido, mientras miraba a su amiga como si fuese una traidora.

—Genética, o eso dicen. Hay días en los que como más que Jaxon —recordó, refiriéndose a su novio, que era jugador profesional del equipo de hockey de la ciudad—. La última vez que estuve en su casa, compró un candado para la nevera. Pero encontré la llave.

Jane y Gina se echaron a reír mientras les servían el segundo.

—Gabe no deja de mirarte —le dijo Gina a su amiga.

—Acabamos de prometernos. Por desgracia, se le pasará.

—No lo creo, está tan enamorado que parece tonto —bromeó Zoe.

—¡Oye, no te metas con mi chico! —Jane se limpió con la servilleta y después alzó la mirada hasta la mesa principal, donde estaba él sentado. Llevaba puesto un esmoquin que le sentaba de fábula. Le sonrió, hasta que la conexión de sus miradas se vio interrumpida por el codazo que acababa de darle a Gabe el chico que estaba sentado a su lado—. Ahí está Blake Miller, rompiendo momentos románticos —suspiró hondo—. Todavía no sé cómo es posible que Gabe y él sean mejores amigos, si no tienen nada en común.

—Yo nunca habría dicho eso, al menos hasta que reformaste a Gabe — dejó caer Zoe y luego se encogió un poco ante la mirada afilada de su amiga —. Quiero decir, que tu chico es adorable, un osito de peluche, pero admite que tuvo su época canalla.

—Lo de Blake no es una *época canalla*, sino más bien una *vida canalla*. Hay cosas que no se pueden reformar —opinó Jane—. Madre mía, no sé si tendré hueco para el postre.

—Si no, siempre puedes dármelo a mí. —Zoe le guiñó el ojo y después miró a su otra amiga, que esa noche estaba especialmente callada—. Venga, Gina, dinos qué opinas tú del principito Miller, ¿crees que alguien como él podría llegar a cambiar?

Gina apenas había estado escuchando. Levantó el mentón y clavó la vista en el susodicho del que estaban hablando sus amigas. Blake Miller estaba sentado en la mesa principal y parecía tan pensativo y ausente como ella. Tenía el cabello oscuro, más largo y desordenado que el de su hermano Dominic, con las puntas curvándose ligeramente en la zona de las orejas. Sus ojos eran de un gris oscuro que cortaba la respiración, no tanto por el color electrizante, sino por la profundidad de su mirada. Las pocas veces en las que Gina lo había visto por la oficina, lo recordaba con una permanente sonrisa seductora en los labios, siempre bromeando, levantando suspiros allá donde pisaba y convirtiéndose en el centro de atención que su familia deseaba evitar, puesto que lo último que daba era una imagen profesional. Cualquiera que no supiese que era un Miller, hubiese podido pensar que se trataba de un gigoló o de un niño mimado que, a fin de cuentas, era lo que más se ajustaba

a la realidad.

—Todas sabemos que alguien como él es imposible de reformar —opinó Gina unos segundos más tarde—. Lo que no quita que sea una alegría para la vista.

Sus amigas rieron y Gina volvió a centrarse en su plato.

Aunque había hecho el esfuerzo de bromear, porque ella solía ser siempre una persona positiva y divertida, esa noche se sentía inusualmente triste y abatida. Lo peor de todo es que era consciente de por qué, pero le aterraba tanto admitírselo a sí misma que no quería ni pensar en ello. En la envidia. Algo que ella nunca había sentido como entonces.

Al principio ni siquiera se había dado cuenta de ello.

Sin embargo, poco a poco empezó a ser consciente.

Todas sus amigas habían encontrado a su media naranja en poco más de medio año. Así de fácil. Hacía un pestañeo las cuatro eran solteras y cuando quedaban para salir por las noches despotricaban contra los hombres y se divertían narrando sus últimas y desastrosas citas. Pues bien, eso se había terminado. Ahora tan solo hablaban de lo romántico que era Gabe, lo maravilloso que era Jaxon y lo increíble que era Dominic. La única alteración era el orden que, en este caso, no alteraba el resultado. Sus tres mejores amigas habían encontrado a esos hombres que estaban perdidamente enamorados de ellas. Y Gina no podía alegrarse más, por supuesto que lo hacía. Pero la pregunta que rondaba su cabeza a todas horas era: *¿y por qué yo no?, ¿qué hay de malo en mí para que terminase siendo la solterona del grupo?*

Puede que fuese una tontería, pero no se lo quitaba de la cabeza.

Sobre todo, los días en los que como, la semana anterior, Zoe y Jane habían salido a cenar *en parejas*; aunque la habían invitado a unirse a ellos, Gina había declinado la oferta y se había quedado toda la noche en el apartamento que desde hacía poco compartía con Zoe, comiendo esas galletitas saladas que tanto le gustaban y viendo un capítulo de *Friends* que ya casi se sabía de memoria. Pero lo peor es que, durante todo ese tiempo, lo que realmente deseó era estar en aquel restaurante al que habían ido sus amigas, con un chico interesante y guapo al lado que la mirase como si fuese especial, cenando y riendo con despreocupación.

Quizás por eso esa noche se había puesto los zapatos.

Cuando se había vestido con la falda y la blusa y se había mirado en el espejo, se había sentido tan alicaída que había terminado abriendo el armario y buscándonos en su caja.

Los zapatos eran preciosos, de color negro y con la pequeña punta triangular bañada en plateado. Iban perfectos con su camisa de ese mismo color. Gina se había quedado tanto tiempo con ellos en la mano sin saber qué hacer que, al final, cuando Zoe llamó a su puerta diciéndole que llegaban tarde, se los puso sin pensar y salió a la carrera.

Lo cierto era que ella nunca usaba esos zapatos.

Era el único recuerdo que le quedaba de su abuela. Cuando Gina era pequeña y veraneaba en la casa familiar, se pasaba horas junto a su abuela en el taller de zapatos que ella tenía cerca del granero. Tiempo atrás habían sido una empresa fuerte, pero la fabricación en masa y la vida moderna había

terminado por hacer que se convirtiesen en un negocio artesanal, casi de lujo, que pocos podían permitirse. Hacían cada zapato a mano. Cada par era único e irremplazable. A Gina le fascinaban absolutamente todos los zapatos, desde los que se vendían en las multinacionales hasta los que su propia abuela hacía. Se había pasado los veranos siguiéndola por todas partes y haciéndole preguntas, de modo que, cuando se hizo mayor, poco antes de que su abuela falleciese tras pasar un cáncer largo y doloroso, le hizo llegar una pequeña caja en la que había una nota:

Mi querida Gina.

Estos son los últimos zapatos que hice y los creé especialmente para ti. Parecen sencillos, pero son especiales y diferentes, como tú. Y, además, dan suerte. Úsalos cuando quieras que el destino esté de tu parte.

Con amor, tu abuela.

Fue el mejor regalo que Gina había recibido jamás.

Por supuesto, desde entonces no se los había puesto nunca, porque le aterraba la idea de poder hacerse una pequeña rozadura, mancharlos o romperlos de algún modo. Como esas cosas que quieres tanto que intentas mantener intactas y terminas por no gastar.

Y esa noche los llevaba puestos, cosa del azar o no. Gina sabía que era un error garrafal y una parte de ella no podía evitar estar preocupada y desear volver a casa cuanto antes para volver a guardarlos en su cajita y mantenerlos a salvo. No porque creyese que eran mágicos, desde luego, no era tan tonta,

sino porque seguían siendo el único recuerdo que le quedaba.

3

Blake se metió en la boca la cucharada del postre llena de mousse de chocolate. Llevaba toda la noche ausente, pensando en la conversación que había tenido con Gabe horas atrás en su casa. Cambiar. Madurar. Demostrarles a todos que era más y mejor de lo que creían.

Podía hacerlo. Conforme pasaban los minutos, se convencía más de ello. No era que le interesase especialmente la empresa familiar ni nada en particular, sencillamente se trataba casi de una cuestión de orgullo, ese que llevaba años demasiado adormecido.

Así que aquella era su última noche en la que sería un hombre libre, despreocupado y sin metas que cumplir. Y en vez de estar pasándose en grande con un par de rubias y una copa en la mano, estaba en una cena que no le interesaba lo más mínimo y rodeado de gente que tenía conversaciones aburridas que empezaban a darle sueño cuando, lo único en lo que podía pensar, era en que tenía que aprovechar cada minuto. Hasta el amanecer. Hacer todo eso a lo que ya no podría dedicarse cada día. Divertirse, en resumen.

Cuando sirvieron el champán, se tomó su copa y, después, ya con la mayoría de los invitados de pie charlando y riendo animados por el salón, cogió otra de una bandeja que llevaba un camarero y salió de la sala. Suspiró

hondo mientras caminaba por los jardines que rodeaban aquel lugar. En ciertos puntos era frondoso y olía a jazmín. Había pequeños farolillos en cada esquina que iluminaban el lugar aquella noche de luna menguante. Blake se llevó una mano al bolsillo, sacó la cajetilla de tabaco y se encendió un cigarro.

No era una de esas personas que fumasen todos los días, tan solo cuando salía por ahí o si llevaba una copa en la mano, como era el caso. Dio una calada y echó el humo justo cuando giraba un recoveco y la imagen de la chica apareció ante sus ojos.

Vestía una falda de tubo que le llegaba por encima de las rodillas y unos zapatitos que parecían de muñeca en sus pequeños pies. Era muy bajita, como un hada en medio del jardín. Tenía el cabello de color cobrizo, más anaranjado que rubio, y unos ojos rasgados y claros que se clavaron en él en cuanto dio un par de pasos e hizo ruido.

—Bonita noche —dijo él, acercándose—. Blake Miller.

Le tendió la mano y ella tardó unos segundos en estrechársela. Cuando rozó sus dedos, Blake sintió que el estómago le daba un vuelco y frunció el ceño, contrariado.

—Gina Allen —contestó en voz baja.

—Debería conocerte, ¿verdad?

—Verdad. —Ella sonrió—. Nos hemos visto un par de veces, en otras cenas y en la oficina. Pero no te preocupes, lo entiendo. Muchas caras.

Blake sonrió y se llevó el cigarro a los labios.

—Tranquila, dudo que vuelva a olvidarme.

La frase, en apariencia inocente, sonó casi erótica.

Gina se puso nerviosa ante su mirada penetrante.

—Debería volver al salón, antes de que refresque más...

—¿Vas a dejarme aquí abandonado y solo? Espera al menos hasta que me termine el cigarro. ¿En qué sección trabajas? —preguntó mirándola con interés.

Gina se movió para sentarse en uno de los bancos de piedra.

—En prensa rosa. ¡No me mires así, es divertido! —Se quejó ella, al tiempo que se frotaba los brazos debido al frío de la noche—. Siempre hay noticias, es una fuente inagotable.

—Ya me imagino. Toma, ponte mi chaqueta.

—No, no es necesario, de verdad...

Pero él no le hizo caso. Se quitó la chaqueta del traje y se acercó a ella para colocársela sobre los hombros antes de sentarse a su lado, en aquel banco en medio del jardín. La miró de reojo y le mostró una sonrisa que a Gina le formó un nudo en el estómago. Sonreía de lado, como los chicos malos de las películas, y le salía un pequeño hoyuelo y todo.

—No parece estar divirtiéndote mucho esta noche.

—Sí que lo hago, solo necesitaba salir para tomar el aire... —mintió y, no supo por qué, pero después chasqueó la lengua y terminó negando con la cabeza—. En realidad, no, no me estoy divirtiendo mucho —admitió—. Pero es una larga historia y no quiero aburrirte.

—No me aburres. Cuéntamela —le pidió él.

—Es que es una tontería. —Se sonrojó como una niña.

—Seguro que sabes algo de mi fama. Me encantan las tonterías.

—Es verdad. —Se echó a reír antes de ponerse seria—. Sencillamente me sentía un poco sola ahí dentro, nada más. Resulta que hasta hace medio año todas mis amigas eran solteras y hoy en día tienen pareja. Ya está. Sé que es una chorrada, pero hace que me sienta... un poco desplazada. Tengo la sensación de que algo ha cambiado, incluso aunque sé que es cosa mía. Dios, olvídale, esto es de locos. Parezco una quinceañera quejándome en el recreo.

—No, te entiendo —la sorprendió él.

—¿En serio? —Lo miró desconfiada.

—Sí, a mí me ha pasado algo parecido con mi mejor amigo. Gabe Jenkins, ¿lo conoces? Creo que sale con una de tus amigas, no estoy seguro. El caso es que, en teoría, a ninguno de los dos se nos pasó jamás por la cabeza la idea de casarnos, siempre nos burlábamos de todos esos que pasaban por el altar y, ahora, míralo, está deseándolo.

—Es un buen hombre —susurró Gina.

—Sí que lo es. Y, si he de ser justo, Jane es perfecta para él.

Gina asintió con la cabeza, suspiró hondo y estiró las piernas.

—En realidad me alegro de que todas estén felices. Lo que me preocupa es otra cosa. Como que no me suceda nunca lo mismo a mí, por ejemplo. O quedarme sola. ¿Crees que soy egoísta por eso? No dejo de pensarlo desde hace semanas.

—Eso no es ser egoísta, es ser humana.

—Dicho así suena mejor. —Le sonrió.

Blake se terminó la copa de champán de un trago y la miró de reojo. Esa

chica tenía algo que llamaba poderosamente su atención, aunque no sabía el qué. Era guapa, con la nariz pequeña y los labios carnosos, pero no se trataba solo de su belleza, sino de algo más. Sentado a su lado en medio de un jardín y habiéndola conocido hacía diez minutos, Blake se sentía extrañamente relajado y bien, algo que desde luego no era habitual.

Eso fue lo que le impulsó a proponerle aquella locura.

—¿Te he contado ya que esta es mi última noche de libertad en la Tierra? —bromeó, aunque las palabras tenían más verdad de lo que parecía. Ella volvió a reírse de nuevo, soltando ese sonido tan vibrante y agradable, y negó con la cabeza—. Pues así es. Resulta que a partir de mañana seré como uno de esos hombres aburridos y responsables que están dentro del salón. De modo que durante las siguientes horas debería poder hacer todo lo que se me pase por la cabeza, gastar hasta el último resquicio de locura. Y no dejo de pensar... que tú podrías acompañarme. ¿Qué me dices, Gina? Te prometo que, si aceptas, haré que sea la noche más intensa y divertida de toda tu vida.

Gina lo miró dubitativa. Por un lado, una distracción era justamente lo que necesitaba en esos momentos. Pero, por otro lado, sabía bien que Blake Miller era peligroso; no solo por la fama que arrastraba y por todo lo que había escuchado sobre él en los pasillos durante los años que llevaba trabajando para la revista, sino porque era fácil deducirlo al sumergirse en su mirada gris; brillante, perversa y capaz de dejar a cualquiera sin aliento.

Y a pesar de todo, su corazón respondió antes que su cabeza.

—De acuerdo. Hagámoslo.

—No te arrepentirás.

La sonrisa que curvó sus labios hizo que el corazón de Gina latiese muy rápido.

4

Media hora más tarde, Blake conducía su lujoso descapotable por las calles de la ciudad de Nueva York. Se habían marchado de la cena tras despedirse de todos los demás y él no podía dejar de pensar en las escasas horas que tenía por delante para pasárselo en grande con esa chica menuda y guapa que había accedido a hacerle compañía. Justo lo que necesitaba ahora que Gabe y su hermano parecían más ocupados en otras cosas que a él no le importaban.

—Veamos, dime qué es lo que más deseas en el mundo.

—¿Lo que más...? —Frunció el ceño, pensativa—. No se me ocurre nada. Es complicado, nunca pensé que podría elegir cualquier cosa y que me quedaría en blanco.

—Algo tiene que gustarte. ¿Nunca has soñado con tener una tienda de ropa abierta de madrugada para ti sola, por ejemplo? Eso suena divertido.

—Claro, si tuviese una tarjeta que fundirme.

—¿Y si te digo que la tienes? —La miró de reojo.

Gina alzó las cejas, incrédula, mientras Blake se reía.

—A ver si al final es cierto eso que dicen sobre ti de que estás completamente loco.

—Toda leyenda tiene su parte de razón, ¿no crees?

Tras hacer un par de llamadas, Blake condujo hacia el parking de unos

grandes almacenes y esperó hasta que el guarda de seguridad les abrió las puertas desde dentro. Una vez dejaron el coche, montaron en el ascensor y subieron hasta la primera planta, donde una chica los recibió con una sonrisa y le dijo a Gina que estaba para ayudarla en lo que necesitase. Blake se rio al ver la sorpresa en su pequeño rostro ovalado, como si fuese el día de Navidad.

Avanzaron por la tienda. Él se entretuvo siendo testigo de sus gestos, sus grititos de emoción y la sonrisa que le llenaba la cara mientras iba inspeccionando perchas y hablando sin parar, de lo bonito que era ese vestido de allá o de lo increíble que eran unos zapatos.

Hasta que se giró hacia él y tragó saliva con fuerza.

—No puedo hacer esto. Quiero decir, quiero hacerlo, claro que quiero, pero sé que mañana me sentiría fatal conmigo misma por haber aceptado.

A Blake le enterneció que pensase aquella tontería.

—Es mi dinero. Me gusta malgastarlo. Si no lo hago en ti, lo haré en cualquier otra cosa peor. Esta es mi última noche y quiero disfrutarla contigo.

—Podríamos ir a tomar una copa, por ejemplo. Es más económico y normal.

—No, nada de cosas *normales* hoy. Primero encuentra algo que te guste y luego nos vamos a tomar algo. Yo esperaré sentado en ese sofá de ahí. No tengas prisa.

—Pero... pero... —tartamudeó.

—Ah, te iré haciendo preguntas mientras te pruebas la ropa, ¿de acuerdo? Me basta con que contestes sí o no —concluyó sacándose el móvil del

bolsillo del pantalón.

Gina lo miró anonadada mientras él se alejaba y la chica sacaba una percha y se la mostraba con una sonrisa. Aunque estaba un poco nerviosa por la extravagante e inesperada situación, terminó siguiéndole el juego a la dependienta, sin dejar de mirar de reojo a Blake, que se mantenía unos metros más alejado, sentado en un sofá que estaba delante de los probadores.

Había escuchado todo tipo de cosas acerca de él, pero nunca hasta ese momento había estado tan segura de que todas y cada una de ellas eran completamente ciertas.

Se dedicó a coger prendas con las que pudiese salir esa noche cuando se fuesen de allí, vestidos cortos, alguno más elegante, con pedrería y adornos festivos.

Cuando terminó, la chica se retiró y ella se acercó al probador.

Él levantó la mirada del móvil y le sonrió.

—¿Ya has encontrado algo que te guste?

—Creo que sí, falta ver cómo me queda.

Blake desvió la mirada hacia sus piernas sin ningún tipo de sutilidad, como si estuviese mirando sin reparos un delicioso helado de chocolate que deseaba comerse.

—Yo no tengo dudas sobre eso. —Sonrió travieso y ella fue incapaz de contestar esa provocación, así que se metió en el probador con el corazón latiéndole con fuerza—. A propósito, ¿te gusta el confeti, Gina? —Su voz se escuchó desde fuera.

Vestida tan solo con la ropa interior, ella frunció el cejo.

—¿Confeti? Pues, no sé, supongo que sí. ¿A qué viene eso?

—Cosas mías —respondió él al otro lado del probador—. ¿Y los unicornios? Según dice mi hermana Olivia, estadísticamente os gustan al ochenta y cinco por ciento de las mujeres.

—Sí, son monos, ¿para qué mentir?

Y acto seguido salió del probador y caminó insegura hacia el sofá donde él estaba tirado con las piernas extendidas y la mirada fija en el móvil. Una mirada que alzó en cuanto la vio acercarse y que la recorrió de arriba abajo, haciéndola sentirse casi desnuda.

—Demasiada tela —opinó.

—Eso no es un argumento.

—Claro que sí. Tapa tus piernas. Tapa tus brazos. Tapa casi tu cuello. Vamos a pasar la mejor noche de nuestras vidas, no a visitar un convento —bromeó.

—Eres idiota. Y, por cierto, aún no me has contado por qué es *tu última noche*.

Se metió en el probador y escuchó la risa ronca de Blake Miller de fondo.

—Es una larga historia, pero, en resumen, a partir de mañana seré un hombre nuevo. Un hombre que no podrá salir de fiesta todos los días ni entretenerse con mujeres.

Gina puso los ojos en blanco mientras se quitaba el vestido, que era cierto que se parecía un poco al que usaba *Morticia Addams*, negro y de terciopelo, y se puso otro que era más corto y juvenil, de un color rojizo que conjuntaba un poco con su pelo recogido.

—¿Qué tal es este? —preguntó al salir y dio media vuelta delante de él, que le prestó toda su atención. Le resultaba extraño sentirse tan tranquila con un tipo que acababa de conocer hacía menos de dos horas, por mucho que fuese el hermano pequeño de su jefe y que, de algún modo muy lejano en el que no quería pensar, trabajaba para él y su familia.

—Mejor que el anterior, pero pareces una señal de Stop. O la señora Menstruación. O un tomatito adorable. O algo muy rojo, en general.

—Odio tu innecesaria sinceridad —se quejó.

—¿Preferirías que fuese uno de esos tipos que mienten y les dicen a sus novias lo maravillosamente bien que les queda ese vestido cuando piensan lo contrario?

—Para empezar, niño mimado, no soy tu novia.

—¿Niño mimado? —Alzó una ceja y sonrió divertido.

—Por cómo hablas. Como si el mundo estuviese a tus pies.

—Es que, por si no te has dado cuenta, el mundo está a mis pies.

Se miraron fijamente durante unos segundos, antes de que Gina girase sobre sus tacones, él se riese bajito y ella entrase de nuevo en los probadores para ponerse el último vestido. Era el más corto, por encima de la rodilla, de un color verde botella oscuro que resaltaba su cabello anaranjado y con las mangas transparentes y un escote en forma de corazón.

—¿Te gustan más las palomitas o los palitos de regaliz?

Gina frunció el ceño al escucharlo. Estaba loco, definitivamente. Se colocó bien los pechos por dentro del vestido, que se ajustaba a su silueta, y se miró en el espejo.

—¡Palomitas! —respondió a gritos.

—¿*Sexo en Nueva York* o *Friends*?

—¿*Friends*! ¿Qué significa todo esto?

—¿Mojito o piña colada? —siguió.

—Piña colada, supongo —contestó.

—¿Te van las piñatas?

Gina sacudió la cabeza, alucinada, y salió del probador. Caminó segura hacia él, con los zapatos de su abuela aún puestos porque pegaban con ese vestido de noche.

—¿Estás perdiendo la cabeza? ¿A qué vienen todas esas preguntas?

—Es una pequeña sorpresa. Nuestra noche perfecta.

Madre mía, no exageraban los rumores sobre Blake Miller, pensó ella, todavía sin dar crédito a todo lo que estaba ocurriendo y, sobre todo, sin ser consciente de que en aquellos momentos las pupilas de él se dilataron ligeramente al fijarse en su cuerpo.

Blake se puso en pie lentamente, como un tigre que sale al acecho de su presa, y se acercó a ella sin apartar la vista. Sintió el salvaje deseo de besarla, de meterla en los probadores y quitarle él mismo ese vestido que acababa de ponerse. El problema era que Gina le parecía demasiado graciosa y divertida como para tirar por la borda la noche que les esperaba por delante. Quería pasárselo bien junto a ella, no terminar solo en su apartamento en menos de media hora después de un polvo rápido que ya imaginaba que le sabría a poco.

—Estás... jodidamente... increíble...

—Vaya, gracias. —Ella se sonrojó.

—Me recuerdas a Ariel, la de La Sirenita —bromeó cuando la tensión creciente entre ellos le resultó insoportable y tuvo que obligarse a no hacer ninguna tontería—. Nos lo quedamos. Venga, vámonos ya o no nos dará tiempo a hacer nada interesante.

Antes de que ella pudiese protestar, él la cogió de la mano y avanzó sin darle tregua por los pasillos vacíos de la lujosa tienda que estaban llenos de ropa.

—Oye, ¡que no hemos pagado el vestido!

—No te preocupes, lo ponen a mi cuenta.

5

Gina aún seguía nerviosa cuando llegaron a Sky Room, un local de moda de la ciudad al que ella también solía ir con sus amigas. Antes de que pudiese ser consciente de que una noche triste y pensativa se había convertido en una noche divertida e inesperada, él le colocó una copa en la mano y la hizo girar cogiéndola de la otra, moviéndose junto a ella al ritmo de la canción de moda que sonaba bajo las luces de colores de la sala.

¿Quién iba a decirle que terminaría bailando con el tipo más mujeriego e impredecible de la ciudad? Allí, bajo el cielo oscuro de la noche, a ella no le parecía tan terrible. Ni mucho menos cuando se terminó la primera copa y él le rodeó la cintura mientras bailaban.

Su mirada gris era abrasadora. Tan intensa, que Gina a veces se veía obligada a romper el contacto visual entre ellos para no terminar cometiendo ninguna estupidez. Blake tenía los hombros fuertes y, bajo sus manos pequeñas, eran el agarre perfecto que ella necesitó cuando empezaron a temblarle las rodillas al sentir su cuerpo rozándose contra el suyo al ritmo de la música, tentándola. A Gina no le pasaron desapercibidas las miradas de algunas mujeres que estaban a su alrededor en la pista de baile, pero, por una noche, por un momento, quiso disfrutar de poder sentirse como la chica especial y única ante unos ojos masculinos.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó él.

—Sí. ¿Y tú? ¿Una buena última noche?

—Inmejorable —susurró mirándola.

Gina tragó con fuerza al notar la firmeza de los dedos de Blake en su cintura antes de posar la mano con la palma abierta sobre la espalda escotada del vestido y descender peligrosamente hacia abajo mientras la contemplaba fijamente. Pensó que, si le rozaba el trasero, moriría por combustión espontánea, porque nunca se había sentido tan... deseada.

—¿Quieres pedir otra copa? —le preguntó él justo antes de desviarse del camino y volver a subir la mano hasta su nuca para masajearla con delicadeza.

—Sí, algo más fuerte, por favor.

—Lo que *La Sirenita* ordene —bromeó él.

Fue al cuarto de baño mientras Blake se acercaba a la barra para pedir dos copas y, mirándose en el espejo, se retocó el brillo de labios y los mechones de cabello que habían escapado del moño cada vez más flojo que parecía querer deshacerse.

Se convenció de que esa también era su noche y de que merecía pasárselo bien. Cuando sintió un impulso minúsculo de echarse atrás y pedir un taxi para regresar a su apartamento, se miró enfundada en aquel vestido y se vio guapa y sexy, justo antes de recordar que, seguramente, si volvía a casa se encontraría a Zoe y a Jaxon en el sofá. Seguro que la invitarían a que se sentase junto a ellos a ver una película y harían manitas y soltarían risitas cómplices mientras ella se esforzaría por no sentirse como una sujeta vela de

manual.

Blake, en cambio, sí deseaba irse a su apartamento, pero porque tenía una buena razón para hacerlo acompañado por esa chica de cabello cobrizo que lo había vuelto loco mientras bailaban en la pista minutos atrás. Esperando con las dos copas mientras ella regresaba, recordó su cuerpo pequeño y seductor moviéndose contra el suyo al ritmo de la música y los esfuerzos que él había hecho para no acariciarle el trasero por encima del vestido y pegarla aún más a su cuerpo, hasta que no quedase espacio entre los dos.

—Perdona por haber tardado. —Gina le sonrió.

—No es nada. Toma. —Le dio su copa.

Se sentaron en uno de los reservados y él la miró.

—Así que eres la única de tus amigas que no tiene pareja —dijo, retomando la conversación que habían empezado horas atrás en los jardines—. Cuéntame el secreto, ¿se debe a malas experiencias o es que eres muy exigente?

—Supongo que una mezcla de las dos cosas.

—De modo que eres de las que saben lo que quieren.

—No exactamente, pero tampoco quiero compartir mi vida con el primero que pase, no me gustaría conformarme con alguien que no me haga feliz.

—¿Cuáles son tus requisitos? —preguntó él tras dar un trago.

—Lo básico. Chico que sea buena persona, atractivo a ser posible, con el que me ría y me lo pase bien, que sea sensato y esté dispuesto a comprometerse.

—Pareces un anuncio de alguna página de citas.

—¡No te burles! —Ella se echó a reír y le dio un codazo.

—No lo hago, solo es que suena demasiado previsible.

—Lo previsible no es malo —replicó Gina.

—No me gustaría que terminases con algún tipo aburrido.

—Tranquilo, hasta ahora he sabido tomar buenas decisiones.

—¿Has tenido alguna relación larga? —Blake se quedó embobado mirando los labios de la chica cuando sorbió por la pajita su bebida. Se movió con incomodidad.

—Una. Sencillamente no funcionó. Queríamos cosas distintas.

—¿Te hizo daño? —preguntó con interés.

—No, quedamos como amigos. ¿Y tú?

—¿Yo? —La miró sin comprender.

—Relación larga, ¿has tenido alguna?

—No. Ni larga... ni corta, ya puestos.

—¡Eres un maldito canalla! —Gina le dio otro codazo y los dos se rieron antes de mirarse en silencio, pensando justo lo mismo: que era sorprendente que sus caminos hubiesen estado tan cerca siempre, pero que no se hubiesen cruzado hasta esa misma noche. Y que, cuando eso había ocurrido, ambos se sintiesen tan cómodos al lado del otro, como si fuesen dos antiguos amigos que acababan de reencontrarse en la ciudad después de unos años sin verse.

El móvil de Blake sonó y él apartó la mirada.

—Tenemos que irnos. La limusina ya está lista.

—¿Limu... limusina? —preguntó torpemente Gina mientras él la cogía de la mano y la instaba a levantarse y a seguirlo entre la multitud de gente que

seguía bailando en la pista.

Una vez salieron de Sky Room, Gina descubrió que no era un farol: allí, delante de sus narices, los esperaba una limusina blanca con los cristales tintados. Un chofer estaba de pie delante del vehículo y les abrió la puerta en cuanto se acercaron tras saludar a Blake llamándolo *Señor Miller*. Si todo lo que había ocurrido aquella noche no era suficientemente loco, eso terminó por rematarlo. Gina se sentó en un asiento y sintió la calidez del cuerpo de Blake cuando él ocupó un hueco a su lado, con sus piernas rozándose mientras se ponían en marcha.

—Tú eres... eres... —Sacudió la cabeza.

—¿Qué soy? —preguntó él sonriente, al tiempo que abría la botella de champán que les habían dejado preparada en una cubitera llena de hielos—. Venga, no te cortes, pequeña.

A Gina le enterneció que la llamase así y se echó a reír.

—Eres un chiflado de manual —terminó por decir.

—Viniendo de ti casi suena como un cumplido.

—Pues no sé si lo es —bromeó suspirando.

—¿Una copa? —Se la tendió y ella asintió.

—Deberíamos brindar... —propuso Gina.

—¡Por las noches inesperadas! —dijo él.

Bebieron tras chocar sus copas y después Blake le colocó un mechón de cabello cobrizo tras la oreja, un gesto que a ella la hizo estremecer y ponerse nerviosa.

—¿A dónde se supone que vamos ahora?

—A mi apartamento. Es una sorpresa.

—Blake eso suena... —Inspiró hondo—. No sé si estoy preparada... quiero decir, eres increíblemente atractivo. No, mejor aún, eres el hombre más atractivo que recuerdo haber tenido cerca, pero... aun así... —Se dio cuenta de que estaba hablando de más cuando vio que él sonreía sin dejar de mirarla con atención, como si estuviese viendo algo que le gustase mucho. Gina era consciente de que las copas que había tomado hacían que tuviese la lengua un poco más suelta, pero no pudo frenarse—. Aunque, por otra parte, es evidente que debes de hacerlo muy bien. —Bajó la mirada por su cuerpo, todavía llevaba el traje de la cena; los pantalones oscuros y la camisa blanca que se ajustaba a su pecho sólido.

—¿Qué es lo que debo de hacer muy bien?

Gina estaba ocupada intentando calmarse como para darse cuenta de que Blake Miller estaba jugando con ella y divirtiéndose a su costa. Se estremeció cuando los dedos de él se posaron en su nuca y le masajearon con suavidad detrás de la oreja.

—Pues... ya sabes... hacerlo...

—Follar, quieres decir, ¿verdad?

—Dios mío. —Tomó una bocanada de aire. Era una tortura escuchar a un hombre con su voz y con esa mirada feroz hablar así. Debería haberse sorprendido ante el tono brusco y soez, pero solo sintió un ligero vuelco en el estómago que la hizo temblar.

Blake se inclinó hacia ella y le susurró al oído mientras recorrían las calles de la ciudad dentro de aquella limusina en la que cada vez hacía más calor.

—Puedes estar tranquila conmigo, pequeña. Escúchame bien, si lo único que hubiese querido fuese un polvo rápido, lo habríamos hecho dentro del probador, aproximadamente un minuto después de que salieses con este vestido puesto que llevas. —Le acarició el tirante verde y fino con la punta del dedo y ella cerró los ojos—. Pero me gustas. Como amiga. Y quiero pasar la noche contigo de verdad, no me estoy marcando un farol para conseguir llevarte a mi casa. Si buscase eso, ten por seguro que tengo muy buenas compañeras de cama.

Gina apenas podía respirar. No estaba segura de si a causa del deseo que habían despertado sus palabras o por lo que después provocaron: un jarro de agua fría.

Pero me gustas. Como amiga.

Desde luego, estaba destinada a ser siempre el último mono para todos los hombres del Planeta Tierra. Debía de tener un poder especial que los mantenía alejados. Ese era su don, al parecer; unos podían ser invisibles, otros volar y ella poseía la capacidad de distanciar al género masculino. Cabreada, se bebió lo que quedaba del champán y lo miró de reojo.

—¿Tan poco atractiva te parezco? —preguntó.

—¿Qué punto de *he estado a punto de follarte en los probadores* no has entendido?

Gina contuvo el aliento al escucharlo, mirándolo con desconfianza.

—No lo sé, pero es evidente que hay algo que me estoy perdiendo.

—Pequeña, es tan sencillo como comprender que me divierto lo suficiente contigo como para no querer que la noche se reduzca solo a eso. He

preparado algo especial, ¿no tienes ganas de verlo? Creo que te va a gustar...

—la tentó provocador.

—De acuerdo. Veamos qué es esa sorpresa.

6

Mientras subían en el ascensor, Gina era incapaz de apartar la mirada del hombre que tenía delante. Lo hizo casi obligándose cuando sonó la campanita y llegaron al piso indicado. Iba a entrar en el apartamento de Blake Miller. Ella, la noche menos esperada, sin siquiera imaginar que sucedería algo así. Y allí estaba, junto a él mientras metía la llave en la cerradura.

—Cierra los ojos —le pidió cuando sonó el primer clic.

—Me estás empezando a asustar... —se quejó ella.

—Confía en mí. —Blake la miró.

—Ni siquiera te conozco.

—¿Y qué te dice tu instinto?

—Que eres un chico muy malo —bromeó ella.

—Tu instinto es sabio, pero este chico malo está dispuesto a prometer que no hay ninguna sorpresa desagradable esperándote ahí dentro. Vamos, confía y ciérralos.

Al final ella cedió mientras se le escapaba una sonrisa y él terminaba de girar la llave para abrir del todo la puerta. La rodeó por la cintura, para guiarla al interior, y encendió las luces.

—¡Sorpresa! ¿Qué te parece todo esto?

Gina parpadeó confundida. La minicadena que había en el salón se había

activado y sonaba música de fondo. Dos cañones pequeños que estaban a ambos lados de la estancia principal escupieron un montón de confeti de colores que voló por los aires e inundó la habitación que, ya antes de que eso ocurriese, estaba llena de globos con forma de unicornios. De hecho, todo en sí era de unicornios: los cubos repletos de palomitas que esperaban humeantes en la pequeña mesa que había delante del sofá, los vasos y la piñata que colgaba de lo alto del techo, a un lado del inmenso salón que acababa de convertirse en una locura sin sentido.

—Pero ¿qué demonios has hecho...? ¿Cómo se te ocurre...?

—Veo que te he dejado sin palabras. Es una fiesta de pijamas.

—¿Una fiesta de pijamas? —Lo miró incrédula y, después, de golpe, se echó a reír como hacía semanas que no le ocurría. A carcajada limpia. Llevándose las manos a la barriga hasta que se le escaparon un par de lágrimas y se obligó a calmarse para respirar—. Madre mía, Blake, ¿de dónde has salido? ¿Cómo es posible que tú y tu hermano seáis tan distintos?

—Dejemos las cuestiones aburridas para otro momento. Les pedí que preparasen piña colada y la dejaran en la nevera, ahora vuelvo. Tú ponte cómoda. Como si estuvieses en tu propia casa —le dijo señalándole el sofá con el brazo antes de salir del salón.

Blake sonrió cuando entró en la cocina y cogió dos vasos.

Había sido divertido ver su cara de incredulidad. Y, todavía más, escucharla reír así, tan feliz y despreocupada, nada que ver con la chica que se había encontrado horas atrás sentada en aquel banco de piedra que parecía alicaída y sin ganas de hacer nada.

Una fiesta de pijamas era un plan perfecto. A él no le apetecía pasarse la noche por ahí, porque tenía la extraña sensación de que quería disfrutar las horas que le quedaban siendo un inconsciente solo con esa chica. Y, por otro lado, le apetecía algo relajado. Nada que la asistente de eventos a la que su madre solía recurrir no hubiese podido organizar en menos de lo que dura un pestañeo, tal como le había demostrado. Se apuntó mentalmente darle propina.

Al regresar al salón, le gustó descubrir que Gina se había puesto cómoda, quitándose los zapatos de tacón y sentándose en el sofá con las piernas cruzadas. Lo miró y sonrió. Una sonrisa agradecida y añorada que se le clavó en el alma. Minutos atrás, dentro de la limusina y a pesar de sus palabras, había estado a punto de tirar por tierra su propósito y finalizar el encuentro en el asiento trasero de aquel coche. Ya eran dos veces las que había logrado reprimir las ganas que tenía de quitarle ese vestido y besarla por todas partes.

Todo un récord para él. Tanto, que no sabía cuánto duraría.

—Piña colada para la protagonista de la noche.

Ella cogió el vaso que le ofreció y le dio un trago.

Blake se sentó a su lado, suspiró y estiró las piernas.

—Así que de eso se trata todo esto. Te he dado pena cuando me has visto en ese jardín durante la cena y te has propuesto hacerme feliz por una noche, como un hada madrina.

—Tú me haces feliz a mí. Supongo que estamos en paz.

—Respóndeme una cosa y sé sincero: si no te hubieses encontrado conmigo, ¿qué habrías hecho exactamente esta noche para divertirte y matar

las horas hasta el amanecer?

—¿De verdad tengo que contestar? —Se quejó.

—Sí. Vamos, Blake Miller, sé valiente.

—Supongo que estaría en una habitación de un hotel con un par de chicas y una botella de ron en la mano. —Suspiró, un poco asqueado consigo mismo, mientras se incorporaba y se inclinaba más hacia ella, mirándola a los ojos—. Pero un ángel cayó del cielo y...

—Oh, ¡por lo que más quieras! No me hagas reír.

—Lo digo completamente en serio, pequeña.

—Es difícil creerte cuando no sabes nada sobre mí.

—Algo sé. Trabajas en prensa rosa, el color verde te sienta increíble y me encanta que resoples cada vez que digo algo con lo que no estás de acuerdo. Es adorable.

Gina puso los ojos en blanco y, en efecto, resopló.

Blake se echó a reír al ver el gesto, divertido.

—¿Piensas contarme por qué es tu última noche?

—¿Otra vez? Si ya te lo he dicho antes...

—Has sido muy escueto, Blake.

—Veamos, es fácil. He aceptado una apuesta. Se supone que durante el próximo mes debo demostrarle a mi hermano, a mis padres y a todos los demás, que soy un tío responsable e inteligente y que puedo hacerme cargo de la empresa y todas esas tonterías, blablablá. No perdamos el tiempo con eso, pequeña. Centrémonos en lo importante: ¿cuál es tu talla de sujetador? Una perfecta noventa, estoy casi seguro en un noventa por ciento.

Gina le dio un puñetazo en el hombro, haciéndolo reír.

—Eres el tipo más irritable con el que me he cruzado.

—Lo importante es siempre ser el mejor en algo.

Ella reprimió una carcajada. Le gustaba que pudiesen comportarse así, como esos dos viejos amigos que se habían reencontrado, aunque no fuese cierto. Era extraño. Su relación con él fluía de un modo natural, no le hacía falta tener que fingir que era otra chica para parecerle más interesante ni buscar temas de conversación o forzar las bromas. Así que allí estaba, descalza, en casa de uno de los herederos de los Miller, bebiendo una piña colada a pesar de que ya iba un poco achispada. Él se acercó más a ella, sentándose justo al lado de manera que sus piernas se rozaban cuando puso el cuenco de palomitas en medio de los dos y cogió el mando de la televisión. Buscó en el videoclub online hasta encontrar *Friends*.

—¿Algún capítulo que te guste en especial?

—¡Todos! Pon uno aleatorio. —Gina le sonrió.

Gina contuvo el aliento durante los primeros minutos, mientras los actores aparecían en la pantalla reunidos en la cafetería habitual. No podía ignorar lo cerca que Blake estaba de ella o el hecho de que sus dedos se rozaban cada vez que iba a coger palomitas o que... por un instante, solo uno, deseó que esa fuese su realidad, la de todos los días. Evidentemente, no por la limusina, la abertura de la tienda en medio de la noche, el confeti y los globos de unicornio de helio que rozaban el techo del salón, todo eso solo era parte de las tonterías que a Blake le divertía hacer, sino por aquel instante exacto. Tan sencillo y tan mágico al mismo tiempo. Los dos sentados en el sofá,

descalzos y cómodos, picando algo y viendo la televisión como si fuese lo más natural y normal del mundo, sin nervios ni incomodidades.

Era perfecto. Si le hubiesen propuesto a Gina aquello para el resto de sus días al llegar a casa después del trabajo, lo habría firmado sin dudarlo ni un segundo.

—Oye, Blake —lo llamó.

—Dime. —Él giró la cabeza.

—Gracias por esta noche —susurró y luego apoyó la cabeza en su hombro e intentó disfrutar del capítulo de su serie preferida que estaban viendo en la televisión.

Blake, en cambio, apenas se enteraba de ningún diálogo. Estaba demasiado ocupado procurando mantener la calma para no romper el momento. Su cuerpo había entrado en tensión en cuanto ella se había apoyado en él; notaba su mejilla adorable contra la curva de su hombro y, aunque estar con Gina era tan perfecto que asustaba, no estaba acostumbrado a esas muestras de cariño. Sin embargo, antes de que se diese cuenta y para su sorpresa, empezó a relajarse hasta el punto de terminar acariciándole el pelo de forma inconsciente.

Cuando terminaron de ver tres capítulos, se levantó para traer la jarra de piña colada que aún quedaba en la nevera. Le sirvió un vaso a Gina y después encendió la música de nuevo. Una canción de Rihanna se escuchaba mientras él avanzaba hasta la chica que seguía en su sofá. Estuvieron un rato más hablando, sin dejar de dar pequeños tragos al tiempo que se miraban de forma esquiva y juguetona, bajo el manto de la madrugada.

—Esta noche he llegado a una conclusión —anunció Blake.

—No sé si es mejor preguntar o quedarme con la duda.

—Mi conclusión es que creo que deberíamos ser amigos.

—Ummm, no suena nada mal —admitió ella. Se dejó caer hacia atrás en el sofá, sin ser consciente de que el escote del vestido se le había bajado un poco y de que sus pechos sobresalían ligeramente del borde de la tela. Ver esa pequeña porción de más fue suficiente para que a Blake se le secase la boca y tuviese que recolocarse los pantalones—. ¿Qué te ocurre? —preguntó ella incorporándose—. Parece que te encuentres mal de repente.

—Estoy bien. Y, como decía, lo de la amistad nos pega.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—Conectamos. Pequeña, no lo niegues. Es algo más que evidente. Nos conocemos desde hace unas horas y es más fácil estar el uno con el otro que pasar tiempo con muchas otras personas que están en nuestras vidas desde hace años. Mírame a la cara y ten las narices de negarme algo así. —Ella apretó la boca, muy a su pesar, y él sonrió satisfecho—. Lo sabía.

—Trabajo para ti. Para tu hermano.

—Mejor. Haré que te aumenten el sueldo.

—¡Ni se te ocurra, Blake! O te juro que no volveré a dirigirte la palabra...

—Me vuelves loco cuando te enfadas y resoplas así —contestó él antes de cogerla de la mano y tirar de ella para conseguir que se pusiese en pie y se levantase.

Ella se sujetó a sus hombros para no caer cuando notó que se tambaleaba, probablemente por las varias copas que se habían tomado a lo largo de la

noche. Él se echó a reír y la condujo hacia un lado del salón, de donde aún colgaba la piñata con forma de unicornio rosa.

—¿Qué pretendes ahora? —preguntó divertida.

—Creo que va siendo hora de romperlo.

Blake fue al dormitorio y regresó con un bate de béisbol que le tendió a ella. La música seguía sonando a todo volumen y los dos estaban descalzos sobre un suelo lleno de confeti de colores, como si la cabalgata hubiese pasado por allí ese día.

—Está bien, si eso te hace feliz...

Gina tiró el bate hacia atrás, pero él la detuvo.

—¡Eh, espera, fiera! ¿Qué gracia tiene que lo rompas así? La piñata no funciona así, primero tengo que vendarte los ojos. Ven aquí, sé una buena chica —bromeó.

Ella sonrió mientras él cogía la corbata que se había quitado poco después de entrar en la cena y que aún llevaba en el bolsillo de los pantalones. Con delicadeza, se la colocó en los ojos y pasó los extremos a ambos lados de su cabeza que terminó atando en un nudo flojo. Después le devolvió el bate y la hizo dar un par de vueltas para desorientarla.

—Vale, ahora sí que sí. ¡Que empiece el juego!

Gina empezó a golpear a diestro y siniestro el vacío, sin acertar en ningún momento, incluso aunque estuvo a puntito de darle a él, que no podía dejar de reír junto a ella al verla de esa guisa, con los puños apretados, el ceño fruncido y empleando todas sus fuerzas para romper la piñata que parecía burlarse colgada desde lo alto del techo.

—¡Maldito trasto! —gritó Gina.

—Vamos, pequeña, casi lo tienes.

—¡Pues hazlo tú si eres tan listo!

—Está bien, te echaré una mano.

Sin darle tiempo a reaccionar, Blake se situó a su espalda, la rodeó para poder posar sus manos sobre las suyas encima del bate y, después, con todas sus fuerzas, la guio de manera que pudiese al fin golpear la piñata y romperla. Cuando eso ocurrió, Gina empezó a saltar como loca como una cría y él volvió a reír más fuerte. ¿Quién iba a imaginar que, después de todo lo que Blake había vivido, una noche como esa llena de sinsentidos, terminaría siendo de las más divertidas que podía recordar en mucho tiempo? Era como si no hubiera normas, tan solo dos adultos dispuestos a hacer lo primero que se les pasase por la cabeza.

Quizás por eso lo siguiente que ocurrió lo pilló desprevenido.

En medio de todos los caramelos que habían caído de golpe, Gina se quitó la corbata, se acercó a él sonriente, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Blake no lo vio venir. Y aunque fue meramente un beso casi casto lleno de agradecimiento, lo encendió. Fue como si el torrente de energía que había reprimido toda la noche saliese de golpe y de repente.

—Perdona, solo... —Ella lo miró nerviosa—. No lo pensé.

Gina dio un par de pasos hacia atrás, pero él le rodeó la cintura.

—¿A dónde crees que vas ahora? ¿Nunca te han dicho que no deberías jugar con el fuego si no estás dispuesta a quemarte? —le preguntó seductor al oído.

—Algo de eso he oído, sí.

—Pues es muy cierto, Gina.

—Quizás tengas que enseñármelo.

Con el corazón latiéndole agitado en el pecho, Blake se apartó unos centímetros para poder mirar a la cara a esa chica que parecía desafiarlo. Y después atrapó sus labios entre los suyos con firmeza, con desesperación. Ella tembló y se sujetó a su cuerpo para no caer, aunque no hacía falta que lo hiciese, porque él la mantenía contra su pecho como si no pudiese soportar la idea de que ella decidiese alejarse en el último momento. A pesar de que Gina no pensaba hacerlo. Ni mucho menos cuando él le mordió el labio, arrancándole un jadeo ahogado.

—Blake... por lo que más quieras...

—Si vuelves a decir mi nombre así, no llegaremos a la habitación —le advirtió antes de cogerla en brazos y de que ella le rodease las caderas con las piernas. Él se movió con tiento por el pasillo oscuro, sin dejar de besarla hasta que llegaron a su dormitorio y la dejó sobre la cama—. Te juro que he intentado resistirme, pero al final va a resultar que aquí la única que es una chica muy mala eres tú —susurró desabrochándose la camisa.

—No hacemos nada malo.

—Quería que fuésemos amigos.

—Podemos serlo. —Gina se arrodilló en la cama, acercándose hasta el borde para poder quedar a su altura y ayudarlo a liberarse de los botones antes de besarlo y mirarlo fijamente a los ojos—. Solo es una noche, Blake. Tú mismo lo has dicho. Es tu última oportunidad. Deberíamos olvidarnos de

todo y pasárnoslo bien. Mañana será otro día.

No hizo falta que dijese nada más. Blake se despojó de la camisa, la sujetó de la nuca y presionó sus labios contra los suyos. Cuando hundió la lengua en su boca cálida, descubrió que ella seguía sabiendo a piña colada. Por primera vez en su vida, deseó que un beso durase para siempre. Eterno. Sí, se dijo que podría estar besándola durante horas sin cansarse.

—Me muero por quitarte ese vestido —gruñó.

—Pues solo tienes que bajar la cremallera...

Gina se giró para dejársela a tiro. Él le acarició la espalda con la palma de la mano abierta, pero, antes de nada, le soltó el pelo, deshaciendo el moño que se había hecho aquella noche y dejando que los mechones anaranjados cayesen libres y ondulados. Después, con una lentitud que era casi una tortura, bajó centímetro a centímetro la cremallera, mientras sentía cómo su excitación crecía más y más dentro de los pantalones, si es que eso era posible.

—Deberías ser un pecado, Gina.

—Me gusta cómo suena eso.

El vestido cayó de golpe, dejándola tan solo en ropa interior. Blake aguantó la respiración mientras, en su turno, ella le quitaba el cinturón del pantalón y, después, rozando el bulto duro que era imposible esconder, le bajaba los pantalones. Se estremeció cuando ella lo acarició por encima del bóxer. No entendía por qué de repente se sentía como un crío con poca experiencia, cuando se había acostado con la mitad de las mujeres de la ciudad. Pero, cuando lo tocó ahí, temió correrse antes siquiera de estar dentro

de ella.

—No sigas... —ordenó sujetándola de la muñeca y, con un movimiento rápido, la tumbó en la cama y se colocó sobre ella. Le desabrochó el sujetador y se lo quitó antes de que sus labios encontrasen los pechos desnudos y los recorriesen con la lengua y los dientes, haciéndola gritar ante cada caricia inesperada—. Eres como el jodido pastel de nata más delicioso del mundo, ¿nunca te lo han dicho antes? —susurró mientras recorría con las manos su piel pálida y erizada. Descendió hasta rozar la goma de las braguitas.

—Blake, por favor... —rogó desesperada.

—Dime qué es lo que quieres que te haga.

—Tú primero —lo retó ella, desafiante.

Blake sonrió travieso, con la yema del dedo índice todavía acariciando el borde de su ropa interior, bajando algunos centímetros tan solo para provocarla. Le mordisqueó la oreja.

—Quiero follarte. He deseado eso desde que te he visto esta noche, incluso aunque no entrase en mis planes hacerlo. —Bajó más, hasta rozar el centro de su sexo por encima de la ropa interior—. Y quiero que me la chupes. Que disfrutes del sexo tanto como puedas esta noche, sin límites. Pero, sobre todo, quiero lamerte a ti para descubrir de una vez por todas a qué sabes — concluyó antes de bajarle las braguitas de un tirón.

Gina se estremeció. Nunca en toda su vida la habían hablado en un lenguaje así, ni siquiera en la cama, pero, sorprendentemente, le gustó. En aquel momento, se sintió excitada como no recordaba haberlo estado antes.

El corazón le latía a mil por hora mientras Blake la besaba en el ombligo, justo antes de bajar un poco más y rozar el vértice de su cuerpo con la lengua. Fue como morir. Morir e ir al cielo, claro. Lo que ese hombre hacía con la boca no podía ser normal y, mientras se aferraba a las sábanas y cerraba los ojos con fuerza, tan solo se le pasó por la cabeza la loca idea de que esos movimientos debería patentarlos.

Blake era todo lo que su fama prometía y mucho más.

Disfrutaba en la cama, tanto dando como recibiendo placer. Con los dedos, con la boca y con la lengua, consiguió que Gina se olvidase hasta de su nombre. Y terminó dejándose ir con un grito ensordecedor. Era, de hecho, la primera vez que recordaba haber gemido fuerte, tan solo centrada en el placer sin sentir vergüenza o autocensurarse. Fue liberador.

Blake subió de nuevo, aprovechando para besarle los pechos otra vez antes de llegar hasta sus labios y que sus lenguas se fundiesen en un baile íntimo y diferente.

—¿Te ha gustado? —le preguntó perverso.

—Deberías... deberías patentarlo.

Mierda. ¿Había dicho eso en voz alta?

Él se echó a reír y luego la miró fijamente, como si de repente estuviese viendo en ella algo inesperado o extraño. Cuando la intensidad de aquellos ojos empezaron a ponerla nerviosa, Gina lo atrajo hacia ella y le rodeó las caderas con las piernas. Estaba tan húmeda, tan lista para él, que en el momento en el que Blake resbaló en su interior fue de golpe, con una sola embestida, y ella sintió que todo su mundo se ponía del revés.

Blake salió de su interior y gruñó algo en voz baja.

—Joder, no me he puesto... no sé dónde tengo...

—Preservativos —dijo ella, mirándolo.

—Sí, eso es. Lo siento, es que...

—Tomo la píldora. Y no me he acostado con nadie desde mi último examen médico.

—Yo jamás lo he hecho sin protección —le aseguró.

Se miraron en silencio y, unos segundos más tarde, Blake volvía a estar dentro de ella, esta vez moviéndose de forma brusca y salvaje, sujetándole el trasero con una mano para embestirla con más fuerza, porque, aunque nada se interponía entre ellos, él seguía teniendo la incómoda sensación de que necesitaba más, mucho más. Hasta esa misma noche, Blake no sabía que tenía una pequeña debilidad llamada Gina y que esa debilidad era capaz de volverlo loco de deseo y de ganas. Pero en aquel instante lo sentía así. Y la penetró más hondo cuando la escuchó gemir su nombre, anhelando que aquello durase mucho más, porque estar dentro de ella era perfecto, envolvente y cálido. Pero, cuando el placer lo arrolló todo, Blake fue incapaz de aguantar más. Se aferró a sus caderas y hundió el rostro en su cuello antes de susurrarle que se iba a correr y hundirse en ella una última vez con fuerza.

Se quedaron en silencio unos minutos, abrazados.

—Sé que para ti esto será algo normal, una de esas cosas que haces casi a diario, pero voy a reconocer sin avergonzarme que este ha sido el mejor polvo de mi vida —admitió Gina.

Blake se mantuvo callado mientras se ponía en pie y luego se excusó

diciendo que iba al baño a limpiarse e indicándole donde estaba el otro en el apartamento. Mientras se echaba un poco de agua en la cara para refrescarse y se miraba en el espejo del lavabo, Blake no pudo evitar pensar en sus palabras. Y en que él había pensado exactamente lo mismo, pero había preferido no decírselo. Aún temblaba al recordar lo suave que era su piel, lo bonitos que eran sus pechos pequeños y lo bien que encajaban en sus manos...

Sacudió la cabeza, molesto consigo mismo, y regresó.

Ella se había cubierto con una sábana blanca de la cama y él se dejó caer a su lado y la abrazó. Hablaron en susurros durante una media hora. Todo volvió a fluir. Blake olvidó por qué se había sentido raro unos minutos atrás y, cuando quiso darse cuenta, volvía a estar dentro de ella, en esa ocasión con Gina sobre sus caderas moviéndose con las manos apoyadas en su pecho y su cabello desordenado cubriéndole los hombros.

Era una imagen perfecta. Era un polvo perfecto.

Ese y los otros dos que lo siguieron.

Blake no recordaba haber necesitado tanto para saciarse de una mujer y, a pesar de eso, cuando Gina le pidió al amanecer que la llevase a casa porque temía que su amiga se preocupase si al despertar no la encontraba allí, él seguía teniendo ganas de ella, como si se hubiese vuelto un adicto. Sin embargo, Gina estaba agotada.

En cuanto el vehículo se puso en marcha, ella se durmió.

Blake la miró distraído. Había apoyado la cabeza en su regazo y tenía la boca entreabierta. Sonrió al recordar la noche inesperada que habían pasado

juntos, desde el encuentro en el jardín, el rato bailando en Sky Room, la llegada al apartamento, el rato de series y el momento final en su cama, perdiendo cualquier resquicio de control.

Mañana él sería un hombre nuevo, responsable y serio.

O al menos pensaba intentarlo antes de rendirse...

Cuando el chofer paró delante del edificio en el que vivía Gina, por lo que él había visto en la ficha de la empresa, intentó despertarla, pero fue en vano. Sonrió al ver que se le caía un poco de baba. Después de la juerga, las copas de más y el maratón de sexo, había caído rendida como un bebé. Así que Blake buscó en su bolso las llaves, abrió la puerta de la limusina y terminó sacándola en brazos y llevándola él mismo hasta el portal mientras los primeros rayos de sol empezaban a despuntar por el horizonte de la ciudad.

Cuando intentó abrir la puerta del piso, esta se abrió de golpe y una chica de mirada afilada y gesto duro apareció frente a él cruzada de brazos y mirándolo contrariada.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido?

—Shh, no grites. Solo está dormida.

—Son las seis de la mañana. —Zoe lo siguió cuando él se coló en el piso sin contemplaciones y dejó a Gina con cuidado en el sofá. Cogió una manta que había a sus pies y la tapó—. ¿Qué se supone que ha ocurrido? ¡Creo que me debes una explicación!

—No te debo nada y deja de gritar o terminarás por despertarla.

—¿Cómo te atreves...? —Lo miró alucinada.

—Enfadarse y fruncir el ceño es malo para las arrugas.

—¡Maldito desvergonzado! —Zoe intentó empujarlo, pero antes de que se diese cuenta, él se escabulló de allí entre risas y la dejó con la palabra en la boca—. ¡Serás...! Ah, un Miller tenía que ser... —farfulló ella y después cerró la puerta del apartamento.

Blake volvió a subir a la limusina y bostezó mientras se ponía en marcha para regresar a casa. A una parte de él le hubiese gustado que Gina accediese a dormir en su cama, porque la idea de tenerla cerca le resultaba reconfortante de un modo que no podía explicar, pero, por otro lado, casi era mejor empezar su nueva etapa de cero, sin distracciones.

Y hablando de distracciones...

Él entornó los ojos cuando vio el zapato de tacón que estaba a los pies de la limusina. Se inclinó para cogerlo. Tenía la punta de color plateado. Pensó que Gina debería haberlo perdido al montar y acostarse para dormir o, quizás, cuando él la sacó llevándola en brazos y no se dio cuenta de que le faltaba. Sonrió lentamente, porque, muy a su pesar, pensó que al menos tenía una excusa para volver a verla. Y lo que le había dicho era muy cierto.

Blake deseaba que pudiesen ser amigos.

7

El estómago y la cabeza le daban vueltas. Cuando Gina abrió los ojos, se sintió como si estuviese dentro de una lavadora que no dejaba de girar. Notó una arcada. Mareada, consiguió levantarse del sofá en el que había dormido y llegar hasta el cuarto de baño para tirarlo todo. Zoe entró y le preparó el cepillo de dientes tras pasarle una toalla mojada por la frente.

—Ya está. ¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

—No mucho. Es como si el suelo se moviese.

—Vamos al comedor. Te prepararé un zumo.

—No creo que pueda bebérmelo. Ahora mismo tengo el estómago hecho un ocho. Y anoche... —Contuvo el aliento cuando empezó a recordar trozos sueltos de la pasada madrugada que había vivido junto a Blake Miller—. ¡Dios mío! Anoche fue una locura.

—No me lo jures. —Zoe se echó a reír.

—No es gracioso, tía. Que me he acostado con el hermano del jefe. Y que hicimos un montón de tonterías. Y, además, fue una noche increíble...

—Más detalles —la apremió Zoe de inmediato.

Pero justo en ese instante llamaron al timbre. Su amiga se levantó y fue a abrir. Las voces de las demás chicas inundaron el salón un minuto después y sus ojos se clavaron en Gina, que las miró recelosa y se cruzó de brazos,

ignorando el dolor de cabeza que tenía.

—¿Qué se supone que estáis haciendo aquí?

—Mmm, pasábamos de casualidad... —dijo Jane.

—Y hemos comprado cruasanes para picar —añadió Ava.

Hubo un silencio en el que todas se miraron entre ellas, hasta que Zoe terminó resoplando y alzó las manos en son de paz antes de confesar.

—Está bieeen, admito que les mandé un mensaje esta mañana contándoles que Blake Miller te trajo a casa al amanecer. ¡No me mires así, Gina, era un cotilleo demasiado jugoso! Intenté evitarlo, pero mi lado malo a veces es más fuerte que yo.

—¡Serás traidora! —refunfuñó Gina, pero luego su expresión se suavizó mientras reprimía una sonrisa y miraba a las demás—. Bien, no sé qué esperas para prepararme ese zumo que me has prometido. Y tú, Ava, dame los cruasanes. Lo menos que me merezco es un poco de mimos si vais a divertirlos hoy a mi costa.

—Me parece justo —opinó Zoe.

Quince minutos más tarde, las cuatro estaban reunidas en los dos sofás del salón, descalzas y con las piernas encogidas debajo de las mantas. El invierno había llegado con fuerza a la ciudad de Nueva York y aquel día hacía un frío polar que ni la vieja calefacción que tenían y el chocolate caliente que prepararon después pudo llegar a mitigar.

A una parte de Gina le gustaba que todas hubiesen acudido aquel día. Primero, porque así no estaba sola y no podía pensar demasiado ni darle vueltas a lo que había ocurrido. Y segundo, porque hacía mucho tiempo que

no era ella la protagonista de una conversación. Dedicándose a la prensa rosa, no había nada que a Gina le gustase más que escuchar las historias de sus amigas y aconsejarlas, pero, de vez en cuando, tampoco estaba de más poder desahogarse ella y ver qué opinaban las demás sobre lo que pasó.

—¿Te pidió que pasases una noche con él, así, sin razón?

Gina asintió con la cabeza mirando a Jane y mordió un cruasán.

—Fuimos a un centro comercial y consiguió que abriesen una planta solo para que yo pudiese comprarme un vestido apropiado para esa noche. Vestido que pagó él, dicho sea de paso y que es precioso, aunque ahora está castigado en la cesta de la ropa sucia. Y después fuimos a tomar una copa a Sky Room. Todo era muy inesperado, no sé explicarlo mejor. No pensaba que Blake sería tan divertido. Ni siquiera que me caería bien, en realidad.

—Es que Blake es... bastante especial —dijo Ava.

—¿En qué sentido? —preguntó Gina con interés.

Como, desde hacía poco tiempo, Ava estaba saliendo con su hermano Dominic, tenía trato con él. Aunque, a juzgar por la mueca que cruzó su rostro, no era tan sencillo.

—Él siempre es irónico. Siempre está bromeando. Es decir, que nunca puedes saber cuándo es realmente sincero, porque se comporta como si nada le importase.

—Yo no creo que eso sea verdad... —susurró Gina.

—¿Tuviste alguna conversación seria con él?

—No, pero dejó caer cosas. Pude deducirlas.

—Ese es el problema con Blake, que hay que deducirlo todo. El pobre

Dominic nunca sabe cuándo está hablando en broma o no. Y es impredecible, un día puede afirmar categóricamente que odia las patatas fritas y al día siguiente te lo encuentras comiéndose una bolsa entera sin parpadear o sin que lo considere algo extraño.

—¡Dios mío! ¿Quién puede odiar las patatas fritas? —gritó Zoe.

—Tranquila, cielo, solo era un ejemplo. —Jane se echó a reír.

Gina se mordisqueó la uña del dedo meñique, pensativa. La cuestión era que Ava tenía razón en eso de que era difícil deducir cuándo Blake hablaba en serio y cuándo no lo hacía, pero, en su interior, tenía el extraño presentimiento de que la pasada noche él había sido sincero con ella, mostrándose de verdad. Era una intuición, nada más, pero una intuición que tenía mucha fuerza. Blake no le había prometido nada, ni siquiera parecía tener intención de volverla a ver. No había intentado camelarla con falsas promesas, como muchos otros tíos habían intentado antes con el típico *ya te llamaré*, o *seguro que a mi madre le encantarías*, e incluso un patético *este año podríamos ir a Europa durante las vacaciones* cuando el tipo en cuestión ya sabía que solo la quería para pasar una noche divertida y nada más. Gina valoraba la sinceridad.

—Voy a lanzar un punto a su favor —comenzó a decir Jane mientras se sonrojaba, porque las siguientes palabras no eran propias de ella, que solía contenerse más—, y admitiré que anoche Blake estaba increíblemente guapo con ese traje que llevaba puesto.

—Pero es un canalla —añadió rápidamente Ava.

—Un canalla al que le sienta todo bien. —Zoe rio.

—La cuestión es que después nos fuimos a su apartamento.

—¿¿Qué?! —Ava abrió mucho los ojos—. ¿Estás loca?

—Blake había preparado una fiesta de pijamas...

—Dios mío, esto es... surrealista... —Ava gimió.

—Y se pone cada vez mejor —añadió Zoe sonriente.

—Vimos *Friends* en el sofá y comimos palomitas.

—¿Estabais colocados? —preguntó Ava preocupada.

—No, solo habíamos bebido un poco. Cosa que seguimos haciendo en su apartamento porque había piña colada y, después, una cosa llevó a la otra, jugamos con la piñata y...

—¿La piñata? —Ava frunció el ceño, contrariada.

—¿No la interrumpas! Vamos, ¿qué pasó? —Zoe la miró.

—Nos acostamos. —Gina soltó un largo suspiro y su mente voló lejos, recordando aquel momento y lo que había sentido cuando sus cuerpos encajaron de aquella manera tan perfecta y natural—. Fue increíble. Fue como si ya lo hubiésemos hecho antes muchas otras veces, ¿me entendéis? Casi familiar.

—No, no estamos entendiendo nada.

—Pues que con él resultaba fácil.

Ava alzó una ceja con incredulidad.

—¿Estamos hablando del mismo Blake malhumorado que yo conozco o en algún momento de la conversación me he perdido?

—El mismo. No es tan terrible como pensaba.

—Esta chica se ha dado algún golpe en la cabeza...

—Por esa regla de tres, todas seguiríamos creyendo que Dominic es una bestia insensible y sin corazón, ¿no te parece? Las apariencias engañan. Y sé que Blake no es perfecto y que puede ser un poco inmaduro, pero también es divertido y amable.

Las tres amigas se quedaron mirándola en silencio.

—Creo que alguien ha sufrido un flechazo —soltó Jane.

—¡No! ¡Claro que no! —Gina la miró enfurruñada—. Soy consciente de que solo fue cosa de una noche y de que no volverá a ocurrir nada entre nosotros. Eso no cambia lo que pienso.

—Pues sí que te ha pegado fuerte —bromeó Zoe.

—¡Os odio! —Gina puso los ojos en blanco y se sonrojó cuando las demás empezaron a reírse y a tomarle el pelo—. ¡Chicas, basta ya! —protestó.

—Vale, pero tienes que contarnos si la fama que le precede es cierta —propuso Zoe con una sonrisa traviesa—. ¿Es tan bueno en la cama como dicen o solo una leyenda?

—¡Oye, que estamos hablando de mi cuñado!

—No seas mojigata, Ava. Venga. Gina, confiesa.

No confesó, pero la sonrisa que intentó reprimir y lo mucho que se colocaron sus mejillas fue suficiente respuesta antes de que todas volviesen a echarse a reír, hasta que sonó el timbre de la puerta de nuevo y Zoe se levantó para ir a recibir a su novio, con el que había quedado. Jaxon Baker era jugador de hockey profesional y viajaba a menudo, cada vez que tenía un partido, así que solía aprovechar cualquier momento libre que tenía para pasarse por el piso que las chicas compartían y estar un rato con Zoe.

—¿Qué tal va eso, chicas? —Las saludó alegre.

—Bien, hablábamos de física cuántica —respondió Jane.

—Eso suena a que hablabais de sexo —atajó Jaxon mientras cogía un sillón y lo acercaba alrededor de la mesa pequeña para situarse junto a ellas. Se frotó las manos y robó un cruasán antes de mirarlas divertido—. ¿Quién es la víctima en esta ocasión?

—Moreno, metro ochenta y algo, ojos grises... —bromeó Jane.

—Gina se tiró ayer al hermano de nuestro jefe, Blake Miller —le confesó Zoe a su novio antes de que las demás tuviesen tiempo de seguir el juego un poco más.

—Esto... supongo que me alegro por ti... —contestó él.

—A mí sigue sin cuadrarme la actitud de Blake —añadió Ava—. Todo es muy raro. Tampoco me creo lo que comentas de que era su última noche con una mujer hasta que consiga cambiar. Já. Suena más probable que los cerdos vuelen mañana.

—Esto se pone interesante... —Jaxon sonrió, escuchándolas.

—Yo tampoco las tengo todas conmigo en cuanto a eso, pero, aun así, la noche que pasamos fue perfecta. Ninguno de los dos buscaba nada más, pero siempre la recordaré con cariño. Se la contaré a mis nietos cuando sea vieja y pase las tardes en una mecedora en el porche comiendo cacahuets. —Suspiró con añoranza y sonrió.

—Eres una soñadora. —Jane la miró con ternura.

Gina no contestó, pero sabía que su amiga tenía razón.

Siempre había sido así. Aunque tenía las ideas muy claras y no era la típica

chica que se hacía ilusiones donde solo había una realidad cruda, le gustaba fantasear con los pies en la tierra. No era ni tan inocente como Jane, ni tan desconfiada como Ava, ni tan desvergonzada como Zoe. En realidad, Gina era una especie de mezcla entre las tres.

Pasó el resto de la mañana con sus amigas, intentando olvidarse de esos ojos grises que habían puesto su mundo del revés tan solo en unas horas. Unas horas muy intensas. De hecho, si lo pensaba, esas horas habían supuesto más que varias citas con otros chicos que había conocido. Pensaba guardarlas a buen recaudo en su memoria, porque había sido una noche bonita en la que él la había hecho sentirse como la chica más especial del mundo justo cuando necesitaba eso mismo. Ahora, en cambio, tocaba volver al mundo real.

Así que, cuando Ava y Jane se marcharon, se metió en la ducha y dejó que el agua caliente le relajase los músculos antes de salir y embadurnarse todo el cuerpo con crema hidratante. Mientras lo hacía, recordó cómo los dedos de Blake la habían acariciado por todas partes, como si deseara dejar una marca invisible pero imborrable en su cuerpo, y se estremeció. Después, sacudiendo la cabeza, se puso el pijama y se secó el pelo con el secador.

No fue hasta que se tiró en la cama de su habitación y miró el suelo, cuando se dio cuenta de que allí, solitario y brillante, solo había un zapato del par que su abuela le había regalado. Frunciendo el ceño, se levantó y buscó el otro. Miró debajo del escritorio, detrás del cabecero de la cama y en el armario. Revolvió toda la habitación y, cuando estuvo segura de que no estaba allí, cogió el zapato y salió caminando con él en la mano directa al salón.

Encontró a Zoe y Jaxon viendo una película tumbados y abrazados en el sofá. Su amiga se incorporó y la miró mientras ella alzaba la mano en alto.

—¿Has visto el otro par? No lo encuentro por ninguna parte.

—Esto... —Zoe dudó—. Lo cierto es que llegaste solo con un zapato.

—¿¡Cómo has dicho!?! —Se llevó una mano al pecho, asustada.

—Eso. Que solo traías uno. Blake te subió en brazos.

—Dios mío —gimió—. Quizás pudo caerse de camino.

Abrió rápidamente la puerta de la calle y bajó por las escaleras piso a piso, desesperada por encontrar el zapato. Pero, una vez revisó el rellano a fondo, constató que no estaba allí. Se acercó hasta la puerta de la calle y, como una loca de manual, pegó la cara al cristal visualizando la acera por la que pasaba gente que la miraba. Como aún estaba vestida con el pijama, no cedió al impulso tonto de abrir y salir corriendo para buscarlo, porque sabía que si estaba en la calle ya no habría rastro de él. Dio media vuelta y subió otra vez al apartamento.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó Zoe.

—No, ¡he perdido el zapato! ¡Lo he perdido!

—¿Y no puedes comprar otro? —preguntó Jaxon.

—No hay otro igual. Me los hizo mi abuela.

Antes de que pudiesen compadecerse de ella, Gina se marchó dando grandes zancadas y se encerró en su habitación. Se tumbó en la cama y se echó a llorar antes de girar la cabeza y mirar el único zapato que quedaba, ese que simbolizaba tantos recuerdos y que, en teoría, le daría buena suerte. Pero lo había perdido. Ella, que nunca se había permitido hasta entonces utilizarlos

porque temía que la experiencia pudiese acabar así.

Se limpió las lágrimas, sentándose en la colcha, e intentó pensar con claridad. ¿Qué podía hacer? ¿Hacerle una foto al zapato y pegar carteles en el barrio con el texto “*se busca*”? Estaba incluso dispuesta a ofrecer algún tipo de recompensa, aunque como gastaba más de lo que decía en calzado, ropa y tonterías, no tenía demasiado dinero en su cuenta corriente.

Inspiró hondo, volvió a tumbarse y, como hacía tanto frío, se tapó la cabeza entera con la manta antes de cerrar los ojos para intentar quedarse dormida y no pensar.

8

Era lunes, Blake llevaba unas tres horas en la oficina y su hermano ya le había gritado alrededor de veinte veces. Al parecer, cada pequeña cosa que hacía estaba mal. No podía tontear con las chicas de la oficina (no es que a él le gustase ninguna, simplemente le apetecía divertirse), no podía burlarse de su cuñada Ava cada vez que iba hacia el despacho ni bromear con ella, no podía contestar correos sin supervisión y todo lo que había hecho (aceptar una invitación a una cena de unos socios, aprobar una campaña de marketing cuando llamaron por teléfono e incluso cómo iba vestido) era un desastre total.

—Pretende que sea un robot —se quejó un rato más tarde, cuando fue a ver a su amigo Gabe, que trabajaba en la sección deportiva. Cogió de su mesa un pisapapeles y lo movió distraído en la mano—. No lo entiendo. Debería estar contento al ver que he venido a la oficina a la hora acordada, ¿no te parece? ¿Por qué mi hermano es tan exigente?

Gabe, que hasta entonces había estado tecleando en su ordenador, dejó de hacerlo para poder mirarlo a la cara fijamente. Suspiró y sacudió la cabeza.

—Blake, en realidad has llegado quince minutos tarde.

—¿Quién puede tener en cuenta quince minutos?

—Todo el mundo. A los empleados se les descuenta.

—¡Pero eso es esclavitud! —se burló, porque la idea de ponerse serio como había prometido ese mismo fin de semana ya no le estaba gustando tanto.

—Y, además, mira cómo vas vestido.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó.

—Llevas una camiseta en la que pone “*Doy clases de sexo gratis*”.

—¿El sentido del humor también está prohibido aquí?

—No, pero siendo un Miller deberías llevar uno de esos trajes hechos a medida. Y corbata. Siento que no te guste, las reglas son así. Tu hermano se reúne con mucha gente cada semana y no puede presentarse a esas comidas o cenas de esta guisa.

Blake frunció el ceño. Solo tenía un traje, el que había usado la otra noche. El resto, los quemó un día que se aburría durante una fiesta con sus amigos en una casa cerca de la playa que tenía su familia. Fue divertido. Iba colocado, hicieron una hoguera en la arena, entró en casa, cogió todos los trajes y los lanzó allí mientras todos aplaudían, se reían y gritaban.

Ahora le avergonzaba recordarlo...

Pero no podía cambiar quién había sido.

—No creo que todo eso sea para tanto.

—Faltaría añadir que estás aquí, hablando conmigo durante el horario de trabajo. En teoría, los dos deberíamos estar haciendo algo de utilidad.

—La teoría y la práctica nunca terminan pareciéndose.

—Blake, me compadezco de ti. Creo que nuestra apuesta no fue justa. Y no me malinterpretes, no es que no quiera quedarme con tu descapotable, pero al

menos debería ser entretenido. Te daré algo de ventaja. Como te dije hace días: busca ayuda. Mi novia Jane puede acompañarte de tiendas o algo así para aconsejarte y pulirte un poco, ya sabes.

—No necesito que nadie *me pula* —refunfuñó.

Después, todavía con peor humor del que tenía al entrar, salió del despacho de su amigo Gabe y se dirigió al suyo. Como su padre no tenía ninguna esperanza de que jamás lograría hacer algo de utilidad, había tenido que improvisar una estancia casi vacía colocándose un escritorio y una silla en el centro. El resto de la habitación estaba vacía, justo al lado de la de su hermano. En teoría, ese hubiese sido su despacho bien decorado si alguien hubiese esperado algo de él, pero no era el caso. Suspiró, sentándose en el sillón.

Encendió el ordenador, pero no sabía qué más hacer.

Le daba miedo hasta apretar la tecla *intro* porque tenía la sensación de que todo lo que hacía o dijese iba a ser un terrible error. Así que se quedó callado, con la vista fija en la pantalla del escritorio. Y al dejar de tener las manos ocupadas, ella regresó a su memoria.

La chica del pelo cobrizo y la sonrisa dulce.

Llevaba pensando en ella desde que la había dejado en su apartamento mientras el día amanecía en la ciudad. La noche anterior, con gesto ausente, había estado contemplando como un tonto el zapato que Gina había olvidado y que él todavía tenía en su poder, como si fuese un pequeño trofeo o algo que demostrase que la noche que habían pasado juntos había sido real. Ahora, en esa oficina y sabiendo que estaba tan solo a unos metros de ella, las ganas

de verla y de bromear un rato con esa chica tan divertida y llena de encanto, cobraba más fuerza. Pero no podía volver a pasar. No en cuanto al sexo, al menos.

Tontear con alguien de la oficina era lo último que Blake necesitaba para que su hermano, sus padres y todo el mundo empezasen a tenerlo en cuenta. Dominic ni siquiera había visto con buenos ojos que le dijese a la joven de recepción que le quedaba bien el nuevo corte de pelo. Si se enteraban de que se había acostado con Gina, que además era una jefa de sección, casi darían por supuesto que empezaba a trabajar allí para hacer de las suyas o quién sabe qué, pero él no tenía ganas de comprobarlo o de cagarla en otra cosa más.

Sin embargo, una amistad no tendría nada de malo ¿no?

Y él se había sentido con Gina como si se conociesen de toda la vida y no tuviese que fingir delante de ella que era otra persona o un tipo mejor. Con ella podía respirar.

Ese pensamiento fue el que le hizo inclinarse hacia delante para abrir el correo y buscar entre los contactos de la empresa. Cuando encontró el de Gina, empezó a teclear mientras una sonrisa traviesa se adueñaba de sus labios y pensaba en ella.

De: Blake Miller.

Para: Gina Allen.

Asunto: Rescate.

Querida Cenicienta, esta es una situación terrible y desafortunada, pero

debo comunicarle que su zapato ha sido secuestrado. Si quiere recuperarlo, tendrá que acceder a comer conmigo en un par de horas.

¿Qué tal sobre las doce y media en la pizzería de la manzana de al lado?

Un rato más tarde, Gina estaba revisando el correo electrónico con gesto abatido cuando vio un mensaje que no esperaba. Tan solo ver el nombre de Blake Miller en la pantalla hizo que algo diese una voltereta en su estómago. Qué tonta estaba siendo. Abrió el mensaje y lo leyó un par de veces antes de parpadear confundida, pero, al mismo tiempo, contenta.

—¡Tiene mi zapato! —exclamó entrando en el despacho de Jane como un huracán, segundos después de levantarse corriendo de su mesa—. ¡Lo tiene él!

—¡Qué susto me has dado, Gina!

—Lo siento, es que necesitaba contárselo a alguien.

—Pues he oído que Blake está hoy en las oficinas...

—Sí, me ha pedido que comamos juntos a cambio de devolverme el zapato. —Sonrió cuando recordó el tono bromista del correo que le había mandado.

—Eso suena como una cita.

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué no baja él o subes tú a su planta y le pides que te lo devuelva ahora mismo? —preguntó Jane mirándola como una sabihonda.

—Porque... imagino que no lo habrá traído... —dudó—. Y, aunque así

fuese, sería un poco raro que me devolviese mi zapato delante de todo el mundo, ¿no crees? Prefiero seguir escondiéndole a nuestros compañeros cotillas que me he acostado con él. Sobre todo, cuando ha sido algo tan puntual, no quiero malos entendidos ni miradas de reojo.

—En eso tienes razón. Pues ten cuidado de que no os vean comiendo juntos.

—Tienes razón. —Gina frunció el ceño, pensativa.

Cuando volvió a su mesa, se propuso contestar el mensaje.

De: Gina Allen.

Para: Blake Miller.

Asunto: Rescate.

Querido secuestrador, gracias por no hacerle nada a mi zapato, no necesito que me mandes ninguna parte de él para confiar en que seguirá vivo. ¿Qué te parece si hablamos del rescate en la terraza del edificio? Así no intervendrá la policía ni ningún curioso. Puedo comprar unos sándwiches de la máquina de comidas.

Él contestó en menos de cinco minutos.

De: Blake Miller.

Para: Gina Allen.

Asunto: Comida con secuestrador.

Creo que es una idea perfecta. Nos vemos en la última planta, entonces.

Por cierto, mi preferido es el de pollo con lechuga y tomate.

Gina sonrió. No solo entonces, sino también durante el resto de la mañana. Se ocupó de organizar los artículos que estaban pendiente y de mandárselos a las dos personas que trabajaban en su sección. Ella se quedó con el más complicado, como siempre solía hacer. En ese caso, se trataba de la portada del próximo mes y de un reportaje de cuatro páginas de una cantante que había descubierto que su marido, un actor famoso, le era infiel con la niñera.

Mientras tanto, contó los segundos que quedaban para volver a verlo.

9

Cuando Blake subió a la última planta, ella ya estaba esperándolo allí. Se miraron en silencio durante unos segundos que parecieron incómodos, pero, en cuanto superaron el primer instante, ese en el que él le dio un beso tímido en la mejilla y ella se sonrojó y casi tropezó con sus propios pies antes de conseguir abrir la puerta que daba a la terraza del edificio, todo volvió a fluir entre ellos. Blake hizo una broma, Gina se rio y esa familiaridad regresó.

Terminaron sentándose en un saliente del muro que había, bajo la cornisa del edificio.

—Toma, te he comprado el de pollo. Y agua para beber.

—Gracias. —Blake le rozó los dedos al cogérselo.

—Así que tienes mi zapato —empezó a parlotear ella sin parar, cosa que a él le encantaba y que Gina no era ni siquiera consciente de hacer—. ¡No sabes la alegría que me has dado! La otra tarde estuve llorando e incluso lo busqué por el rellano de mi edificio, pero nada.

—Sí que te gustan esos zapatos... —comentó él distraído mientras mordía el sándwich, incapaz de mirar cómo se movían los labios de ella. Ese día los llevaba pintados de un suave tono fresa y Blake pensó que estaba muy graciosa envuelta entre tantas capas de ropa.

—No es solo que me gusten, es que son especiales. Son un regalo y están

hechos a mano, es imposible comprar otros iguales en todo el mundo, ¿me entiendes?

—Entiendo... —De pronto, una idea cruzó su mente. La miró fijamente y después sonrió travieso—. Siendo tan especiales, ¿qué estarías dispuesta a hacer para recuperarlos?

Gina se puso roja. Solo entonces él se dio cuenta de cómo había sonado su proposición.

—Yo... la verdad es que...

—No me refería a eso —repuso Blake—. Lo que quería decir es que creo que sería un trato muy justo que yo te devolviese ese zapato a cambio de tú hicieses algo por mí. Algo sin sexo, quiero decir —añadió para no volver a caer en la duda, aunque solo de pensar en estar dentro de ella de nuevo y tocar su cuerpo, sintió que se excitaba—. ¿Qué me dices?

—Depende de qué tenga que hacer, claro.

Ella lo miró con el ceño fruncido, confusa.

—Ser una especie de asistente personal. O una buena amiga. O esa ayuda extra que necesito durante las próximas semanas... —Cuando vio que ella parecía seguir sin comprenderlo, suspiró hondo—. Lo que quiero decir es que necesito que alguien me frene los pies cada vez que esté a punto de cagarla. Y buenos consejos antes de ir de compras.

Gina bajó la mirada con lentitud por su camiseta. Leyó el texto “*Doy clases de sexo gratis*” sin poder evitar sentir ganas de gritar que ella estaba dispuesta a ser una alumna excelente. Sobre todo, en esos momentos, cuando podía mirar sus hombros definidos bajo la chaqueta que llevaba abierta y su

estómago plano y duro que ella recordaba tan bien...

Carraspeó para aclararse la garganta y poder hablar.

—Sí que necesitas algún consejo, sí.

—Eso me han dicho. —Él sonrió.

—Así que no has empezado con buen pie.

—Estoy un poco verde —admitió—. Mi hermano me ha gritado sin parar, la he fastidiado varias veces y ahora tengo miedo hasta de respirar cada vez que entro en el despacho.

Gina se rio y lo miró con ternura. Era como un niño grande. No es que tuviese nada por lo que compadecerse, porque Blake se había pasado por voluntad propia toda su juventud siendo un inconsciente, saliendo de fiesta y conociendo a mujeres, pero había cierta vulnerabilidad en el hecho de que nadie de su familia esperase nada de él. No estaba muy segura de qué supondría eso para la autoestima del chico que tenía delante.

—Es mucho trabajo por un zapato.

—Un zapato muy valioso.

—Ya, pero aun así...

—Está bien. Te devolveré el zapato y te compraré diez pares más. Antes de negarte de nuevo, recuerda que ahora somos amigos. ¿Y los amigos no se ayudan entre sí?

Gina tragó saliva y se quedó callada unos segundos que parecieron mucho más largos, mirándolo en silencio. Una parte de ella deseaba con todas sus fuerzas aceptar, solo por el mero hecho de poder pasar más tiempo con él porque, en lo alto de aquel edificio, simplemente comiéndose un sándwich,

ya estaba teniendo una de las mejores mañanas que recordaba de las últimas semanas. Y porque quería ser su amiga. Poder hablar con él. La noche que habían pasado juntos había sido demasiado buena y especial como para no querer que Blake entrase en su vida de algún modo, aunque fuese de ese tan extraño. Pero el pequeño grillo sabio que vivía dentro de su cabeza le gritaba que, si se acercaba demasiado, podría llegar a quemarse. Era difícil resistirse a los encantos de Blake Miller; a su labia, sus ojos brillantes, su sonrisa ladeada y ese carisma que lo acompañaba a cada paso que daba.

—No estoy segura, es que...

Se mordió el labio inferior, pensativa.

Él no pudo evitar mirar esa boca suave.

—Vamos, Gina. Estaría bien poder tener a alguien en esta empresa antes de que termine por volverme loco. —Y, además, era una buena razón para animarse cada mañana a ir a trabajar e intentar cumplir el reto, pero eso no se lo dijo—. Venga, di que sí.

—Está bien. Intentaré ayudarte —le sonrió.

—¡Esa es mi chica! —Blake le dio un beso en la mejilla que la pilló desprevenida y ella intentó que no notase su nerviosismo ni cómo la afectaba su proximidad.

A partir de esa semana, empezaron a comer juntos todos los días en lo alto del edificio, compartiendo la terraza y picando cualquier cosa de la máquina expendedora, hasta que, el jueves, él pidió una pizza para llevar que le

dejaron en su despacho y la subió para los dos. Durante ese tiempo, Blake se había esforzado en vano por no cagarla a todas horas. La parte buena era que su padre todavía no estaba enterado de que él había empezado a acudir a la oficina con frecuencia. La parte mala era que, cuando lo hiciese, se enfadaría, sobre todo si su hermano Dominic le contaba todas las cosas que había hecho mal.

El martes, volvió a llegar diez minutos tarde y su hermano le pidió que se estudiase todo lo relacionado con la cadena de televisión con la que se habían fusionado hacía unas semanas. Pero, antes de poder llegar a la cuarta página del informe enorme que él le había pasado, empezó a aburrirse y a jugar a hacer bolas de papel y encestarlas en la papelería del despacho.

Y el miércoles, se tiró el café encima y tuvo que marcharse a casa para cambiarse de ropa. Cuando regresó una hora más tarde, Dominic pensó que lo del café era una excusa y que se había ido por el mero placer de hacerlo o de tomarse un descanso.

Cada día le costaba más sonreír cuando entraba en la oficina. Nadie diría que aquel era el negocio de su familia, el suyo, ese del que tenía buena parte de las acciones, porque detestaba cada uno de los rincones del lugar. Le hacían sentirse idiota y poco útil.

—Dominic no debería ser tan duro contigo —respondió Gina cuando él le contó lo que había pasado con el café mientras mordía un trozo de pizza con extra de queso.

—Supongo que se ha cansado de darme oportunidades. No es la primera vez que lo hace, ¿sabes? Antes sí que confiaba en mí. Cuando terminé los

estudios, él estaba orgulloso.

—¿Y qué pasó después? —preguntó ante silencio.

—Me dio un puesto aquí, el de subdirector. Su segundo a bordo. Mi padre no estaba de acuerdo, porque decía que no estaba preparado para asumir esa responsabilidad, pero Dominic se enfrentó a él y le aseguró que podía hacerlo y que confiaba en mí. Los oí discutir desde fuera del despacho —recordó con nostalgia—. La cuestión es que al final mi padre tuvo razón. Yo la cagué y le jodí a Dominic, que lo había apostado todo por mí.

—¿Qué fue lo que hiciste exactamente?

—Nada, esa es la clave. El primer mes me maté a trabajar. Venía puntual, atendía a todo lo que él me explicaba e intentaba hacer lo mejor posible las tareas que me mandaba. Pero después todo se empezó a torcer. Yo salía cada día más, incluso entre semana, y me quedaba hasta tarde, así que al día siguiente no acudía a mi hora a la oficina. Empecé a no hacer nada de utilidad y nadie quiere mantener a un tipo que se pasa el día así. Por decisión de la junta, y más concretamente de mi padre, mi hermano terminó relevándome de mi puesto.

Gina suspiró hondo y le apretó la mano con cariño.

—Lo importante es que estás aquí ahora, dispuesto a cambiar eso, ¿no crees? Tu amigo Gabe tiene razón, por lo que me has contado, deberías demostrarles a todos que se equivocan contigo. —Lo miró fijamente a los ojos—. Yo confío en ti, Blake.

Él no pudo evitar sentir algo en el pecho al escuchar sus palabras.

—Te lo agradezco, pero mejor no lo digas muy alto.

—¿Y eso por qué? —preguntó inquieta.

—Porque no quiero terminar decepcionándote.

—No creo que puedas hacerlo —replicó.

—Ah, ¿no? Dame una buena razón.

—Porque no espero nada de ti, Blake.

Se quedó callado, mirándola casi sin parpadear. El lado oscuro de él celebró ese comentario. Que Gina no esperase nada de él era liberador, porque así no la decepcionaría y todo resultaba más fácil y despreocupado. Pero, el otro lado, no estaba tan contento. Quería que ella esperase cosas de él. Como que podía ser un gran hombre, por ejemplo, o mantener su puesto en la empresa por sus propios méritos y no por su apellido...

—¿En qué querías que te ayudara hoy?

—Mañana tengo una cena. Vienen a la ciudad Marisa y Marcus Fredich, los dueños de la cadena con la que nos hemos asociado. Mi hermano ha accedido a que lo acompañe, así que necesitaré... ya sabes, ropa adecuada y ese tipo de cosas.

—Nunca digo que no a ir de tiendas —accedió.

Esa misma tarde, los dos pasearon por la avenida más concurrida de la ciudad. Visitaron varias tiendas en las que Blake se probó algunos trajes. La idea de llevar pantalones de pinzas y camisas abotonadas hasta las muñecas no era su mayor alegría, pero podía soportarlo. Sin embargo, las corbatas eran su cruz. Odiaba sentir eso rodeándole el cuello.

Estaban en una de las últimas tiendas y Gina miraba con calma todas las corbatas de colores que había en un escaparate. Señaló una de color morado y

él gruñó en respuesta.

—¿Por qué no te gusta? ¡Si es preciosa!

—Ni loco. Una negra. O gris.

—Los trajes ya son de ese color.

—Mejor todavía —replicó Blake.

—Tienes que ser razonable. —Gina lo persiguió por la tienda—. ¿Qué gracia tiene que me pidas ayuda si no estás dispuesto a aceptar mis consejos? Si sigues así, me despediré.

—Entonces te quedarás sin tu zapato.

—Sí y hablando de eso, como broma ya está bien, Blake, quiero que me lo devuelvas.

—¡Eso no era parte del trato! —La miró.

—Ahora estoy hablando en serio. Esta es otra de las cosas que haces mal, que resulta imposible hablar contigo como dos adultos. En cuanto algo no te gusta, te sales por la tangente con alguno de tus comentarios divertidos para no afrontar las cosas.

—¿Y todo esto es por un zapato? —Se burló.

—¿Sabes? Déjalo, no me importa. Pero, si no te vas a tener en cuenta mi opinión, creo que sobro aquí. Mañana saldré con mis amigas por la noche y tengo que pintarme las uñas.

Gina giró sobre sus talones y comenzó a andar hacia la puerta de la tienda. Él se quedó pasmado mirándola caminar, contemplando su trasero enfundado en esos vaqueros que le hacían una figura perfecta. Corrió hacia ella y la sujetó de la mano.

—¿A dónde crees que vas? No te escapes.

—Me estás cabreando —se quejó Gina.

—Está bien, tú ganas. Elije las corbatas.

Ella sonrió como una niña y dio un par de saltitos antes de volver frente al mostrador. Blake aguardó a su lado, mirándola mientras señalaba el cristal y decía “*quiero esa y esa y esa de ahí también...*”, nunca se había sentido tan deslumbrado por nadie ni había estado dispuesto a ceder de esa manera, como un corderito amaestrado. Le asustó el pensamiento.

—Ahora, pruébatelas —le pidió ella.

Las cogió y se encaminó hacia los probadores. Pero, no llevaba ahí ni dos minutos, cuando se dio cuenta de que por la falta de práctica no recordaba cómo debía hacerse el nudo; las que tenía en casa ya lo tenían hecho y lo único que él hacía era apretarlo un poco.

—Esta mierda no funciona —se quejó.

—¿Quieres que entre? Te ayudaré.

—Vale. Pasa. —Abrió el probador.

Gina entró en el pequeño cubículo y, de inmediato, se arrepintió de haberlo hecho. Ella era minúscula frente a Blake y él ocupaba absolutamente todo el espacio libre, ni siquiera podía respirar sin llevarse a rastras el olor masculino que desprendía.

—Agacha un poco la cabeza, por favor.

Blake obedeció y ella le pasó la corbata. Cuando le rozó el cuello sin querer, intentó que él no notase que le habían temblado un poco los dedos como a una tonta.

—Se hace así, primero a la derecha, luego lo unimos, pasamos esta y... ¡voilà! Ya está. Mira qué guapo estás —le dijo cuando él se miró al espejo que tenía delante.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó.

Gina se quedó mirándolo con nerviosismo.

—¿A qué te refieres? —Le sudaban las manos.

—A si de verdad piensas que soy guapo —susurró juguetón y le mostró una de sus sonrisas canallas, esas que se guardaba para cada vez que quería conseguir algo. Ella se dio cuenta.

—¡Eres idiota! —protestó pegándole en el hombro.

Salió del probador mientras escuchaba las risas de Blake a su espalda y se obligaba a calmarse. ¿Qué le ocurría?, ¿por qué caía en todos sus juegos y se ponía tan nerviosa? No lo sabía, pero tenía que hacer algo para que la situación no fuese a más.

Así que, durante el resto de la tarde, mientras también compraban un par de pantalones más informales y algún suéter y camisas para ir a trabajar sin logos ni textos soeces, ella intentó que ni siquiera se rozasen. Cada vez que Blake se acercaba a ella de manera inconsciente o le hacía alguna broma o le tocaba el pelo o la cara como si fuese algo de lo más normal del mundo, Gina se apartaba procurando que no se notase o daba un paso atrás. Cuando ya había anochecido y salieron de la última tienda, él se paró frente a ella.

—Deberíamos ir a cenar. Para agradecer que hayamos salido vivos de esta y que me hayas ayudado a comprar toda esta ropa clásica y aburrida —dijo alzando la bolsa.

—Gracias, pero es tarde, debería ir a descansar ya.

—Venga, Gina, conozco un mexicano tremendo que está por aquí cerca.

La idea era tentadora, muy tentadora. Ella casi podía sentir ese *sí* en sus labios, porque la tarde se le había pasado volando y cenar con él le parecía el mejor plan del mundo para aquella noche. Pero no podía. Tenía que mantener las distancias. Quería ser su amiga, pero le asustaba no poder conseguirlo si seguía por ese camino.

—Lo siento, quizás otro día.

—Está bien, como tú quieras.

Él la miró un poco decepcionado, pero al final asintió con la cabeza y se despidió de ella con un beso en la mejilla tras darle las gracias por acompañarlo a buscar la ropa.

Ella lo llamó cuando ya había empezado a andar.

—¡Espera! ¿Comemos mañana juntos?

—Claro. Te espero en nuestro restaurante particular.

Le guiñó un ojo y luego siguió su camino, mezclándose entre la gente de la ciudad. Gina se quedó un rato más allí plantada en medio de la calzada, con el corazón acelerado.

10

Blake estaba un poco nervioso cuando se acomodó en su silla alrededor de esa mesa en la que estaba el matrimonio Fredich, su hija mayor, su hermano Dominic y Ava, su novia. Él intentó mostrarse correcto en todo momento, mientras el camarero les pedía nota de lo que iban a tomar y después todos se ponían un poco al día hablando más distendidamente.

—¿De qué parte del negocio te encargas?

Él desvió la mirada hacia la chica. Era una joven más o menos de su edad, tenía la tez morena y el pelo de un negro tan brillante que llamaba la atención. La hija de los Fredich parecía ser también una parte activa de la empresa de sus padres y estar preparándose para tomar el relevo. En cualquier otra situación, si él hubiese estado allí meses atrás, sin duda habría intentado terminar la noche con ella en su cama, pero se sorprendió al darse cuenta de que no le interesaba en lo más mínimo y de que no decepcionaría por eso a su hermano del que, para no variar, notaba su mirada analítica clavada en él con insistencia.

—Todavía estoy poniéndome al día. He estado unos años... —Sacudió la cabeza, sin saber muy bien qué decir. *He estado unos años follándome a todo lo que se movía o He estado unos años saliendo de fiesta, derrochando dinero y consiguiendo que toda mi familia dude de mí.* ¿Qué opción era

mejor?

—Ha estado unos años de viaje por Europa —dijo Dominic de repente, sacándolo del aprieto—. Siempre viene bien tener experiencias antes de asentarse en el negocio.

—Eso es muy interesante —dijo Nicole, la hija de los Fredich.

—No creas. Ya casi no me acuerdo de la mitad de los viajes.

—A Blake le gusta mucho bromear —añadió Dominic tirante.

Blake se quedó callado durante los siguientes diez minutos y, después, cuando ya sirvieron el primer plato, intentó responder las preguntas de Nicole con un *sí* o un *no*, con la esperanza de cometer el mínimo error posible. Cuando empezó a agobiarse, se levantó y fue al servicio.

Una vez allí, se lavó la cara, sacó el móvil de su pantalón y abrió el correo.

De: Blake Miller.

Para: Gina Allen.

Asunto: Muerte instantánea.

Creo que la cena no va bien. Es decir, va bien, pero no, porque me veo obligado a mentir todo el tiempo. La hija de los Fredich me ha obligado a probar el hígado de oca o algo así y he tenido que fingir que estaba delicioso cuando lo único que deseaba era mandarla a la mierda y escupir. Que es lo que hubiese hecho hace unos años en esta misma situación, antes de pirarme por ahí a tomar una copa.

No se me da bien hacerle la pelota a la gente.

¿Tú qué estás haciendo esta noche?

Gina respondió un minuto más tarde.

De: Gina Allen.

Para: Blake Miller.

Asunto: Sé fuerte y aguanta.

Ya sé que lo de hacer la pelota no se te da bien, pero piensa que el exceso de sinceridad no es bueno. Lo hablamos el otro día. Es como todos vivimos, Blake. No siempre podemos hacer o decir lo que queramos en cada momento. Te guardas lo que sientas y te desahogas con tus amigos.

Él suspiró, apoyado en el lavabo, y se aflojó la corbata.

De: Blake Miller.

Para: Gina Allen.

Asunto: Eso intento.

Ya lo sé y eso es lo que hago. Desahogarme con una amiga ;)

No me has respondido a la pregunta, ¿qué haces hoy?

Esperó con impaciencia a que contestase, pero antes de que lo hiciese, la puerta del baño se abrió y su hermano Dominic entró por ella. Lo miró alcanzando una ceja, mientras se remangaba la camisa y se acercaba también hacia el lavabo.

—Ya pensaba que se te habría tragado la taza del váter.

—Muy gracioso —refunfuñó guardándose el móvil.

—¿Qué estás haciendo aquí, Blake?

—Solo necesitaba respirar un poco.

Su hermano lo observó con atención, pero él no estaba preparado para decirle cómo se sentía o qué le estaba pasando por la cabeza, mucho menos en esa situación.

—¿Algún problema con los Fredich? ¿Todo bien?

—Todo perfecto, quitando que casi poto.

Dominic reprimió una pequeña sonrisita maligna.

—Parece que le has gustado a esa chica...

—¿Cómo dices? ¿A qué te refieres?

—A Nicole. No aparta los ojos de ti.

—Pues mira qué suerte —ironizó molesto.

—Conociéndote, pensé que no te desagradaría. La chica es guapa y joven, podrías convencerla para que más tarde se viniese a tomar una copa con Ava y conmigo.

—¿Estás bromeando? —Su rostro se tensó.

—¿Cuál es el problema? ¿Desde cuándo te molesta pasar un rato con una chica como esa? Heredará la cadena en pocos años, porque a sus padres les gusta la vida tranquila de las afueras de Boston, así que, además de ser un buen partido, nos conviene llevarnos bien.

Blake se quedó pensativo, mirando a su hermano. Tenía al alcance de su mano algo tan sencillo como tontear con una chica e invitarla a tomarse una copa con ellos. Era lo que mejor se le daba en el mundo, desde luego. Y sin

embargo ya no le parecía tan divertido como hacía apenas una semana atrás. Pero Dominic se lo estaba pidiendo. Por una vez, su hermano estaba confiando en él para algo importante de la empresa, aunque su papel fuese así de insignificante y poco relevante. De modo que suspiró hondo y asintió.

—Está bien, veré qué puedo hacer —respondió.

—Gracias. —Le palmeó la espalda y lo miró orgulloso.

Blake no recordaba la última vez que su hermano lo había mirado así, como si de verdad fuesen un equipo y no dos extraños que en algún momento se habían distanciado demasiado. Cuando se sentó en la mesa de nuevo, se esforzó para mostrarse encantador con Nicole, sonriéndole más de la cuenta, sirviéndole él mismo el vino cada vez que se terminaba la copa y usando sus sonrisas torcidas deliberadamente. No pudo evitar comparar aquello con lo bien que se sentía junto a Gina cada vez que comían juntos en la terraza o pasaban el rato.

Cuando la noche anterior ella se había negado a cenar en ese mexicano, a él le había dolido que lo hiciese, porque sencillamente le apetecía pasar un rato junto a esa chica. No estaba buscando sexo, aunque desde luego la deseaba de una manera inexplicable, pero ella lo miró durante un instante con desconfianza antes de negarse y despedirse en medio de la calle.

Casi iban por el postre cuando él vio la oportunidad perfecta para preguntarle a Nicole si le apetecía tomar una copa con ellos en un club de la ciudad. Como era de esperar, ella asintió y sus padres anunciaron que se irían a descansar al hotel.

—Iremos a Sky Room —anunció Dominic—. Está cerca.

—Perfecto. —Nicole les sonrió, contenta.

Justo en ese momento le pitó el móvil. Blake lo sacó de su bolsillo y vio que Gina le había contestado al último mensaje. Con un suspiro, lo leyó mientras los demás hablaban.

De: Gina Allen.

Para: Blake Miller.

Asunto: ¡Tú puedes!

Pues ya lo sabes, aquí me tienes. ¡Ánimo! La cena no durará para siempre.

Yo voy a salir un rato con las chicas, picaremos algo en un indio al que solemos ir los viernes y después iremos a Sky Room a tomar una copa. ¡Hablamos mañana! ¡Descansa!

Besos.

Gina alzó la vista del móvil después de darle al botón de enviar cuando su amiga Zoe la zarandeó. Suspiró hondo, todavía algo pensativa y se llevó la copa a los labios.

—¿En qué estás pensando? Llevas toda la noche ausente.

—No es verdad, tan solo mandaba un mensaje...

—¿A quién? —preguntó Jane sonriente.

—Ya lo sabéis —contestó enfadada mientras metía en el bolso el teléfono. Sus amigas llevaban toda la semana sonsacándole información y Gina había

terminado contándoles que sí, que todos los días se veía con Blake a la hora de comer en la terraza del edificio y que, además, se había propuesto ayudarlo en eso de intentar ser mejor—. No me miréis así. Esto no significa nada. Solo estaba respondiendo algo que me ha dicho y ya está.

—Estáis muy unidos de repente... —dejó caer Jane.

—Recuerda lo que Ava te dijo —añadió Zoe, porque esa noche la cuarta del grupo no estaba presente al haber tenido que asistir a la cena de empresa—. Blake Miller trata a todo el mundo como si fuesen juguetes. Cuando se canse o se aburra de ti...

—Que sí, que lo he pillado —se quejó Gina.

Aunque muy en el fondo sabía que sus amigas tenían razón, porque ella misma había pensado así de Blake antes de conocerlo el fin de semana anterior, en parte le molestaba que lo criticasen de esa manera delante de ella. No es que fuese un angelito, nada que ver, pero tampoco era una mala persona. Solo estaba un poco perdido y necesitaba cariño. Gina tenía la sensación de que, viviendo bajo la sombra de su hermano mayor, Blake nunca se había sentido realmente valorado por su familia, como si por ser el segundo lo fuese en todos los aspectos posibles. Había ciertas carencias que solo mostraba cuando se relajaba.

—Vale, porque solo nos preocupamos por ti.

—Ya lo sé. De verdad, podéis estar tranquilas, chicas. Pasamos una noche divertida y nos acostamos. —Gina aún se estremecía cada vez que recordaba en su cabeza el tono ronco de la voz de Blake diciéndole todas las cosas sucias que quería hacer con ella—. Pero ahí quedó la cosa. Ahora somos

amigos. Para que veáis que no miento, anoche mismo quiso invitarme a cenar después de terminar las compras y rechacé su oferta. ¿Quién en su sano juicio haría eso si un tío le gustase? —Las miró desafiante, aunque flaqueando por dentro.

—Pues tú, por ejemplo. —Zoe alzó las cejas.

—Cielo... —Jane la miró con cierta lástima.

—¿Qué os pasa? ¡Os estoy diciendo lo contrario! No me gusta Blake. Me parece atractivo, sí, pero a mí y a cualquier chica que tenga ojos en la cara. No exageréis...

—No es un buen objetivo —quiso añadir Zoe.

—Es que no hay ningún objetivo. No-me-gusta.

—Vale, de acuerdo, te creemos —cortó Jane la conversación, aunque no estaba segura de estar siendo sincera, pero sabía que Zoe y Gina podían llegar a entrar en un bucle sin fin cuando las dos se enzarzaban en algún tema similar, en el que no se podía demostrar nada.

—Gracias. —Gina alzó el mentón—. Y ahora, si no os importa, me gustaría divertirme esta noche y dejar de hablar como si estuviese en la consulta del psicólogo. ¿Nos vamos?

Por suerte, sus amigas no pusieron más pegas ni insistieron y, diez minutos más tarde, las tres salieron del restaurante y cogieron un taxi directas hacia Sky Room, el local donde siempre solían acudir a tomar una copa. Como era habitual y más siendo un viernes, estaba lleno. Las tres se hicieron un hueco para llegar hasta la barra y pedir una copa.

—¿Qué tomamos? —preguntó Jane.

—Yo piña colada —dijo Gina sonriente.

Luego, ya con su bebida en la mano, estuvo hablando un rato más con las chicas hasta que terminaron bailando en el centro de la pista, cantando y riendo. Gina pensó que puede que no tuviese ninguna suerte en el amor, pero, al menos, sí la había tenido en la amistad. Gracias a su trabajo, había conocido a esas chicas que ahora formaban parte de su vida y volvería a acudir a esa entrevista en la revista Golden Miller mil veces a cambio de esa recompensa.

Estaba moviendo las caderas de lado a lado, sonriendo tras darle un sorbo a su copa y feliz al dejar por fin la mente en blanco, cuando vio que Jane fruncía el ceño. Al seguir la mirada de su amiga, se le cayó el alma a los pies. Fue una sensación incómoda, como si de repente se le abriese un agujero en la tripa y no pudiese hacer nada por evitarlo.

Blake estaba allí. Cogido del brazo de una chica morena despampanante, que no dejaba de mirarlo y de reírse cada vez que él hacía cualquier comentario. Enfrente, estaba su hermano Dominic y Ava, pidiendo algo para todos en la barra y hablando con el camarero.

—Ven, vamos a saludar a Ava —dijo Jane tirando de ella.

—No creo que sea necesario, si la hemos visto hace nada...

Pero ninguna de las dos pareció prestarle ni la más mínima atención, así que Gina se vio arrastrada por sus amigas hacia el lugar donde estaban los otros, aunque lo único que deseaba era marcharse de allí todo lo rápido que pudiese porque, de alguna manera, Blake la había mentido. Le había asegurado que la noche que pasó con ella era la última que saldría de fiesta y

estaría con una mujer y en esos momentos estaba haciendo exactamente eso, paso a paso. Igual que había hecho con ella. Llevarla a Sky Room. Tomarse una copa. Reír y bailar un rato. Seguro que en menos de media hora una limusina aparcaría en la puerta y llevaría a esa joven hasta su apartamento, donde le habría preparado alguna de sus tontas fiestas de pijama o quién sabe qué. Y aunque no tenía razones para estarlo, Gina se sentía dolida. Y enfadada. Él le había asegurado que quería cambiar, pero ahora se daba cuenta de que estaba jugando con ella como si fuese una tonta. ¿Puede que además estuviese un poco celosa? Sí, puede. Para su desgracia, no podía evitar sentir un nudo en la garganta que la ahogaba.

Imaginar a Blake con otra mujer era doloso. Se convenció de que tan solo sentía eso porque nunca es plato de buen gusto encontrarte a un ex ligue con otra persona. Nada más.

—¡Ava! —Zoe la llamó alzando la mano en alto.

—¡Chicas! —Ella les sonrió como si no se hubiesen visto en años.

Todos se saludaron. Cuando a Gina le tocó el turno de darle un beso en la mejilla a Blake, contuvo el aliento y terminó poniéndose nerviosa y tropezando con sus propios pies. Él la sostuvo, sujetándola por la cintura y pegándola a su pecho. Le mostró una sonrisa preciosa.

—Cuidado, *Cenicienta*, que aún no son ni las doce.

—Muy gracioso —farfulló ella, soltándose de golpe.

—Me llamo Nicole, encantada de conoceros a todos —saludó la chica morena—. Por lo que veo, también trabajáis en la revista, así que supongo que, en cierto modo, ahora mismo todos formamos parte del mismo negocio.

Deberíamos brindar.

—Buena idea. —Dominic cogió las copas.

Lo hicieron y después bebieron. Gina se esforzó todo lo que pudo por no mirar a Blake ni una sola vez, porque el corazón se le aceleraba cada vez que tropezaba con esos ojos grises que a veces se quedaban fijos en ella más tiempo del apropiado, y era insoportable ver cómo bromeaba junto a Nicole o dejaba que la chica le acariciase el brazo y se pegase a él como una lapa. Cuando, pasado un rato, ella lo cogió de la mano e insistió en que bailasen juntos en la pista, Gina no pudo soportarlo más. Nicole le rodeaba el cuello y se movía al ritmo de la canción, tan cerca de él que parecía que los hubiesen untado con pegamento.

—Creo que voy a irme ya, chicas. Tengo sueño.

—¿Te encuentras bien, Gina? Todavía es temprano.

—Ya, pero anoche no descansé mucho —insistió.

—Si te vas tú, yo también —dijo Zoe, puesto que vivían en el mismo apartamento y solían compartir el taxi de vuelta—. ¿Seguro que no quieres quedarte ni un ratito más?

—Seguro. —Parpadeó para contener las lágrimas.

—Voy con vosotras —terminó diciendo Jane.

Se despidieron de Ava y Dominic, que estaban susurrándose cosas al oído, acaramelados, y después echaron a andar hacia la salida. Gina evitó mirar hacia atrás, porque temía ver cómo se besaban y, por cómo bailaban minutos atrás, pensó que no faltaba demasiado para que llegase ese momento. Tragó saliva, nerviosa, y cuando salió al frío de la calle y por fin se hubo alejado de

aquello, notó que las fuerzas empezaban a flaquearle.

—Cielo, ¿estás llorando? —Jane se paró frente a ella, frunciendo el cejo, y sacó un pañuelo de su bolso con el que empezó a limpiarle las lágrimas con gesto maternal.

—No lloro, solo... —empezó a decir.

—... te caen lágrimas —terminó Zoe.

—Entonces teníamos razón. Blake te gusta. ¿Por qué no nos lo has dicho durante la cena? Somos tus amigas, jamás te juzgaríamos por algo así. Son cosas que no se pueden controlar, lo único que nosotras podemos hacer es advertirte sobre lo que pensamos que es mejor.

—¡Ya lo sé! —exclamó en medio de la calle—. ¡Pero es que no quiero que me guste! No quiero, ¿vale? Y esta noche me ha decepcionado. —Y me ha mentado, añadió para sí—. Así que aquí termina nuestra amistad y todo lo demás. Soy una tonta. ¿Por qué me dejáis que siga haciendo el ridículo? Si es que era evidente que todo era un juego.

—Vamos, cielo, dame un abrazo —dijo Jane.

Gina lo hizo y, segundos después, Zoe se unió.

Menos mal que, al menos, siempre las tendría a ellas.

11

Blake no dejaba de dar vueltas de un lado a otro, recorriendo su salón con el móvil en la mano. El viernes, cuando se había encontrado con Gina en aquel local, pensó que al menos la noche tendría algo bueno, pero pronto la notó esquiva, casi ni lo miraba. Entre eso e intentar comportarse como un buen tipo con Nicole, los minutos se convirtieron en horas. Por si fuese poca tortura, Gina estaba preciosa. Llevaba puestos unos pantalones negros ajustados, zapatos de tacón y un minúsculo top de tirantes que provocó que a él se le secase la boca cuando empezó a hacer calor en la terraza cerrada y acristalada y ella se quitó la chaqueta dejándola sobre uno de los taburetes. Se preguntó si lo hacía adrede.

Pero no. Porque si hubiese querido volverlo loco, no se habría marchado en cuanto tuvo la oportunidad. Blake se vio obligado a bailar con Nicole, haciendo serios esfuerzos por mantener las distancias, y cuando terminó y volvió a la barra, Ava les dijo que las chicas se habían ido ya a casa. Ni siquiera se molestó en despedirse. Eso lo cabreó aún más.

De modo que, a la mañana siguiente, el sábado, le había enviado un correo en tono de broma, aunque, en realidad, estaba un poco molesto ante su indiferencia.

De: Blake Miller.

Para: Gina Allen.

Asunto: Cenicienta.

Por lo que recuerdo del cuento, Cenicienta no se marchaba corriendo y sin despedirse hasta pasadas las doce de la noche y, además, antes de irse y de que la carroza se convirtiese en calabaza bailaba con el príncipe.

Ella tardó más de tres horas en responder.

De: Gina Allen.

Para: Blake Miller.

Asunto: Cenicienta.

Lo siento, estaba cansada.

Blake se quedó mirando el mensaje un buen rato, como si esperase que de repente las letras bailasen frente a sus ojos y se transformasen en algo más, porque eso apenas si podía considerarse una contestación. Cuatro palabras. Con el cejo fruncido y la boca apretada, le dio al botón de responder, todavía un tanto confundido por todo.

De: Blake Miller.

Para: Gina Allen.

Asunto: Planes.

Espero que descansases.

¿Qué tienes pensado hacer hoy?

Blake esperaba que pudiesen quedar. Estaba aburrido, solo en su enorme apartamento, y no podía dejar de pensar en Gina y en el minúsculo top que llevaba la noche anterior. Ningún tío en su sano juicio hubiese sido capaz de apartar la vista de ese escote, porque era perfecto, con la ligera curva de los pechos redondeados, sugerente. Y Blake sabía de primera mano que su piel era suave bajo el tacto de sus dedos. Toda ella era suave en sí.

De: Gina Allen.

Para: Blake Miller.

Asunto: Planes.

He quedado. Besos.

Lo leyó un par de veces. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué respondía todos los mensajes de una manera tan seca y cortante? La Gina que él recordaba era la chica más positiva, alegre y sonriente que él había conocido jamás. Era una de las cosas que tanto le gustaban de ella, que siempre parecía ver el vaso medio lleno, incluso con alguien como él, que no merecía que perdiese su tiempo ayudándolo o diciéndole aquello que le había llegado al alma días atrás, ese *confío en ti* que en los labios color frambuesa de Gina había sonado perfecto.

De modo que el sábado Blake estuvo de un humor de perros.

No ayudó que su madre lo llamase a media tarde para recordarle que en

dos semanas era Acción de Gracias y que, por supuesto, contaban con su presencia en la mesa.

Reunirse con su familia al completo nunca era plato de buen gusto. Blake se pasaba las veladas deseando que los minutos avanzasen más rápido, aguantando los comentarios malintencionados de su padre y los halagos que su madre le dedicaba a Dominic. Su hermana pequeña, Olivia, se libraba de eso, porque al ser la única chica, aunque era mimada y consentida, sus padres solían protegerla en la medida de lo posible, como si fuese una princesita que mereciese tener algún tipo de trato especial. Él, en cambio, era la oveja negra.

Se pasó toda la noche malhumorado, viendo la televisión.

El domingo, cuando le mandó un mensaje a Gina preguntándole qué tal le iba el día y ella no contestó, estuvo a punto de salir e ir a su apartamento a buscarla. Ató cabos. El sábado había quedado y al día siguiente estaba incomunicada. Quizás estaría pasándoselo bien con algún tipo. Debería haberse alegrado por ella, puesto que era su amiga y quería que fuese feliz, pero no podía evitar sentir una sensación agrídulce que lo incomodaba.

Su hermana apareció en su apartamento a media tarde.

—¿Qué estás haciendo? —Olivia abrió la nevera sin preguntarle primero, cogió un yogurt de chocolate y se lo empezó a comer sin miramientos. Era verdad eso de que la confianza daba asco a veces. Su hermana nunca llamaba antes de presentarse en su casa y daba por hecho que todo lo que allí había era también de ella por pura extensión.

De no ser porque Blake la adoraba más que a nadie en el mundo, le hubiese gritado que no le molestase esa tarde, porque quería estar solo y estaba de un

humor de perros.

—Aquí, matando las horas —dijo cogiendo el mando de la televisión cuando los dos dejaron atrás la cocina y fueron al salón para sentarse en el sofá.

—Te veo muy despierto para ser un domingo, ¿nada de resaca?

—No. Ya sabes que estoy... intentándolo.

—Intentando ser un buen chico. —Olivia rio.

—¿Qué te hace tanta gracia, renacuajo?

—Tú y esta nueva versión de ti mismo.

Blake miró a su hermana y suspiró profundamente.

—Tampoco crees que pueda lograrlo, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? Yo no soy como papá. Creo que vales mucho, Blake. Simplemente nos hemos acostumbrado a la buena vida y ahora cuesta cambiar eso. A mí también me gustaría que Dominic me dejase hacer algo en la empresa, pero no parece muy por la labor. Al menos a ti te ha dado un voto de confianza: te invitó a la cena del viernes.

Era cierto. Blake no había hablado con su hermano sobre ello, pero sabía que el hecho de que hubiese accedido a que lo acompañase a una cena importante con los socios de la cadena de televisión, era una señal de que Dominic había tenido en cuenta que, a pesar de todos los fallos que había cometido, se hubiese presentado en la oficina durante toda la semana.

Por eso mismo, cuando llegó el lunes, Blake se esforzó por llegar de los primeros. Cuando su hermano apareció, él ya estaba en el despacho, esperándolo. Le encomendó algunas tareas, todas muy sencillas, pero era

mejor que nada. Hacia media mañana, le mandó un correo a Gina para decirle que quedaban a la hora de la comida donde siempre, en la terraza, y que él mismo se ocuparía ese día de comprar los sándwiches. Se esforzó por reprimir el impulso de tomarse un descanso e ir a buscarla a su despacho, que estaba una planta más abajo. Eso no era muy profesional, y no quería empezar a cagarla el primer día de la semana.

Cuando llegó la hora de comer y salió, Ava lo saludó.

—¿Qué tal el día? ¿Ajetreado? —Le preguntó.

—Bien, creo que me voy acostumbrando.

—Eso es una buena señal. —Le mostró una sonrisa sincera.

A Blake no le caía mal la novia de su hermano. A decir verdad, era una chica encantadora, trabajadora, lista y dulce, pero lo había descolocado ver a Dominic enamorado, mirándola embelesado cada dos por tres o preocupándose siempre por cogerla de la mano, rodearle la cintura con un brazo o colocarle bien la bufanda cuando salían a la calle. Eran pequeños detalles que no tenían nada que ver con la faceta más tosca y dura de Dominic. Al juntar eso con la petición de matrimonio que su mejor amigo le había hecho a Jane, se había sentido agobiado, como si todo el mundo empezase a encontrar su lugar en el mundo menos él.

Pero durante la última semana que había pasado en la oficina, había descubierto que Ava lo tenía en una especie de *periodo de observación*, como si intentase conocerlo más a fondo antes de formarse una opinión clara sobre él y al menos le gustaba que no diese nada por sentado y se tomase la molestia de sacar una conclusión por sí misma.

Tras comprar algo en la máquina expendedora, subió los escalones de dos en dos hasta llegar a la última planta. Salió y se abrochó la cremallera de la chaqueta hasta arriba, porque ese día hacía viento y mucho frío. Gina se estaba retrasando. Paseó por la terraza de un lado a otro, impaciente por verla, mirando de vez en cuando las vistas de la ciudad que se apreciaban desde allí, hasta que, al final y muy a su pesar, se dio cuenta de que ella no parecía tener intención de aparecer. Que no le hubiese respondido al mensaje cobró sentido.

Con un suspiro cansado, Blake se sentó y comió en silencio y solo.

Cuando terminó, aguantó las ganas de ir a buscarla y se metió en su despacho. Terminó todas las tareas que su hermano le había mandado y, diez minutos antes de la hora de salir y que las oficinas cerrasen, se despidió de Ava y bajó a la segunda planta. La mayoría de los trabajadores ya estaban recogiendo y diciéndose adiós, pero, por suerte, cuando entró en el despacho de Gina sin molestarse en llamar, vio que ella todavía estaba tecleando en su ordenador con gesto de concentración hasta que alzó la vista hacia él.

—Veo que estás muy ocupada. Tanto, que ni siquiera puedes contestar un correo electrónico. Ni hacer una pausa para comer. Tendré que revisar tu horario.

—Sí, tenía... cosas que adelantar... perdona.

Gina parecía insegura y él aprovechó el momento de debilidad. Ese día llevaba puesto un vestido gris, medias y unas botas informales. Él la repasó de arriba abajo sin molestarse en disimular y, después, rodeando el escritorio, cerró la tapa de su portátil y se sentó encima de la mesa. Se cruzó de brazos y

suspiró hondo, sin apartar sus ojos de ella.

—¿No podías siquiera avisar de que vendrías a comer?

—No sabía que ahora comíamos juntos todos los días por norma.

—Pero si te he mandado un mensaje —protestó él, enfadado.

Ella se puso en pie, momento que Blake aprovechó para hacer lo mismo y caminar hasta la puerta. Puso el pestillo. Por lo que se veía a través de la cortina corrida, ya no quedaba nadie más en la oficina. Se giró hacia Gina, que parecía estar meditando qué hacer a continuación, porque aquello era una encerrona en toda regla. En teoría, a él debería darle igual que ella quisiese comer con él o no, que lo evitase o lo buscase, ¡por favor, si tan solo la conocía desde hacía poco más de una semana! Y, sin embargo, le importaba.

—Quiero saber qué te ocurre conmigo.

—No me pasa nada, Blake. Tengo que irme.

Él la frenó antes de que alcanzase la puerta, colocándose delante. Cuando ella intentó darse media vuelta con un soplido fusioso, la retuvo rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola hacia su cuerpo. Gina apoyó las manos en su pecho para no chocar con él. Todo él, todo su ser, parecía emanar un calor sofocante y de repente ella recordó la sensación de sus cuerpos desnudos y abrazados entre las sábanas y temió echarse a llorar de frustración.

—Sé que te ocurre algo. Me has ignorado todo el fin de semana.

—Eso no es verdad —protestó ella, nerviosa.

—Contestabas los mensajes con monosílabos.

—Estaba ocupada. Ya sé que tú no sabes lo que es eso, pero... —Se quedó

callada, viendo el gesto de dolor que cruzó el rostro de él y preguntándose por qué había tenido que decir precisamente algo así, atacar la parte más débil de Blake—. Perdona, no quería decir...

—Déjalo, no importa. —La soltó de golpe.

Él dio la vuelta y quitó el pestillo de la puerta.

—¡Espera! —Blake frenó, dudando—. Tienes razón, sí que me pasa algo. Me pasa que no me gusta que me mientan ni que jueguen conmigo. Y pensaba que éramos amigos.

Cuando él se giró y la miró a los ojos intentó encontrar ahí todas las respuestas, pero no vio nada. Gina tenía los labios apretados, la frente arrugada y los brazos cruzados.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó.

—Me dijiste que era tu última noche, que ibas a centrarte en lo que tenías que hacer y que no podías perder el tiempo con mujeres. Y, sin embargo, el viernes parecías muy ocupado con una de ellas. Además, haciendo lo mismo que nosotros el finde anterior. Qué original.

Blake alzó una ceja, sorprendido. Hasta ese momento, no se le había pasado por la cabeza la idea de que ella estuviese cabreada por algo así, sobre todo porque él no había vuelto a pensar en Nicole ni un segundo durante aquellos dos días que habían estado sin verse.

¿Qué significaba eso? El mero hecho de que ella pudiese estar celosa hizo que se le acelerase el corazón, porque eso supondría... que sentía algo por él... aun cuando desde luego no había hecho nada a lo largo de su vida para merecer que una chica así lo aceptase tal y como era. Con ese pensamiento

golpeándole con fuerza la cabeza, se acercó más.

—¿Acaso estás celosa, Gina?

—¿¿Qué?! ¡Claro que no! Lo pasamos bien esa noche, nos divertimos y ya está, simplemente me molesta que me hayas mentido, porque confiaba en ti —soltó, con los puños apretados y las mejillas encendidas mientras rezaba para que él no advirtiese que temblaba.

—Aunque no me creas, era trabajo. No te mentí.

—Menudo trabajo más interesante.

—Es la hija de los Fredich. Mi hermano quería que nos tomásemos una copa todos juntos y que se sintiese integrada, eso es todo. No pasó nada más. Me fui poco después de que tú te marchases sin despedirte, por cierto. Y me fui solo, claro está.

Gina lo miró fijamente durante lo que pareció un mundo, intentando decidir por su mirada y su expresión si le estaba mintiendo o era sincero. Cuando se decantó por la segunda opción, se sintió avergonzada por haber montado aquel numerito. ¿Qué le ocurría? Blake no era su novio, ni siquiera su ligue con derecho a roce, puesto que solo se habían acostado una noche. Blake era tan solo un amigo y ella tenía que mentalizarse y aceptarlo cuanto antes.

—Entonces... —lo miró avergonzada—. Supongo que seguimos siendo amigos.

—Eso suena bien. —Blake intentó esconder su decepción. A fin de cuentas, no debería permitirse sentir nada más y no estaba muy seguro de qué significaba exactamente que el pulso se le acelerase cada vez que se

encontraba en la misma estancia que Gina. Puede que solo fuese deseo. Estaban sucediéndose demasiados cambios en su vida en poco tiempo y ya no sabía qué pensar.

—Espero que mañana no me abandones para comer.

—No lo haré. —Gina le sonrió.

—Perfecto. ¿Sales ya?

—Sí, estaba recogiendo...

—Te espero y te acompaño.

—De acuerdo, no tardaré.

Gina terminó de coger un par de artículos que tenía que llevarse y se metió la agenda en el bolso antes de seguir a Blake hasta el ascensor. Durante el trayecto en el pequeño cubículo, los dos se miraron fijamente, de una manera intensa que a ella la puso de los nervios. Cuando al fin llegaron a la calle y salieron del edificio de oficinas, el viento gélido del invierno los azotó con fuerza y los extremos de la bufanda de Gina salieron volando.

—Ven aquí —le dijo Blake cogiendo la bufanda.

—No es necesario, puedo sola...

—No quiero que te resfríes.

Ella no dijo nada mientras Blake Miller, ese chico que había pensado que era un desastre con patas semanas atrás, le ataba bien la bufanda alrededor del cuello. Cuando vio el vaho que escapaba de sus labios con cada respiración, Gina se contuvo para no ponerse de puntillas y darle un beso lento y profundo, como los que habían compartido aquel día.

—¿Así está bien? —le preguntó él.

—Sí, gracias, así está perfecto.

12

Blake había aceptado ir a cenar al apartamento de su hermano. En realidad, no tenía ningunas ganas de hacerlo, pero ahora que por fin parecía tenerlo en cuenta, no quería desaprovechar ninguna oportunidad. Así que subió con una botella de vino en la mano y esperó hasta que Ava le abrió la puerta y le mostró una sonrisa encantadora.

—¿Qué celebramos? —preguntó Blake entrando en la cocina. Su hermano estaba preparando pollo con salsa de vino y pimienta—. Vaya, eso tiene buena pinta.

—Celebramos que llevas una semana entera acudiendo a la oficina, por ejemplo. O que al fin hemos conseguido dar con el nuevo domicilio del futuro exmarido de Ava. Cualquiera opción me parece una buena excusa para reunirnos un rato teniendo en cuenta que vivimos a dos plantas de distancia, ¿no te parece? —Dominic lo miró sonriente. Parecía relajado.

—Me alegra oír la noticia —dijo mirándolos.

Su cuñada, Ava, había pasado por un tormento años atrás. Se casó joven con un hombre que terminó convirtiéndose en su peor pesadilla, atándola a él y maltratándola. Cuando Ava logró escapar, se marchó a Nueva York y, poco tiempo después, consiguió un puesto en la revista Golden Miller, como secretaria de su hermano, del que finalmente terminó enamorándose. Sin

embargo, todavía tenían mucho trabajo por delante. Al menos, ya habían contratado a una de las mejores abogadas de la ciudad especializada en ese tipo de casos y, visto lo visto, acababan de dar con el paradero de aquel monstruo.

—Entonces en breve conseguirás el divorcio.

—Eso espero. Aunque no es tan fácil —respondió Eva—. Queremos denunciarlo, pero, para eso, necesitamos pruebas. Y no tenemos ninguna, más allá de mi testimonio.

—¿No hay nada que se pueda hacer?

—Estamos en ello, aún al comienzo.

Blake asintió y cogió una cerveza de la nevera.

Luego, los tres se reunieron alrededor de la mesa y, ya estaban a punto de empezar a cenar, cuando su hermana Olivia apareció cargada con varias bolsas, dado que al parecer había vuelto a arrasar en alguna tienda de marca. Se sentó a su lado y cerró los ojos al probar el pollo, como si jamás hubiese comido nada semejante.

—Está de muerte, Dominic —le dijo.

—Gracias, hermanita —le guiñó un ojo.

—No, gracias a Ava, que hace que estés de buen humor desde que tienes sexo y amor regular y permite que los demás podamos vivir más relajados.

Blake se rio entre dientes al escuchar la contestación de su hermana pequeña y ver la cara de mal humor que ponía Dominic, con una de sus miradas asesinas.

—Come y calla si no quieres que eso cambie.

—Por cierto, Blake, me ha contado un pajarito... —comenzó a decir Olivia —, que a la hija de los Fredich le gustas mucho. Y que el viernes se os vio juntos en Sky Room.

—¿Quién te ha dicho eso? —gruñó Blake.

—Una amiga que os vio, claro.

—Es un buen partido —dijo de pronto Dominic.

—A mí no me interesa —contestó Blake.

—¿No piensas sentar nunca la cabeza?

—No... sí... pero no así. No con ella —añadió de repente. No es que nunca le hubiese entusiasmado la idea de tener una pareja estable, pero también es cierto que hasta la fecha no había sentido que nadie le interesase más de lo normal, algo que pasaba de un par de noches divertidas. *Pareja estable* sonaba como algo importante y Blake no quería solo a una chica guapa para eso, sino a alguien que le gustase de verdad, alguien como...

—¡Despierta! —Olivia chasqueó los dedos delante de su cara—. Decíamos que últimamente no pareces tú mismo. ¿Una abducción extraterrestre? ¿Una aparición divina?

—Puede que... —“*Puede que esté enamorado*”, dijo una voz en su cabeza, pero lo descartó rápidamente y removió su cena sin mucho interés—. Olvídalo. ¿Qué decías?

—Confirma las sospechas: algo le ocurre.

Ava sonrió escuchando a Olivia y luego se levantó para llevar los platos sucios a la cocina con la ayuda de Dominic. Blake se quedó un rato más en casa de su hermano, hasta que ellas se marcharon a descansar y él lo invitó a

tomarse una copa en la terraza.

Una vez allí, abrigados hasta el cuello porque hacía mucho frío, Blake bebió un trago de ron y se dedicó a girar distraído el vaso de cristal entre sus largos dedos.

—¿Tampoco vas a decirme a mí de qué va todo esto?

—¿A qué te refieres? —Miró a Dominic.

—Ya lo sabes. Llevabas años pasando de la empresa y, de repente, parece que empieza a importarte. Nunca habías estado una semana entera acudiendo puntual. O casi puntual. Menos cuando empezaste al terminar los estudios. ¿A qué se debe?

—Bueno, pensé que era hora de madurar...

—¿De verdad? Qué interesante.

—E hice una apuesta con Gabe.

—Eso ya me va cuadrando más.

Blake meditó unos instantes, sin saber si decirle a su hermano toda la verdad. Que sí, que era una apuesta y por supuesto él quería ganar, pero que no se trataba solo de eso. También quería demostrarle a él y a todos los demás que no era un imbécil de primera.

—Y luego está la otra cosa...

—¿El qué? Habla, Blake.

—El orgullo. Aunque solo sea por joder a papá. Sabes que él piensa que no soy capaz de hacer nada y es cierto que durante los últimos tiempos no lo he hecho...

—No, lo entiendo. A pesar de todo, todavía sigo confiando en ti.

—Siempre es bueno oír eso. —Le sonrió a su hermano.

—Y en cuanto a esa chica... —Blake arrugó el ceño porque, por un momento, esperó que fuese a hablar de Gina, hasta que recordó que su hermano no sabía nada de ella ni de lo que había pasado aquel fin de semana —. Creo que Olivia tiene razón y sí que le gustas. Ha sido algo inesperado, pero puede ser un golpe de suerte. Los Fredich siguen siendo muy desconfiados y, al final, es Nicole la que heredará su parte.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó confundido.

—Significa que, si te casases con ella, los Miller tendríamos toda la empresa.

—Joder, Dominic, dime que estás bromeando —lo taladró con la mirada.

—No, no hablo en serio, pero...

—No me gusta cómo suena ese *pero*.

—Tienes que reconocer que Nicole es increíble, en todos los sentidos.

—¡Pues cástate tú con ella! —exclamó enfadado—. ¿De qué va todo esto?

—Solo pensé... que te gustaría. —Dominic frunció el cejo, un poco confundido y sin dejar de mirar a su hermano—. Es totalmente tu tipo. Pero, olvídalo.

—Hay algo que no me estás contando, lo sé.

Dominic se frotó el mentón con aire distraído.

—Lo cierto es que la chica insistió en poder salir contigo a solas algún día.

—Sacudió la cabeza, desechando esa idea—. No tienes que hacerlo. No quiero que lo hagas. ¿Has conocido a alguien especial últimamente? Pareces distinto.

Blake se quedó mirando a su hermano sin saber qué decir. Por una parte, quería contarle que sí, que había conocido a una chica increíble y risueña que siempre estaba sonriendo y que, además y sorprendentemente, lo aguantaba y parecía apreciarlo tal como era. Pero, por otra parte, el peso de decepcionar de nuevo a toda su familia lo carcomía por dentro. *Salir un día a solas con Nicole* no sonaba tan terrible. Podía hacerlo sin que eso significase nada más, ¿no? Una comida rápida o algo con lo que todos estuviesen contentos. Suspiró.

—No, no he conocido a nadie.

Su hermano sacudió la cabeza.

—No pasa nada, ya llegará.

—Supongo que sí.

Al día siguiente, Blake se mudó al despacho de Gina.

Antes de que pudiese decir nada, ella lo vio entrar en su pequeña guarida con el ordenador portátil a cuestas, los cables de la batería y un montón de más cosas innecesarias. En el segundo viaje, ignorando sus preguntas, Blake llevó la silla reclinable y sus informes. Lo colocó todo al otro lado de la mesa, de manera que él y Gina estuviesen de frente.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Blake?

—Estrechar lazos. A partir de ahora, trabajaré aquí.

—No, eso es imposible. No, no y no. Recoge tus cosas.

—¿Es que no me quieres?, ¿qué tipo de amiga eres? —Él hizo una mueca

encantadora que a ella la dejó sin respiración—. Vamos, *Cenicienta*, sé buena conmigo. Se supone que eres mi ayudante y te necesito cerca. No sé hacer ni la mitad de las cosas.

Al escuchar aquel calificativo, recordó algo.

—Por cierto, devuélveme el zapato —pidió.

—Todavía no. Es mi rehén, mi seguro de vida.

Gina resopló. Llevaba pidiéndoselo cada vez que tenía ocasión, pero él siempre ponía la misma excusa y después bromeaba o hacía algo para distraerla, como tirarle del pelo o cualquier otra cosa que se le pasase por la cabeza y que a ella la pusiese nerviosa. Porque esa extraña manía que él tenía de tocarla a todas horas, empezaba a resultar insoportable. Y últimamente, ella estaba más sensible de lo normal. El día anterior, había llorado con un capítulo de *Friends* y, en general, estaba pasando una época muy emocional.

—No puedes quedarte en mi despacho.

—Claro que sí. Me aburro mucho solo. Y, además, ya te he dicho que necesito ayuda. Solo para que me pongas un poco al día. No quiero tener que preguntarle las dudas a mi hermano y es difícil estudiar lo que ha pasado en los últimos años en solo una semana.

Gina puso los ojos en blanco y suspiró. Tenerlo delante de ella durante todo el día iba a ser una tortura sin igual. ¿Cómo lo soportaría? No es que no quisiese estar con él, lo que no quería era que se fuese metiendo cada vez más en su piel hasta que fuese imposible sacarlo de ahí y, durante los últimos días, Blake estaba en todos y cada uno de sus pensamientos.

—Esto no es justo. Yo también tengo que trabajar.

—Intentaré no molestarte, te lo prometo.

Gina resopló, pero terminó cediendo. Él lo supo al ver su expresión y sonrió de oreja a oreja antes de encender su portátil y ponerse a teclear. Para ella, la semana fue una sucesión de horas eternas delante de un hombre que parecía recién salido de una serie de televisión de moda o algo así. Cada día se ponía una camisa diferente de las que ella le había comprado y una corbata; solía quitársela en cuanto entraba por la puerta, se la guardaba en el bolsillo y volvía a ponérsela cuando salía o iba a buscar a su hermano por cualquier cosa.

Cada día, Gina se levantaba con una sonrisa, elegía la ropa que iba a ponerse e iba en metro hasta el trabajo sin poder dejar de pensar en esos ojos grises que veía a todas horas. Después, las horas volaban entre miraditas de reojo y las bromas habituales de Blake. A veces le preguntaba dudas que tenía. Ella podía ver cómo se esforzaba para ponerse al día y cómo cada vez parecía interesarle más lo que leía y los pequeños proyectos que su hermano le encargaba. Otras veces, sus piernas se rozaban bajo la mesa y Gina las apartaba como si el contacto la quemase, porque era un poco así, como recibir una descarga eléctrica.

Cuando llegó el viernes, ella empezaba a preguntarse cómo había podido vivir hasta entonces sin la compañía de Blake. Se había convertido de un día para otro en una constante en su vida y así de fácil, sin forzar nada y sin tener que fingir ser una chica distinta, más sofisticada o más interesante. Cuando estaba con él, no tenía que pensar en nada.

Así pues, cuando subieron a comer, en medio de la tranquilidad y la

comodidad que sentía sentada a su lado mientras mordisqueaba su bocadillo, las palabras se le escaparon antes de que pudiese ser consciente de que parecían una proposición en toda regla.

—¿Qué haces mañana sábado? —le preguntó.

—Mañana... —Blake se mordió el labio inferior, pensativo, mirándola de reojo. No quería mentirle, no después de la única discusión que habían tenido hasta entonces—. Tengo que comer con Nicole Fredich. No es lo que piensas. Ya te lo dije.

—Entiendo. —Gina bajó la mirada y continuó comiendo. Ella no era quién para juzgarlo, así que se obligó a no contestar e intentó cambiar de tema—. ¿Te has enterado de lo que ha pasado con esa becaria que trabajaba en la redacción de los horóscopos? Al parecer robaba grapadoras. Y grapas, claro. Para las grapadoras. Tiene sentido.

—Gina... —Blake la miró y suspiró—. No me crees, ¿verdad?

—Sí te creo. Sé que no me has dicho toda la verdad, pero aun así te creo.

—Eres demasiado increíble —dijo bajito.

—Solo hago lo que haría una amiga.

Blake notó una ligera tensión en su mandíbula. Era una frase sin maldad y que solo resaltaba lo evidente, así que no supo por qué le molestó tanto. Y fue el desencadenante de lo que él dijo a continuación, aunque, en realidad, no venía al caso.

—Ya, claro. No me vendría mal que me ayudases a elegir la ropa. ¿Qué se pone uno para una cita al mediodía? Tengo serias dudas.

Gina tragó saliva, aunque más bien fue como si acabase de tragarse un

elefante y cayese sobre su estómago dándole un golpe duro. *Una cita*. Y encima le pedía consejo para la ropa. Quería darle un puñetazo en la nariz, aun sin razones. Porque él no la entendería. No entendería que ella sentía un cosquilleo cada vez que la miraba y que su sonrisa le aceleraba el corazón hasta el punto de que temía que él pudiese escucharlo. No, Blake no entendería nada de eso, porque él no se enamoraba, él tan solo salía con mujeres y se lo pasaba bien. Que Gina hubiese acabado siendo su amiga era solo fruto de la casualidad, porque trabajaban en el mismo lugar y sus vidas estaban unidas por una serie de personas.

Por esa razón, ella se obligó a ser fuerte y sacudió la cabeza.

—Claro. Si quieres, cuando terminemos de trabajar, puedo pasarme esta tarde por tu apartamento para ver qué tienes. Seguro que algo útil guardarás en el armario.

Blake se quedó algo descolocado, pero terminó asintiendo.

—Vale. Así será más fácil.

Después de la comida, las horas para Gina se tornaron eternas. Cada minuto era un suplicio y cada vez que la manecilla del reloj avanzaba se encontraba peor. ¿Qué ocurría? ¿Era tonta o qué? Iba a tener que ayudar al chico que le gustaba a vestirse adecuadamente para ir a una cita. La definición de *pringada* se quedaba corta para ella, desde luego.

Cuando la jornada terminó, Blake cerró el ordenador y la miró.

—¿Nos vamos juntos a mi casa? —le preguntó.

—¿Te importa si voy un poco más tarde?

—No, ¿qué tienes que hacer?

—He quedado con mis amigas para tomar un café rápido al terminar. No te preocupes, cogeré un taxi si me das la dirección, porque no la recuerdo después de... después de esa noche... —acabó por decir algo aturullada, porque rememorar aquel día siempre hacía que se le subiesen los colores. La voz juguetona y ronca de Blake en su oído, sus manos acariciándola, lo mucho que se habían reído y divertido juntos...

—De acuerdo. Ahora te mando un mensaje. No tardes.

Se despidió de ella y salió del despacho. En realidad, y para ser totalmente sincera, Gina no había quedado con sus amigas, no hasta después de saber lo que tenía que hacer. Tras acabar la comida, les había mandado un correo a todas anunciando que necesitaba una reunión de urgencia, por lo que Zoe había propuesto que quedasen en una cafetería que hacía esquina a dos manzanas de allí. Como a veces salían con cierta diferencia de tiempo, Gina se dirigió hacia el lugar directamente, con el abrigo abrochado hasta el cuello y ese malestar en el estómago que no conseguía quitarse. ¿Qué estaba haciendo? Era como si ella misma se saboteara de algún modo. Y llevaba una semana terrible, llorando por cualquier cosa, comportándose como si el mundo entero girase en torno a Blake Miller.

Cuando llegó, se sorprendió al ver que ellas ya estaban allí.

Las saludó a todas con un beso y después se sentó.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿estás bien? —preguntó Jane.

—Sí, no es nada *importante*, pero creo que he cometido un gran error. — Se llevó las manos a la cara y luego las apartó y suspiró—. He caído. Ya está. Lo confieso.

—¿Has caído? ¿Qué quieres decir con eso? —Ava la miró.

—Con Blake. He caído con Blake —aclaró—. Ahora soy otra tonta más a la que se le cae la baba cada vez que él anda cerca y solo de pensarlo me dan ganas de darme cabezazos contra la pared, porque es terrible que termine traicionándome a mí misma así.

—Cielo, no es culpa suya. Los sentimientos no se eligen.

—Deberían elegirse —insistió Gina—. Es injusto.

—Sí que lo es. —Zoe suspiró—. Lo superarás.

—No creo que pueda hacerlo. No, si sigo siendo su amiga. Verlo a todas horas es una tortura en toda regla. Y el martes se mudó a mi despacho, así que ya pasamos más horas oficialmente juntos que separados. ¿Por qué me hace esto?

—Dudo que él sepa que te gusta —opinó Ava.

—¿Por qué lo crees? —Gina la miró confusa.

—Porque Blake es demasiado despistado y alocado como para darse cuenta de algo así. Y, pese a lo que parece, también es una persona insegura de sí misma.

—No parece tan inseguro cuando se trata de salir con otras personas. De todos modos, da igual, porque no es asunto mío. Mi único problema es ser una tonta, porque ha terminado por gustarme la persona menos indicada. Una persona con la que, por cierto, en media hora me reuniré en su casa para aconsejarle qué ropa ponerse en su cita de mañana.

Gina inspiró hondo y se llevó la taza de café que acababan de servirle a los labios, mientras Jane y Zoe la miraban asombradas, y Ava, en cambio,

fruncía el cejo de repente.

—¡Ni se te ocurra hacer eso! —exclamó Zoe.

—Ya le he dicho que iría. Él piensa que somos amigos.

—Él puede pensar que el cielo es violeta que a mí no me importa —siguió Zoe, enfadada y con la frente arrugada—. Dile que te ha surgido un plan mejor. Que te has tropezado con un tipo atractivo e increíblemente interesante que se sabe todas las posturas del *kamasutra* y que vas a estar ocupada durante las siguientes horas, por ejemplo.

Jane rio bajito, pero Gina negó con la cabeza.

—No puedo rajarme ahora, eso sería aún peor.

Lo último que le apetecía era que Blake se enterase de lo que ella sentía, porque eso solo haría las cosas más difíciles. De modo que se terminó el café, se levantó poco después de hablar un rato más con sus amigas y paró un taxi en cuanto salió de la cafetería.

Las demás chicas se quedaron allí un poco más.

—Pobre Gina. Merece ser feliz —dijo Jane.

—Y con un buen chico. Nada de canallas —añadió Zoe, que luego miró a Ava—. ¿Tú por qué estás tan callada todo el rato?, ¿acaso hay algo que no nos hayas contado?

—No, es solo... que no sabía que Gina sintiese algo así por él...

Sacudió la cabeza y dejó la frase a medias, pero, mientras Zoe y Gina siguieron hablando y poniéndose al día, Ava no paró de darle vueltas al asunto, porque tenía la sensación de que algo se le estaba escapando, algo que estaba justo delante de sus narices.

13

Gina llamó al timbre con las piernas temblándole. La primera y la última vez que había estado allí, todo había sido muy diferente. Para empezar, ella había bebido y no estaba a punto de sufrir un infarto al corazón como en esos momentos. Mientras subía en el ascensor e intentaba retocarse el brillo de labios en el espejo, notó que el estómago le daba un vuelco. Un vuelco que se tornó más fuerte cuando salió y vio que él la estaba esperando apoyado en el umbral de la puerta, con unos pantalones de chándal cómodos que resbalaban por sus caderas y la camisa medio desabrochada que ese día había llevado a trabajar y que, al parecer, todavía no se había terminado de quitar (o ella había interrumpido el momento).

—Ya pensaba que no llegabas —dijo recibéndola.

—Solo me he retrasado unos minutos.

—Será que el tiempo se me hace largo cuando no estás —bromeó riéndose y, por segunda vez aquel día, ella deseó darle un puñetazo en el estómago—. ¿Quieres algo de beber?

—No, mejor vayamos al lío. Y, a poder ser, devuélveme mi zapato antes de que me vaya.

—*Cenicienta*, cuánto te falta por aprender en esto de los negocios.

Gina protestó por lo bajo mientras lo seguía hasta el dormitorio, aunque lo

único que deseaba era darse media vuelta y salir corriendo sin mirar atrás como si la persiguiese un asesino en serie con un hacha en la mano. En cambio, allí estaba, detrás de Blake e intentando en vano no fijarse en el trasero que le hacían esos pantalones y en su atlética espalda.

—No saldré viva de aquí —gimió para sí misma.

—¿Qué has dicho? —Él giró la cabeza y alzó una ceja.

—Nada, nada, que aquí hace mucho frío, ¿no?

—Puedo encender la calefacción —propuso él.

Lo hizo en cuanto entraron en el dormitorio. Gina se arrepintió de inmediato de lo que acababa de decirle, sobre todo porque en realidad estaba ardiendo, casi sudando, incluso a pesar de que se encontraban en pleno invierno. Inspiró hondo mientras él subía la calefacción y después se dirigía hacia el inmenso armario para abrirlo de par en par.

—Como si estuvieses en tu casa. Puedes meter las manos en mi ropa — dijo él y ella pensó que aquella frase sonaba excitante en sus labios, aunque no lo fuese, como muchas de las otras que a menudo le decía. Era como si tuviese un tonito especial.

—Bien, veamos... dijiste que era una cita de día, ¿verdad?

—Sí, una comida en un restaurante.

—¿Restaurante elegante o informal?

—Elegante, pero tampoco quiero ir hecho un pincel.

Gina apretó los dientes. Le dieron ganas de buscar la camisa más fea que tuviese en el armario. Cuando encontró una con un estampado de flores, la sacó y se la puso delante del pecho con una sonrisa tirante, mientras él la

miraba alucinado.

—¿Qué te parece? Conjunta con sus ojos.

—Esa camisa me la puse durante un crucero con mi familia y fue porque perdí una apuesta con Dominic. Ni siquiera sé qué hace en mi armario. Es horrible.

—No creas, las flores se llevan este año —insistió ella.

—Si no te conociese, pensaría que estás intentando sabotearme.

—A ver qué más tienes —repuso rápidamente mientras se giraba y revolvía dentro del armario que, por suerte, estaba iluminado con algunas luces leds y más ordenado de lo que ella esperaba—. ¿Qué opinas de esta? Te iría bien con unos pantalones grises, por ejemplo.

—No me termina de gustar —se quejó.

—¿Para qué me has llamado, entonces?

—Porque necesito ayuda, es una cita importante.

Ignorándola, mientras ella seguía mirando prendas, Blake se dejó caer en la cama de espaldas y cruzó los brazos bajo su nuca, aún con la camisa medio desabrochada y los pantalones rozándole el borde de las caderas. Gina lo miró de reojo y odió la sonrisita de suficiencia que cruzó su rostro masculino, porque sentía que se estaba burlando de ella y que era una tonta por estar allí ayudándolo con su cita en vez de pasarse la tarde viendo la televisión, por ejemplo, o dándose un baño de espuma, o tirada en el sofá.

—Pues si tan importante es, tómatelo como tal y levántate.

—Estaba pensando... —Blake siguió mirándola desde la cama, con un brillo extraño en los ojos. La indiferencia de Gina lo estaba matando

lentamente y, hasta hacía unos segundos, no sabía hasta qué punto le molestaba. Quería que lo desease tanto como él la deseaba a ella. Quería que estuviese celosa porque iba a ir a comer con otra mujer, incluso aunque a él esa chica no le importase en absoluto. Así que se propuso llevarla al límite, porque al menos así sabría si se estaba haciendo tontas ilusiones—. ¿Cómo debería comportarme en la cita?

—¿A qué te refieres? —Ella se giró con el cejo fruncido.

—Ya sabes. —Él se incorporó un poco—. ¿Debería ser considerado y amable? Tú eres mi amiga, no estaría de más algún consejo útil sobre cómo se comportan los chicos buenos.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

Ella quería echarse a llorar de inmediato.

—Es evidente que sí. No tengo ni idea, Gina.

—¿Pues no es tan difícil, Blake! Compórtate como cualquier tío decente. Yo qué sé. Cómprale flores, por ejemplo. O ábrele la puerta del coche cuando la recojas.

—Eso me resulta útil, sí. ¿Qué tipo de flores?

Blake se puso en pie e inspiró hondo antes de avanzar hacia ella de una forma peligrosa. Gina intentó disimular su malestar e incomodidad tocando con los dedos el extremo de una de las camisas, repasando el borde del botoncito hasta que se lo aprendió de memoria.

—Una rosa. O un ramo sencillo. Nada ostentoso.

Hubiese estado dispuesta a pagar una buena cantidad de dinero por la que poder marcharse de allí en ese mismo momento, pero Gina sabía que, si se

largaba corriendo, él descubriría lo que sentía y que lo de ser amigos era solo una farsa para ella. La idea de que Blake pensase que era una más que caía rendida a sus pies, le revolvió el estómago, ¡porque era injusto! Seguro que todas esas chicas que se habían vuelto locas por él no lo conocían como ella. Era consciente de que hacía poco tiempo que sus vidas se habían cruzado, pero había vivido la noche más intensa de su vida a su lado, había hablado con él de miedos que no había compartido con nadie más y, desde entonces, habían sido inseparables. A veces, dos extremos de un lazo conectan tan bien con un solo golpe que no hace falta nada más para darse cuenta de que el hilo no se romperá ante el primer soplido y que permanecerá intacto.

—¿Y crees que debería invitarla a casa después de la primera cita...?

—¡Blake, no sé nada de todo eso! ¡No soy tu maldita psicóloga!

Él se quedó callado, mirándola fijamente mientras respiraba agitado, en el silencio del dormitorio. Los gritos de Gina aún parecían flotar entre ellos. Era, probablemente, la primera vez que le hablaba así, pero había conseguido sacarla de sus casillas. Cuando él alargó una mano para colocar tras su oreja un mechón de cabello, ella se encogió ante el gesto.

—Entonces, a ver si me ha quedado claro...

—No sigas, Blake, por favor.

—Hacer esto estaría mal —dijo y, acto seguido, se pegó a ella hasta que no quedó ni un centímetro entre sus cuerpos—. No sería muy apropiado para una primera cita.

—Ahora que lo recuerdo, tengo que irme ya.

Pero él no la soltó, sino que siguió, implacable.

—¿Y qué me dices de esto? ¿Es una buena idea?

Inclinó la cabeza y le cubrió la boca con la suya sin pensárselo, movido por un impulso salvaje que lo incitó a colar la lengua entre sus labios y a besarla como si fuese el fin del mundo. Gina se sujetó a sus hombros para no caer por culpa de la conmoción y, muy a su pesar, correspondió aquel beso lleno de deseo y de palabras no dichas.

Blake bajó por su cuello y le dio un mordisco.

Ella se agitó ante el gesto excitante e inesperado.

—¿Y tú crees que un chico bueno debería hacer esto...? —Le preguntó Blake mirándola a los ojos mientras colaba una mano bajo el vestido que Gina llevaba. La acarició por encima de las medias, sobre su ropa interior y ella cerró los ojos al tiempo que contenía el aliento, con el pensamiento de que moriría abrasada allí mismo—. Contesta, pequeña.

No la había llamado así desde aquella noche y fue como si el torrente de recuerdos los asaltase de golpe a los dos. Gina se estremeció y tragó saliva para poder hablar.

—No, no es lo que deberías hacer... —susurró.

—Vale, porque no me gusta seguir las reglas.

Y acto seguido le rompió las medias de un tirón y las bajó de golpe, quitándolas a toda prisa. Ella se tensó cuando los dedos masculinos avanzaron por el interior de sus muslos y apartaron la ropa interior a un lado para acariciarla justo ahí, en el vértice de su sexo, con movimientos circulares y precisos, tan certeros que supo que terminaría en menos de un pestañeo y no estaba segura de qué significaba todo aquello.

—Blake... —gimió, aturdida, pegada a él.

—Mírame cuando te corras.

—Por favor... esto...

—Tú mírame, Gina.

Era una tortura. Pero, en ese caso, una tortura placentera. Cuando sintió que el mundo se movía bajo sus pies y que le temblaban las piernas, alzó la cabeza y dejó escapar un jadeo ronco cuando el orgasmo la atravesó mientras mantenía la vista fija en esos ojos grises que estaban llenos de anhelo, de lujuria y de promesas que ella temía terminar creyéndose.

Al acabar, para su sorpresa, Blake le colocó bien la falda.

Con las medias no había nada que hacer, desde luego.

—Te comprare otras —le dijo con la voz ronca.

—Y tú... —comenzó a decir Gina, pero él negó.

—Yo estoy bien. Pequeña, lo nuestro...

—Ya lo sé —lo cortó ella antes de que pudiese decir nada más, porque no soportaba ver su mirada arrepentida después de aquel momento en el que habían vuelto a dejarse llevar, ni tampoco pensaba quedarse más tiempo allí, siendo el segundo plato oficial y eligiendo la ropa que se pondría para el primero, la cita que tenía mañana mismo. Así que sujetó el bolso con fuerza sobre su costado—. No hace falta que me des explicaciones, de verdad, lo entiendo. Pero creo que, a partir de ahora, será mejor que cada cual siga su camino.

Ni siquiera lo miró antes de salir a toda prisa de la habitación y recorrer el pasillo hacia la puerta. Abrió, dio gracias de que el ascensor siguiese en esa

planta y bajó a la calle. Seguía temblando cuando, media hora más tarde, un taxi la dejó delante de su casa, y no solo porque no llevaba medias y tenía las piernas congeladas, sino porque se había enamorado de un completo idiota que jamás pensaría en ella como algo más que una amiga con la que divertirse de vez en cuando. Y lo peor era que había caído en su juego de nuevo.

Al subir al apartamento, la alivió ver que Zoe estaba allí, preparando algo para cenar que olía de muerte. Inspiró hondo y se calmó con la esperanza de que no notase que había estado llorando durante todo el trayecto en taxi, pero, como era de esperar, lo supo de inmediato.

—¿Has llorado? ¿Qué te ocurre, Gina?

—Nada, una mala tarde, eso es todo.

—Vamos, no te hagas la difícil. Sé que habías quedado con Blake esta tarde, así que, si no me lo cuentas todo por las buenas, iré a ver a ese malnacido y se lo sacaré por las malas.

—He vuelto a caer. Pero ya está, se terminó.

—Cielo... —Zoe la miró apenada y se sentó con ella en el sofá, a su lado—. ¿Hay algo que pueda hacer? Ya sabes que no soy la mejor dando consejos, pero es evidente que si ese chico no se da cuenta de lo mucho que vales, es que no te merece en absoluto.

—Lo sé. —Se limpió las lágrimas—. Si al menos pudiese dejar de llorar. No sé qué es lo que me pasa, pero últimamente estoy tan emocional que parezco tonta.

—Estará a punto de bajarte la regla.

—Sí, será eso o... —Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? Te has quedado pálida.

—¡Dios mío, Zoe! —Se levantó de un salto de sofá y se llevó las manos a la boca, con los ojos muy abiertos—. Debería haberme bajado la semana pasada...

—¿Gina? —Zoe se llevó una mano al pecho—. Dime que esto es una broma. Vamos a ver, ¿lo hicisteis sin protección o qué demonios...?

—Sí, pero tomo la píldora y...

—Esa mañana vomitaste.

—¿Qué? —Jadeó asustada.

—Que vomitaste, Gina, porque habías bebido, ¿no lo recuerdas? Fue como si no te tomases la píldora. Dios mío. Tú quédate aquí. Voy a bajar corriendo a por una prueba.

—¿¡Qué!? No, ni se te ocurra dejarme sola.

—Gina, solo serán cinco minutos, de verdad.

—¡Estoy asustada! ¡Estoy a punto de desmayarme!

—De acuerdo, hagamos una cosa: llamemos a Jane.

A diferencia de Ava, su amiga Jane no vivía lejos de allí. Se había mudado meses atrás al apartamento que ahora compartía con Gabe y quedaba apenas a quince minutos de casa andando, cinco cogiendo un taxi rápido. Así que era la opción más sensata. Zoe la llamó mientras Gina la cogía de la mano tan fuerte que le clavaba las uñas en la piel y le pidió que, de paso, comprase una prueba embarazo de camino hacia allí.

—Seguro que será una falsa alarma —intentó convencerse Gina—. Ya me

ocurrió una vez, cuando iba a la universidad. Estaba tan estresada durante los exámenes finales que se me retrasó más de diez días. Será eso. Tiene-que-ser-eso.

—Cálmate, cielo. Sea lo que sea, estaremos juntas.

—Juntas y con bombo no suena igual de bien.

Por suerte, Jane apenas tardó diez minutos en llamar al timbre. Subió jadeando por las escaleras y le tendió la prueba de embarazo como si fuese el anillo de *El señor de los anillos* y hubiese atravesado un largo recorrido para conseguir llevarlo intacto a su destino. Gina aceptó la cajita con las manos temblorosas y después se encerró en el baño.

Hizo pis, pero casi del miedo que tenía.

Abrió tras cerrar la tapa, cuando sus amigas llamaron a la puerta, y las tres esperaron impacientes mirando fijamente el pequeño plástico alargado. Durante unos segundos, no apareció nada y después dos líneas rosas, una más oscura que la otra, salieron en la pantalla.

—Madre mía, ¡estás embarazada! —gritó Jane.

—No me lo puedo creer... No es posible...

—Gina, respira. Mírame. Inspira hondo.

Intentó hacer lo que Zoe le decía, pero tan solo era capaz de pensar en que estaba embarazada. Había un bebé dentro de ella. O lo que en unos meses sería un bebé. Y era el fruto de una noche de locura que ella había pasado con Blake Miller. Hasta ese momento, su vida había sido tan tranquila como el recorrido monótono de un desierto y, sin embargo, desde que él se había cruzado en su vida, ya no podía ocurrirle nada más.

—¡Me voy a morir! ¿Cómo voy a criar a un hijo yo sola?

—Bueno, sabemos quién es el padre —dijo Jane.

—Y los Miller no van precisamente justos de dinero.

—Claro, podrán ayudarte en todo. Mira el lado positivo.

—¡Ni hablar! —Las miró a las dos—. En serio, chicas, ni una palabra de esto a nadie. No puedo decírselo a Blake. No puedo. En cuanto lo sepa pensará que lo hice a propósito o que solo buscaba su dinero o directamente saldrá corriendo y no querrá saber nada...

Sollozó. Sus amigas la abrazaron, pero eso no la calmó. Por una vez, nada podía calmarla. Se sentía más perdida que nunca, sin saber qué paso dar a continuación o cuál era la mejor decisión que podía tomar a partir de ese momento. Iba a tener un bebé. Iba a tener un bebé y tenía la sensación de que ni siquiera podía cuidar de sí misma y de que seguía siendo una niña tonta que tropezaba sin parar y que se había metido en un buen lío sin salida.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —le dijo Zoe.

—Claro y nos tienes a nosotras. Siempre —añadió Jane.

—Esto es un desastre... Yo solo quería divertirme una noche... —sollozó sin control, con el rímel corrido y unas pintas dignas de enmarcar—. He terminado enamorándome de un tío que es como un niño grande y que se lo toma todo a broma. Y por si fuese poco, ahora esto, un bombo. Tengo miedo. No sé nada sobre bebés...

—Nadie sabe hacerlo la primera vez, Gina.

—Esto es terrible, ¿qué puedo hacer?

—De momento, vas a calmarte. Después, te meterás en el baño de espuma

que nosotras te vamos a preparar y, cuando salgas, te estaremos esperando en el comedor con la cena preparada y nuestra maravillosa compañía, ¿de acuerdo?

Gina asintió y, como si fuese una muñeca, se dejó guiar por sus amigas con la esperanza de que, pasadas unas horas, pudiese ver el problema desde otra perspectiva.

14

Blake estaba de muy mal humor y que llamasen al timbre justo cuando se estaba preparando para la dichosa cita con Nicole, no ayudó a que este mejorase. Gruñó por lo bajo mientras se terminaba de abotonar una camisa que había elegido al azar y fue descalzo hacia la puerta del apartamento. Desde que la pasada tarde Gina se había marchado corriendo, no había conseguido dejar de pensar en ella y apenas había pegado ojo en toda la noche. No solo porque su recuerdo era demasiado delicioso para su propio bien, sino porque no estaba seguro de qué hacer al respecto. Le gustaba. Le gustaba mucho. Entonces, ¿por qué no podía pedirle salir o algo así como hacían todas las personas? Su hermano lo había hecho. Gabe también. Y eso era en parte lo que lo asustaba: que él no fuese capaz de ser un buen novio, el novio que alguien como Gina merecía, uno que fuese detallista, amable, trabajador y sincero. Un chico bueno. Y desde luego a él no se le daba bien ni representar el papel, tal como había demostrado horas atrás. Pero es que verla en su dormitorio, recordar todo lo que habían hecho allí y mirar esos labios tentadores... había sido demasiado para él.

Cuando abrió la puerta, se quedó sorprendido.

No era Olivia. Ni Dominic. Tampoco su madre.

Era Ava, la novia de su hermano, y no parecía contenta.

—¿Ocurre algo? —le preguntó sin estar muy convencido.

—No, solo pasaba por aquí y quería hablar contigo...

—¿Sobre qué? —Se apartó para dejarla entrar.

—Sobre el tiempo atmosférico. O sobre Gina, por ejemplo.

Le gustaba eso de la novia de su hermano, que fuese siempre directa al grano y de frente, sin andarse con tonterías. Blake se cruzó de brazos cuando llegaron al salón.

—De acuerdo, pero he quedado con Nicole, así que no tengo mucho tiempo.

—Tranquilo, seré rápida: aléjate de ella.

—¿Cómo dices? ¿He oído bien?

—Has oído perfectamente. Vas a destrozarle el corazón a esa chica. Si no te gusta, y puesto que vas a salir con Nicole daré por hecho esto, no juegues con ella. Es inocente y amable y divertida, no se merece sufrir por tus caprichos. Seguro que puedes encontrar cualquier otra mujer a la que le guste tontear y ese tira y afloja que te traes con todas, pero no lo hagas con Gina, porque solo uno de los dos saldrá perdiendo y sé que será ella.

Blake inspiró hondo, furioso, intentando controlarse.

—¿Por qué estás tan segura de lo que dices?

—Porque la conozco muy bien. Y mírate, estás a punto de tener una cita con una chica que, como los dos sabemos, está coladita por tus huesos.

—No tienes ni idea —masculló Blake enfadado.

—Pues explícamelo —lo retó ella alzando el mentón.

Es que el problema es que ni siquiera podía casi explicárselo a sí mismo,

¿cómo iba a conseguir que alguien como Ava con las ideas tan claras y fijas pudiese entenderlo? Se frotó el mentón con incomodidad, mientras las ideas fluían de un lado para otro a toda velocidad. ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? Gina era especial para él, muy especial. Una parte de Blake sabía que, si nunca lo intentaba con ella, la perdería para siempre. Se lo había dicho antes de marcharse y la frase se le había clavado en el alma: *a partir de ahora, será mejor que cada cual siga su camino*. ¿Cómo podían unas palabras tan sencillas doler tanto? Hasta ese momento, él habría dado saltos de alegría si, después de una noche de juerga, una mujer le dijese algo así. Y sin embargo al verla marcharse tan solo se había sentido vacío y decepcionado consigo mismo por hacer las cosas tan mal y por no ser capaz de dar lo mejor de sí.

—A mí no me gusta... —empezó a decir.

—Lo que decía, sino te gusta, no juegues...

—No me gusta Nicole —continuó, silenciando a Ava—. Porque está claro que me interesa otra persona, pero mi hermano... no quería decepcionarlo...

—¿Qué intentas decirme, Blake? —Ava frunció el cejo.

—Sé que él quería que saliese con Nicole. Pensé que, aunque fuese, podría comer con ella para contentarlo o yo qué sé. Pero no me interesa. Si fuese así, habría acabado en mi apartamento la semana pasada, cuando nos tomamos una copa con ella, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Te creo. Entonces, ¿pensabas salir con la chica tan solo para que tu hermano estuviese contento? Blake, no tienes que hacer nada que no quieras. Él ya está satisfecho con los cambios que has hecho estas semanas, te lo aseguro. Has ido todos los días a la oficina puntual y, por si no lo sabías,

Dominic te mandaba las tareas más difíciles tan solo para probarte y ver si te rendías a la primera de cambio.

—¿Estás bromeando? —Abrió los ojos, sorprendido.

—No, pero no se lo digas o me mata. —Ava se rio.

—¡Maldito sea! —masculló Blake resoplando.

—Entonces... ¿qué ocurre con Gina?

—Ocurre que me gusta. Mucho. Demasiado.

—Pues deberías ser valiente por una vez, Blake.

—Ya, el problema es que no quiero precipitarme.

—No tienes por qué hacerlo. Podéis empezar despacio, ¿no? ¿Qué os lo impide? Tenéis todo el tiempo por delante del mundo. Tú tan solo sé sincero con ella.

—No quiero decepcionarla —dijo bajito.

—No puedes pasarte la vida haciendo cosas por obligación o no haciendo otras por miedo a decepcionar a la gente que quieres. Mira, es cierto que te has pasado un tiempo comportándote como un niño de primera, pero estás cambiando y yo confío en ti tanto como tu hermano y los demás, ahora lo único que falta es que tú mismo lo hagas, porque parece que eres el único que todavía no se lo cree. Llevas semanas sobrio, lo que ya es todo un acontecimiento. ¿Recuerdas cómo era tu vida el mes pasado? Te pasabas el día durmiendo porque la noche anterior habías salido hasta las tantas. Solo tienes que seguir así.

Blake inspiró profundamente y luego dejó que Ava le diese un abrazo y que le frotase la espalda para reconfortarlo. Se quedaron en silencio unos

segundos, fundidos en ese abrazo, y después ella lo soltó y le sonrió emocionada y contenta.

—Gracias por esto, Ava.

—No hay de qué. Y a propósito, Blake, ese zapato que Gina perdió es muy importante para ella. No es un zapato cualquiera. Se lo hizo su abuela y fue el último regalo que le hizo, así que es único. Lo sé porque suele hablar de ello con frecuencia.

Blake le agradeció que se lo contase y, mientras se despedía de ella y volvía a la habitación para terminar de vestirse, se sintió como un idiota por no habérselo dado hasta entonces y, aun peor, por no haber dado un paso al frente con Gina. Se había comportado como un niño, buscando cualquier excusa para estar con ella, fingiendo ser su amigo, mudándose a su despacho cuando lo único que deseaba era una razón para tenerla cerca.

Qué idiota había sido...

Cuando salió de casa, respiró hondo y se dirigió hacia el restaurante en el que había quedado con Nicole. La chica lo esperaba sentada en una de las mesas del fondo y lo recibió con una sonrisa encantadora y un beso en la mejilla. Él se sentó enfrente de ella.

—Menos mal que hoy no hace tanto frío.

—Sí. Nicole, antes de nada, quería...

—Aunque dicen que pronto llegará la nieve.

—Yo quería... —Blake bajó la vista hasta su servilleta, pensativo, antes de alzarla de nuevo hacia ella y mirarla con pesar—. Quería ser sincero contigo, porque creo que he sido injusto. No busco nada. No es que no busque nada,

es que me gusta otra persona.

—Vaya, no sé si es la mejor forma de empezar la comida...

—Necesitaba decírtelo antes de dar pie a algún malentendido. Me he equivocado muchas veces en la vida, casi constantemente, pero por una vez estoy intentando hacer bien las cosas.

Nicole se quedó mirándolo durante unos instantes, como si estuviese intentando decidir si era sincero o no. Al final, terminó asintiendo con la cabeza y mostrándole una sonrisa.

—Está bien, no pasa nada. Lo entiendo. De todas formas, y puesto que vamos a ser socios, deberíamos disfrutar de esta comida. Gracias por ser sincero conmigo.

Y sin más, él y Nicole se pasaron el resto del rato charlando sobre el trabajo, el rumbo que ambos pensaban darle a sus carreras, planes futuros y temas diversos. No fue incómodo, como Blake había esperado, sino como una comida de amigos normal. Nada que ver como cuando subía a la azotea para comer con Gina porque, entonces, él sentía el impulso constante de tocarla por alguna excusa, ya fuese apretarle la bufanda o apartarle el pelo de la cara. Pero era agradable y, cuando quiso darse cuenta, los dos se estaban despidiendo.

En cuanto lo hizo, puso rumbo a una papelería y después regresó a casa. Buscó el zapato de Gina que había escondido en un cajón de la cómoda, cortó papel de envolver y celo y, tras meterlo en una caja, lo preparó todo como si fuese un regalo, porque quería devolvérselo así, de una manera bonita, y más después de saber lo que significaba para ella.

Al terminar, bajó al garaje y cogió su propio coche, porque no quería perder tiempo esperando un taxi. No pensó en la apuesta o en que Gina pudiese suponer una distracción; irían poco a poco, como Ava había dicho, no tenían ninguna prisa. Tampoco pensó en qué haría si ella le contestaba que no sentía lo mismo o que ya había perdido ese tren...

Cuando sonó el timbre de la puerta, Gina gruñó por lo bajo y maldijo que Zoe se hubiese ido a ver un partido de Jaxon, de modo que se levantó de la cama a trompicones, aunque lo único que deseaba era quedarse acurrucada entre las sábanas como una mariposa dentro de su capullo de seda, y después caminó por el pasillo envuelta aún en una de las mantas que se había llevado a cuestas y que sujetaba entre las manos.

Se quedó paralizada al ver que era Blake. Y estaba mirándola fijamente a los ojos con una expresión de ternura y alivio que a ella que dejó sin habla porque, de inmediato, no pudo evitar pensar en lo que había descubierto la tarde anterior cuando se hizo la prueba y que la otra parte de ese *pequeño problema* estaba justo delante de ella. La primera duda que la asaltó fue tan tonta como *¿tendrá sus ojos?* La pregunta apareció de golpe en su cabeza e hizo que se estremeciera mientras se hundía en las profundidades de aquel lago grisáceo.

—Pequeña, ni siquiera sé por dónde empezar... —La miró confundido y se pasó una mano por el pelo. Gina nunca lo había visto tan nervioso—. Siento lo que ocurrió ayer. Perdóname. Fui un imbécil, una vez más. Pero quiero...

me encantaría que lo intentásemos. Lo que intento decir es que me gustas. Me gustas muchísimo. No sé si ese sentimiento es recíproco, porque no se me ocurre qué razón tendría alguien como tú para sentir algo por un tipo como yo que desde luego no te merece, pero... si me dejas intentarlo...

—Blake... —Gina reprimió un sollozo.

—Te prometo que me esforzaré para no fallarte. Estoy cambiando y tú, de algún modo, has sido parte también de ese cambio y ahora... —Se mordió el labio inferior, resoplando algo intranquilo—. Ahora quiero seguir avanzando y se suponía que nada de distracciones, pero es que me muero cada vez que te tengo cerca y no sé qué sentido tiene seguir comportándome como un crío solo para darte celos o que terminemos peleándonos...

—Sí que eres idiota. —Gina sorbió por la nariz.

—Podemos ir poco a poco. Conocernos mejor.

Ella inspiró hondo. ¿Poco a poco? ¡Estaba embarazada! ¡Embarazada! La expresión *poco a poco* casi le hacía reír y sintió el impulso de gritarle de sopetón lo que le ocurría, pero temía asustarlo. Blake estaba allí, dando un paso al frente y pidiéndole que *se conociesen mejor* y ella estaba a punto de decirle que esperaban un hijo juntos. ¿Qué podía salir mal? Todo.

—Blake, yo... es que... —Dudó, temblando.

—Por favor, di que sí. Sé que hasta ahora nunca he tenido una relación seria, pero te juro que intentaré no fastidiarla. Iremos despacio, paso a paso —insistió—. Tenemos todo el tiempo del mundo, ¿verdad? Y te he traído esto. Es tu zapato.

Le dio la caja envuelta y decorada con un lazo de color rojo.

Gina se estremeció cuando él la cogió de la mano y tiró de ella para pegarla a su pecho. Su otra mano ascendió lentamente hasta acariciarle la mejilla con cariño mientras la miraba a los ojos con una expresión suplicante que a ella le partió el alma, porque aquel era el momento exacto en el que debía contarle la verdad, pero el problema era que no le salían las palabras. Estaba muda. No sabía cómo decírselo, como si tuviese la garganta atascada.

—Blake... —lo intentó de nuevo, fracasando.

—Di que sí. Vamos, pequeña, confía en mí.

Gina ni siquiera fue consciente que estaba asintiendo, lo siguiente que supo fue que Blake la abrazó contra su pecho y que sintió su respiración agitada en su cuello antes de que sus labios se encontrasen a medio camino y se fundiesen en un beso largo y lento que le nubló la razón. *Aquello era demasiado bueno como para tirarlo por la borda antes siquiera de que pudiese empezar*, pensó mientras los brazos de él la envolvían y la alzaban con facilidad. Enredó las piernas en torno a sus caderas y respondió cada uno de sus besos mientras él caminaba hacia su dormitorio. Cuando la dejó en la cama, se quedó mirándola desde arriba, con la respiración agitada y los ojos velados por el deseo. Le quitó la camiseta por la cabeza.

—Eres la mejor casualidad que me ha pasado en la vida.

—Tú tampoco estás nada mal. —Gina le sonrió y, durante los siguientes minutos, mientras él terminaba de quitarle la ropa y se hundía dentro de ella mientras le sujetaba las manos sobre la cabeza sin apartar los ojos de ella, se olvidó del bebé, de sus preocupaciones, de lo que se estaba callando y del miedo que le daba confesárselo y perderlo.

Blake ocupó todos y cada uno de sus pensamientos.

Cuando terminó gimiendo su nombre y él la siguió instantes después, se sintió más feliz que nunca, tendida junto a su cuerpo bajo las mantas mientras Blake le acariciaba el pelo con gesto distraído. Se quedaron en silencio, mirando el techo de la habitación.

—Los zapatos... —Gina parpadeó para no llorar—. Me los regaló mi abuela. Son únicos en el mundo, no hay otros iguales. Recuerdo que, en la nota que me mandó con la caja, escribió: *Dan suerte. Úsalos cuando quieras que el destino esté de tu parte.* Y creo que ahora lo entiendo y que ella tenía razón. —Sonrió entre lágrimas—. Porque esa noche te conocí.

—¿Por qué lloras, pequeña? —Le besó la mejilla, llevándose una de sus lágrimas—. Es algo bueno, ¿no? Está claro que el destino estuvo de nuestra parte ese día.

—Sí. —Gina se giró y lo abrazó, escondiendo la cabeza en su pecho para que Blake no viese que continuaba llorando, por todo y por nada a la vez, porque estaba tan confundida que le iba a estallar la cabeza y, si ni siquiera ella misma era capaz de interiorizar y asimilar cómo había cambiado su vida en aquel inesperado y agitado mes de noviembre, no quería ni pensar cómo se lo tomaría Blake, que aún había vivido más cambios en el trabajo.

—He estado pensando... —Él le acarició la espalda con suavidad, trazando círculos sobre su piel desnuda, calmándola sin saberlo siquiera—. Dentro de una semana tengo que celebrar Acción de Gracias con mi familia y, si no tienes planes, podrías acompañarme.

¿Conocer a todos los Miller? ¡A los abuelos de su hijo! Toda la familia al

completo. Se le formó un nudo en el estómago solo de pensarlo, pero, cuando alzó el mentón y vio la mirada ilusionada y esperanzada de Blake, terminó asintiendo con la cabeza y correspondiendo su sonrisa.

15

Blake entró en el despacho de su hermano tras llamar a la puerta (algo que antes nunca se molestaba en hacer) y se sentó enfrente de él dejando en la mesa la carpeta que llevaba en la mano. La abrió después con gesto distraído, mientras Dominic se despedía de la otra persona que tenía en línea a través de una llamada del teléfono móvil.

—¿Has terminado las tareas que te mandé esta semana?

—Sí y también he hecho algo más. —Le colocó un papel delante de sus narices, uno lleno de gráficos y números. Dominic frunció el ceño mientras le echaba un vistazo.

—¿Qué significa esto, Blake? —preguntó contrariado.

—Esto —señaló el folio—, significa que los de la empresa de marketing están haciendo fraude y quedándose con parte del dinero que les pagamos para la última campaña. No me ha dado tiempo a revisar la de años anteriores, porque había demasiado volumen de cosas que tener en cuenta para sacar una buena estadística, pero el cierre anual del año anterior está claro y los números no cuadran. Mira esto, contacté con las empresas que ellos subcontratan y a ninguna le pagaron lo que entraba en el plan que negociamos.

—Joder. —Dominic inspiró hondo, alucinado.

—He intentado calcular la diferencia, pero tendría que hacerlo otra vez con más tiempo, para estar seguros, porque es difícil ser preciso. Pero lo que está claro es que la hay.

Dominic alzó la mirada hacia su hermano, aún sorprendido e intentando asimilar lo que le estaba diciendo: que eso había pasado durante años delante de sus narices y ni siquiera se había percatado de ello. Se frotó el mentón con aire distraído.

—Blake, ¿cómo has averiguado todo esto?

—Hice lo que me mandaste, leí todo sobre el último año y hubo algunos números que simplemente no me cuadraron. En concreto, los del mes de marzo, ahí se les fue la mano y era más visible la diferencia en el presupuesto.

—Voy a llamar a la junta ahora mismo...

—De acuerdo. También tenía que comentarte otra cosa —dijo Blake, y Dominic no llegó a levantarse de la silla, se quedó mirando a su hermano pequeño entre maravillado y aletargado, sin poder aún asimilar lo que acababa de descubrir y el hecho de que él mismo no lo hubiese visto—. Lo que comentasteis el otro día en la cena sobre el marido de Ava, he estado pensando en ello... y creo que deberías contratar a un detective privado.

—Sigue hablando —le pidió impaciente.

—Si ya sabéis dónde reside ahora ese cabrón, no será difícil investigar su entorno y averiguar con qué chicas se ha relacionado durante estos últimos meses. Me apuesto cualquier cosa a que también se habrá comportado con ellas de la misma forma. Podrían testificar si les prometéis que estarán

seguras. Es una posibilidad. —Se encogió de hombros.

Dominic se pasó una mano por el pelo, aturdido, con los ojos fijos en Blake antes de asentir torpemente con la cabeza y ponerse en pie. Abrió la puerta, se asomó por ella sin llegar a salir del despacho y le pidió a su nueva secretaria, esa que Ava había contratado para él la semana anterior, que anulase todas sus citas del día y dejase su agenda libre.

Tenía mucho trabajo por delante.

Cuando se giró, Blake ya se había puesto en pie dispuesto a marcharse de allí, pero él lo frenó apoyando una mano en su hombro y mirándolo fijamente.

—Gracias por todo —le dijo, respirando hondo.

—No hace falta que hagas el paripé...

—Blake, lo digo en serio. Estoy orgulloso de ti. No es solo por esto, es por lo que has demostrado durante estas tres semanas, ¿te das cuenta? Puedes hacerlo. Y da igual lo que papá opine o diga, yo confío en ti y las cosas se muestran con hechos, eso es lo que cuenta y tú lo sabes. —Blake sacudió la cabeza algo incómodo, porque no estaba acostumbrado a recibir halagos de nadie y no quería emocionarse delante de su hermano mayor—. Y a propósito, me alegro de lo tuyo con Gina. Es una chica increíble.

—Sí que lo es. —Le sonrió, contento.

Salió del despacho casi flotando en una nube. Nunca se había sentido tan satisfecho consigo mismo. Era una sensación extraña, como de plenitud en el pecho. En un mes, su vida había cambiado tanto que casi no reconocía al chico que había sido, ese que no se preocupaba por nadie ni por nada y

mataba los días bebiendo y de juerga. Y ni qué decir de mantener una relación estable... Blake no había valorado los puntos positivos hasta entonces, pero tener a Gina todos los días entre sus brazos era un regalo. La seguridad de que, si cogía el teléfono o tenía algún problema, sabía a quién llamar sin dudar. Aquella última semana, habían hecho lo que él mismo le prometió, saliendo juntos a cenar, haciendo manitas en el pase de última hora de un cine indie, riéndose juntos y consumiendo las horas entre las sábanas, haciendo todas las cosas sucias que él le había susurrado al oído la primera noche, acariciándose con las manos, con la lengua y con todos los sentidos antes de caer rendidos y dormir abrazados.

Y no solo había sido perfecto con ella, también estaba más centrado. Volvía a pensar con claridad, había visto claro ese desajuste en el presupuesto en cuanto le echó un vistazo en su casa, acomodado en el sofá mientras Gina veía un capítulo de *Friends* y comía nachos sentada a su lado. Llevaba toda la semana loca por los nachos. Cuando le preguntó, enrojeció.

—¿Se puede saber qué te ocurre con los nachos?

—Están riquísimos. Un antojo. Quiero decir... —Apartó la mirada—. Que siempre me han encantado, solo que no recordaba hasta qué punto. ¿Y tú? ¿Desde cuándo te traes trabajo de la oficina? Quién lo iba a decir hace unas semanas...

Él sonrió al escuchar su risa alegre y le besó en la frente.

—No está tan mal cuando uno se acostumbra. Hasta es entretenido, según qué cosas, claro. —En ese momento, mientras ella volvía a reír por algo que habían dicho en la televisión, él vio claro el desajuste que había. Al principio,

con el cejo fruncido, pensó que sería un error y se levantó para buscar una calculadora, pero pronto se dio cuenta de que estaba en lo cierto y de que acababa de descubrir algo que nadie había tenido en cuenta.

Aquel día, tras salir del despacho de su hermano, fue corriendo al de Gina. Ella le sonrió detrás del ordenador y dejó de teclear cuando él se acercó, la sujetó por las mejillas y le dio un beso en los labios que la dejó casi sin respiración.

—¡Van a vernos! —Se quejó ella nerviosa.

—En primer lugar, las persianas lo tapan todo. Y, en segundo lugar, no sé si realmente eres consciente de que toda la oficina lo sabe y llevan cuchicheando sobre nosotros desde hace más de una semana, pequeña. Así que... démosles lo que quieren...

Lo dijo mientras deslizaba la mano por su cintura y cubría su trasero antes de apretárselo con una sonrisa. Gina enrojció y lo frenó colocándole las manos en el pecho.

—¿Estás loco? ¿Quieres cargarte tu reputación ahora que empiezas a recuperarla?

—Resulta que estaba en lo cierto con ese problema del presupuesto. Así que he pensado que, a partir de ahora, pienso dedicarme a revisar las cuentas de esta empresa, pero... mi hermano debe comprender que algunas cosas son incorregibles... —susurró besándola de nuevo—. Por ejemplo, la corbata. No pienso llevarla para trabajar, pero cederé si tengo que asistir a alguna cena de la empresa. Creo que es bastante justo.

—Cierto, parece razonable —opinó ella, casi gimiendo.

—Y hacerle alguna visita a mi novia de vez en cuando no estaría de más, porque todos sabemos que follar en la oficina debe de ser de lo más excitante que hay.

—¡Blake! —Se echó a reír—. Ni de coña.

—Eso ya me lo dirás en unos meses...

—Resistiré la tentación —insistió ella.

—Los dos sabemos que no. Te puedo asegurar que antes de Navidad lo habremos hecho sobre esta mesa, probablemente por la tarde, cuando casi todo el mundo se haya ido. No te preocupes, pequeña, dejaré que me muerdas el hombro para no gritar.

Blake se echó a reír como un niño y ella le dio un manotazo antes de suspirar e inclinarse para darle un último beso en los labios y alejarse un poco de él, porque por desgracia tenía razón y ya empezaba a sentir el calor ascendiendo por sus piernas.

—¿Nos vemos más tarde? —le preguntó él.

—He quedado con las chicas para merendar.

—Vale, llámame cuando acabes. —Se despidió de ella dándole un beso y después salió del despacho y se alejó con una sonrisa. En cambio, la sonrisa de Gina flaqueó en cuanto se fue.

Estaba mintiéndole. Mintiéndole y escondiéndole algo importante, crucial. El problema era que aquello se había convertido en una bola de nieve sin que siquiera se diese cuenta. Había cometido el primer error cuando asintió sin pensar el día que él acudió a su apartamento para pedirle una oportunidad. Y el segundo error fue que no se atreviese a decírselo en cuanto terminaron de

hacer el amor en su cama y se quedaron abrazados. Porque, después de eso, *el efecto bola de nieve* empezó. Cada día pesaba más que el anterior. Sabía que Blake no le perdonaría que hubiese estado escondiéndoselo durante todo aquel tiempo. Esa misma semana, un día que se había quedado a dormir en su casa, se había levantado con náuseas y había tirado la cena de la noche anterior por el retrete. Cuando él le sujetó el pelo, la ayudó a lavarse la cara y le preguntó qué le ocurría, tan solo le salió balbucear que le había sentado mal la cena, porque confesarle que estaba embarazada cuando acababa de vomitar, estaba pálida como el papel y a punto de echarse a llorar, tampoco le pareció una buena opción. En general, todos los momentos terminaban resultándole inapropiados.

Así que la bola se estaba haciendo más y más grande.

Algo que sus amigas le recordaron en cuanto se sentó en el sitio que siempre ocupaba en la cafetería. Lo peor era que, ahora que Ava lo sabía, se sentía aún más presionada.

—Es que tienes que decírselo —le insistió por tercera vez.

—¡Ya lo sé! ¡Pero no sé cuándo ni cómo! No es tan fácil como parece.

—Pues ensaya delante del espejo o algo —dijo Zoe—. Por ejemplo: *“Hola, Blake, ¿qué tal? Te sienta bien esa camisa. Por cierto, estoy preñada y tú eres el padre, ¿qué tiempo crees que hará mañana?”* O algo más sutil: *“Blake, ¿sabes esta locura que me ha entrado con los nachos últimamente hasta el punto de obligar a mi compañera de piso a ir a comprarme una bolsa a las tres de la mañana el otro día? Pues bien, no es porque esté chiflada, es que estoy embarazada y tengo un antojo”*.

—Dios mío, chicas... —Gina se rio por no llorar.

—También puedes escribirle una notita en la que ponga: “¡Felicidades!, vas a ser papá”, y dibujar corazoncitos alrededor para hacerla más mona. Ahora en serio, Gina, sea como sea, vas a tener que contárselo en algún momento, eres consciente de ello, ¿verdad?

Miró a Zoe con resignación y asintió, agotada tanto mental como físicamente. Tras enterarse de la noticia, Gina había empezado a entender muchas cosas, como el hecho de que se hubiese pasado el mes entero estando tan emocional y sensible.

—Me odiará en cuanto se lo diga. Ya no solo por la noticia en sí, sino porque sabrá que se lo he estado escondiendo todo este tiempo. ¿Cómo va a perdonarme algo así?

—No deberías haberte metido en este lío. —Jane suspiró.

—¿¡Crees que no lo sé!? No lo hice a propósito. Una cosa llevó a la otra y al final, no lo sé, al final estoy aquí, en una cafetería con vosotras, lloriqueando y odiándome por esto.

—¿Y no has pensado que puede que Blake lo entienda? —Ava rompió una lanza a su favor—. Tú lo sabes, últimamente está cambiado. No te lo diría si no lo creyese de verdad.

—Es que... acabamos de empezar a salir... —gimió Gina—. Se supone que esto tendría que seguir un orden lógico: gustarnos, decidir estar juntos, conocernos, ver qué tal se nos da eso de convivir y, ya si acaso, pensar en los hijos en un par de años. Pero no, ahora todo está el revés. ¿Cómo va a salir bien algo que ni siquiera comienza así?

—Cielo, no por eso algo es más perfecto. Algunas parejas siguen todos los pasos que has nombrado y al final no les funciona y terminan por tomar caminos diferentes. La vida no es una regla matemática. Al final casi consiste en ir improvisando según vienen las cosas.

Gina miró a su amiga Jane, que siempre parecía ser la voz de la razón y asintió con la cabeza, aunque todavía no estaba del todo convencida. El miedo la paralizaba. Y, por si eso no fuese suficiente, se sentía cansada (esa misma mañana, había estado a punto de quedarse dormida sentada en la silla del despacho), tenía náuseas y el temor se mezclaba con la inevitable ilusión cada vez que pensaba en el bebé que llevaba dentro.

—Lo sé, aunque para ti es fácil decirlo...

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Jane.

—A que tu relación ha sido justo a así: conociste a Gabe, os enamorasteis, os fuisteis a vivir juntos y ahora te ha pedido matrimonio... —suspiró hondo—. Sois ideales.

—Tú has conseguido cambiar a un hombre que todos dábamos por perdido —la interrumpió Ava con una sonrisa—. Si eso no es empezar con buen pie, ya me dirás...

—Ava tiene razón. —Zoe sonrió divertida.

—Claro que la tengo. Eso siempre.

Gina no pudo evitar sonreír, porque sabía que en parte era verdad y no solo por ella, sino porque él se lo había propuesto. En aquellas semanas, Blake había cambiado mucho. Parecía más seguro de sí mismo, más satisfecho y con otras metas y aspiraciones en mente.

—¿Qué tal le va a Jaxon la temporada? —preguntó cambiando de tema.

—Genial. —Zoe sonrió—. Aunque no sé cómo rinde en el campo con lo que lo hago rendir en la cama cada noche. —Se echó a reír, contagiando a las demás—. En serio, chicas, es imposible que me canse de él. Es droga. Necesito ayuda.

—Necesitas una colleja —contestó Jane riendo.

—Lo dice la que se manda *mensajitos hot* con Gabe.

—¡Oyeee! —Se sonrojó—. Solo lo hacemos a veces.

—Y yo te agradezco que hayas colaborado con el cambio en Blake —le dijo Ava a Gina con una sonrisa—. Porque desde que su hermano parece estar ayudando en la revista, Dominic está mucho más relajado... —explicó, dando a entender que *relajado* era que en realidad tenía más tiempo libre para *cosas más interesantes*—. Sobre todo, porque, como te dije, ha estado encargándole las tareas más difíciles para ponerlo a prueba.

—Siempre es bueno saberlo. —Gina sonrió.

—*La Bestia* ha terminado siendo un gatito mimoso —soltó Zoe y las demás se echaron a reír tan fuerte que Jane estuvo a punto de escupir su café en ese momento, mientras se miraban divertidas de reojo en aquella cafetería donde se perdían todas sus confesiones.

16

A Gina le temblaban tanto las piernas que no supo muy bien cómo consiguió exactamente bajar del coche y cerrar la puerta antes de dar un paso tras otro, cogida de la mano de Blake. Hacía tanto frío que le castañeaban los dientes y, al verla, él se echó a reír.

—No estés nerviosa, seguro que les caerás bien.

—Qué fácil es decirlo —gimoteó por lo bajo.

—Ya verás como sí. —Le dio un beso en la cabeza y después llamó al timbre de la inmensa mansión que se alzaba delante de ellos. La casa familiar de sus padres a las afueras de la ciudad, esa en la que vivían desde que habían decidido jubilarse y cederles el negocio, era una propiedad construida en ladrillo gris de tres alturas y tejado a dos aguas. Gina no recordaba haber visto una casa más preciosa en toda su vida y le daba tanto miedo que los padres de Blake pensasen que era idiota que apenas podía respirar. Si no fuese porque Ava también acudiría a la cena acompañando a Dominic, se hubiese negado a asistir. Demasiada presión.

—Blake, ¿tú estás bien? —le preguntó bajito.

Hasta ese momento, mientras esperaban a que les abriesen la puerta, había estado tan centrada en sus propios problemas que no se había molestado en fijarse en él. Y ahora se daba cuenta de que parecía tenso, con los hombros

rígidos y la mandíbula un poco apretada, aunque intentó disimularlo de inmediato mostrándole una sonrisa divertida.

—Claro, estoy genial. —Le dio otro beso.

La puerta se abrió unos segundos después y una mujer de mediana edad y vestida de forma absolutamente impecable los recibió. Era Dafne Miller y se puso de puntillas de inmediato para poder abrazar a su hijo, que aceptó el gesto a pesar de lo incómodo que lo hacía sentir. También dejó que le pellizcase las mejillas y que le arreglase un poco el pelo.

—Gracias por el entusiasmo, mamá.

—A ti por ponerte corbata esta noche. —Lo miró contenta y satisfecha antes de centrar su mirada en la chica que tenía al lado. Aunque Dafne parecía amable, de inmediato Gina se sintió desnuda ataviada en ese vestido barato de algodón, que se había puesto con unas botas y unos leotardos gruesos—. Encantada de conocerte. Gina, ¿verdad? He oído hablar de ti. Por suerte, todo han sido cosas buenas. Pasad, pasad, que estaréis helados de frío.

Dentro, el calor del hogar los envolvió. Ella se quitó la chaqueta y Blake la cogió para colgarla en un perchero que había al lado de la puerta. Antes de que pudiesen pasar a la siguiente estancia, Olivia salió a saludarlos con una sonrisa y su andar bailarín habitual.

—Es una suerte que mis hermanos tengan por fin relaciones serias —dijo mientras los acompañaba al salón—. Mamá y yo estábamos solas en el bando femenino.

La mesa ya estaba puesta, con un mantel granate y un centro con velas naranjas que estaban encendidas y le daban un toque al ambiente. Dominic y

Ava se levantaron para recibirlos y, en último lugar, también lo hizo el señor William Miller. Era un hombre robusto y de semblante serio, con una nariz grande y con personalidad y una mirada firme que se clavó en su hijo de un modo que a Gina le hizo encogerse sobre sí misma. ¿Por qué lo miraba de una forma tan hostil? Blake no fingió que no se daba cuenta, le dio un apretón de manos rápido, le presentó a Gina y después tiró de ella para que ocupasen el otro extremo de la mesa, casi como si intentase alejarse de él de forma premeditada. Dafne trajo en ese instante el bol del puré de patatas, la cesta de panecillos y la bandeja con el pavo relleno de Acción de Gracias.

—Damos gracias, señor, por haber reunido a nuestra familia un año más — comenzó a decir tras sentarse en la mesa—. Por darnos salud, amor y felicidad.

De inmediato, el sonido del movimiento de los cubiertos rompió el silencio y todos empezaron a hablar a la vez; Ava comentó lo bueno que estaba el puré, Blake pidió que le diesen un panecillo porque no alcanzaba a cogerlo y Olivia le preguntó a su padre si estaría dispuesto a comprarle un caballo, como si estuviese hablando de un vestido o algo así.

—No, hasta que no te lo ganes —le contestó William.

—Pero, papi... —Hizo un puchero encantador.

—No me mires así, no pienso ceder esta vez.

—¡No es justo! ¿Cómo voy a ganármelo si Dominic no me deja trabajar? Yo quiero participar en la empresa, pero cada vez que lo intento parece que estorbe.

—Es que estorbas —aclaró Dominic con contundencia.

—¿Lo ves? —Abrió mucho los ojos—. Siempre es así.

El señor William Miller gruñó por lo bajo, tragó un trozo de pavo y miró a su hijo mayor con la frente fruncida y sin mucho humor ni paciencia. Lo señaló con el tenedor.

—¿Por qué no le dejas que pruebe? Al fin y al cabo, le diste la oportunidad a tu hermano y los dos sabemos que, como mucho, se habrá dedicado a liarse con alguna chica de la oficina.

Un silencio incómodo y tenso lo llenó todo. Gina tenía un nudo en la garganta que le impedía respirar y, cuando contempló a Blake de reojo, advirtió que este estaba conteniéndose, con los puños apretados bajo el mantel granate y la mirada fija en el plato.

—Eso no es exactamente así... —empezó a decir Dominic, pero ella lo cortó.

—Le aseguro que su hijo ha hecho mucho más que *liarse con una chica de la oficina*, como usted dice. —Todos la miraron entre asombrados y temerosos. Ella misma estaba temblando por dentro, porque sabía que nadie se atrevía a contestarle directamente a William Miller, pero ver cómo trataba a su propio hijo y lo poco que confiaba en él le había dolido. Puede que Blake hubiese cometido muchos errores en el pasado, pero todos merecían una segunda oportunidad—. Para empezar, ha averiguado que la empresa de marketing, esa que usted mismo aprobó, hace desaparecer *por arte de magia* una buena parte de los fondos por el camino.

William parpadeó, sin comprender lo que ella le estaba diciendo. Con el ceño arrugado y sosteniendo los cubiertos con fuerza, giró la cabeza hacia su

hijo mayor.

—¿Eso que está diciendo es cierto? —gruñó.

—Sí. —Dominic asintió—. Pensaba contártelo más tarde, cuando terminásemos con el postre. Lo averiguó hace unos días y desde entonces he estado contrastando los datos y hablando con nuestros abogados. Pero sí, Blake vio que no encajaban los números.

El señor William Miller volvió a gruñir otra vez, por lo bajo, como si no supiese qué decir o pedirle disculpas a su hijo le costase un mundo. Cuando la adrenalina abandonó a Gina, el peso de todo aquello la golpeó de repente: le había hablado a uno de los hombres más ricos de la ciudad de Nueva York como si fuese un mero pardillo y probablemente la familia Miller le odiaría por toda la eternidad y ella tenía todavía un secreto que guardaba con fuerza y... estaba a punto de desmayarse. Como no saliese pronto de allí, esas cuatro paredes se le caerían encima y terminaría soltando alguna tontería o el denso silencio la aplastaría.

Así que ni siquiera fue consciente de lo que estaba haciendo cuando se puso en pie y la silla chirrió hacia atrás, pero lo único que sabía era que tenía que salir. Ya. De inmediato. Murmuró algo como “*necesito tomar aire*” y después desapareció del salón.

—Iré a ver qué le pasa —susurró Ava con timidez.

—No, ya voy yo —la interrumpió Blake.

Se puso en pie. Cuando intercambió una mirada con su padre, antes de dejar la servilleta en la mesa, pudo ver en esos ojos que tanto había admirado de pequeño algo parecido a la culpa y al arrepentimiento. Asintió con la

cabeza, dándole a entender que ni siquiera había falta que hablasen. Los dos se habían equivocado. Él, por ser un hijo poco agradecido y no saber poner freno a la vida frenética que iba a terminar por engullirlo. Y su padre, por no confiar nunca en él ni tenderle la mano cuando más lo había necesitado.

Sin embargo, en ese momento solo le preocupaba Gina. Darse cuenta de ello lo hizo sonreír, porque era sorprendente cómo esa chica se había colado en su vida en un mes, quedándose bajo su piel. Se habían cruzado durante años en las oficinas o en las cenas de empresa, pero ninguno de los dos se había fijado en el otro. Hasta la noche que lo cambió todo, claro. Como si de repente todo encajase y el hilo que los unía apretase con más fuerza, hasta el punto de que ninguno de los dos podía ya escapar de aquel lazo.

Frunció el cejo al salir de casa y ver que no estaba allí. Había empezado a nevar y hacía tanto frío que se llevó las manos a los labios para calentarlas con su aliento mientras rodeaba la propiedad. Al verla al girar una esquina, se quedó paralizado. Estaba inclinada, con las manos en el estómago, tosiendo, y parecía que acababa de vomitar. La abrazó por detrás y la apoyó contra su pecho con cariño antes de sacarse un pañuelo del bolsillo y dárselo.

—¿Te encuentras bien, pequeña?

—No, no estoy bien... —sollozó.

—Siento mucho que hayas tenido que verte envuelta en esta situación. Mi padre es un tipo complicado y te agradezco que hayas sacado las garras por mí —sonrió, intentando quitarle hierro a la situación—, pero de verdad que no era necesario. ¿Gina?, ¿me estás escuchando?

Tiró de ella para alejarla de allí y pegarla a la cornisa del edificio, donde al

menos el trocito de tejado los protegía un poco del frío. Los copos de nieve caían a su alrededor y, al poder mirarla al fin de frente, Blake vio que Gina estaba llorando. Las lágrimas heladas se escurrían por sus mejillas y su mirada estaba llena de temor y de tristeza.

Le sujetó el rostro con las manos, calentándole las mejillas.

—¿Qué te ocurre? Vamos, habla conmigo.

—Es que... es que vas a odiarme...

—Claro que no. ¿Es por esto? —Señaló con la cabeza la casa que tenían al lado—. Ya sé que ha sido un poco precipitado presentarte a mis padres, pero tenía ganas de que te conociesen y de pasar Acción de Gracias contigo y yo... lo siento si te has visto obligada.

—Dios, Blake, no es eso.

—Entonces, dímelo. Gina...

Sin dejar de llorar, ella lo miró a los ojos, porque era lo menos que podía hacer después de las semanas de silencio que llevaba guardándose aquello, siendo una cobarde. Inspiró hondo.

—Es que... estoy embarazada...

—¿Cómo dices...? —Parpadeó.

—Lo siento. Me daba miedo contártelo. —Sollozó más fuerte cuando él se apartó de ella de golpe y se tapó el rostro con las manos, incapaz de parar el torrente de lágrimas—. Te prometo que lo siento mucho. No sabía cómo... ni dónde ni cuándo... nunca encontraba el momento adecuado. He sido una egoísta, pero es que pensaba que tú...

Blake se llevó una mano a la boca, con el corazón latiéndole descontrolado

y caminó de un lado a otro, con sus pies crujiendo sobre la escarcha fría del suelo.

—¿Qué pensaste, Gina? —le preguntó serio.

—Que todo terminaría. Que tú... te alejarías.

—Joder. —Negó con la cabeza y cerró los ojos.

—Blake, perdóname. Debí contártelo, tenías derecho a saberlo...

—¿Cómo crees que me hace sentir que te diese miedo decírmelo? ¿Cómo tendría que tomarme algo así? —La miró enfadado—. Es que eso dice mucho sobre la imagen que tienes de mí, Gina, y al final no es tan diferente a la de mi padre ni a la de todos los demás. ¿Crees que te habría dejado? ¿Por qué pensaste algo así? —preguntó dolido.

—Porque tú dijiste que querías ir poco a poco...

—¡PORQUE NO LO SABÍA! ¡Porque es lo que se dice en estos casos! El curso natural de las cosas. Que estés embarazada lo cambia todo y no necesariamente en un mal sentido. No entiendo cómo se te pasó por la cabeza que me alejaría de ti...

Gina sollozó más fuerte, tapándose la boca.

—Deja de llorar —le pidió él, aunque sonó más brusco de lo que pretendía, porque los nervios lo sacudían y era demasiada información para procesarla en un minuto—. Gina, por favor, no llores más. —Al final, se acercó y la abrazó, meciéndola entre sus brazos.

—Lo siento mucho... —repitió ella.

Se quedaron un largo minuto fundidos en un abrazo, con sus cuerpos pegados y calentándose mutuamente mientras los copos de nieve caían cada

vez con más fuerza, adhiriéndose en el cabello cobrizo de Gina y en sus hombros. Él se apartó con un suspiro, le sujetó las mejillas entre las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Escúchame bien, porque quiero que te memorices esto que voy a decirte ahora, ¿de acuerdo? —Ella asintió, con los ojos enrojecidos y aún húmedos—. Yo estoy loco por ti. Y no suelo hacer muchas cosas en la vida, como sabes, pero cuando me propongo hacer algo, lo hago de verdad y porque quiero. No te pedí salir por un capricho, ¿vale? El día que aparecí en tu apartamento con ese zapato en la caja, te aseguro que sabía muy bien lo que estaba haciendo: estaba apostando por ti y por nosotros. —Susurró y, en ese momento, deslizó la mano con suavidad por su cintura hasta llegar más abajo y posarla en su tripa. Ante el gesto, a Gina le temblaron las rodillas y volvió a echarse a llorar—. Y lo hice porque estaba seguro de que teníamos futuro. Quiero que tú pienses lo mismo cada vez que me mires, pequeña.

A ella se le quebró la voz cuando contestó:

—Pienso lo mismo. Te necesito, Blake.

—Bien, porque no quiero más dudas ni más mentiras. A partir de ahora, no nos ocultaremos nada más, ¿de acuerdo? Prométemelo —le rogó.

—Te lo prometo —susurró ella, temblando.

—Y en cuanto al bebé...

—... Fue la primera noche.

—Ya me lo imaginaba. Qué puntería.

—Se suponía que no estaba en el plan.

—Una vez oí algo así como que los mejores planes son esos que se

improvisan. Y me da que tú y yo vamos a seguir eso al pie de la letra — murmuró divertido antes de besarla. Gina se rio y le rodeó el cuello con los brazos, ignorando la nieve que caía y el frío que hacía, porque nada ni nadie podría empañar ese momento y la felicidad que los llenaba.

Blake apagó el ordenador, revisó su reloj y sonrió. Llevaba todo el día pensando en ella, pero ni siquiera la había podido ver durante la hora de la comida porque había acompañado a su hermano a una comida de la empresa, así que, cuando se puso en pie, lo hizo contento. Después de pasar horas entre papeleo y números, salir del despacho siempre era una bendición. Puede que se estuviese acostumbrado a eso de acudir puntual a la oficina y cumplir con sus obligaciones, pero seguía gustándole divertirse y hacer alguna que otra travesura.

Bajó una planta en el ascensor y pasó por el despacho de Gabe, que ya estaba recogiendo. Su mejor amigo alzó la cabeza y le sonrió mientras guardaba las cosas en un maletín.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Me echabas de menos? Nos hemos visto hace diez minutos.

—No te hagas ilusiones. —Blake suspiró—. Venía por un asunto que tenemos pendiente. ¿Recuerdas esa apuesta que hicimos el mes pasado? La de que, si conseguía demostrarles a todos que era capaz de ocuparme de mis responsabilidades, tú trabajarías para mí o que, en caso de no conseguirlo, te quedarías con mi coche deportivo.

—Claro que lo recuerdo, no soy imbécil.

—Un poco sí que lo eres —bromeó Blake.

—¿Vienes a restregarme la victoria? Aunque no te lo creas, me alegro por ti. Quería que ganases. Por eso te lo propuse, porque confiaba en ti. —Gabe lo miró. Era sincero.

—Lo sé y esa es la razón por la que tengo algo para ti...

—¿Debería asustarme? —preguntó divertido.

—No lo creo. —Se sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó.

—¿Qué es esto? —Gabe frunció el ceño, mirándolas.

—Es evidente, ¿no? Las llaves de mi coche.

—¿Te has vuelto loco? Venga, Blake, no vuelvas a las andadas.

—No lo haré. El coche es mi regalo de boda por adelantado.

—Joder, Blake, eres...

—El mejor amigo del mundo, lo sé —bromeó.

—A Jane le va a dar un infarto. Odia la velocidad.

—Bien, dicen que discutir mantiene la chispa viva.

Gabe dio un paso al frente y abrazó a su amigo, palmeándole la espalda. Cuando se separó de él, miró las llaves aún alucinado, con una gran sonrisa cruzándole la cara.

—Pero, dada mi generosidad, quería pedirte un pequeño favor.

—Sabía que tenía truco. —Gabe entrecerró los ojos.

—No es nada imposible. Las oficinas ya están a punto de cerrar, pero necesito que aligeres un poco la salida del personal, ¿me entiendes? Es viernes, no debería ser un problema para ti, seguro que la mayoría están deseando llegar a sus casas y disfrutar del fin de semana.

Gabe lo miró divertido y chasqueó la lengua.

—Eso está hecho, cuenta con ello.

Blake lo vio salir con una sonrisa y, acto seguido, se dirigió al despacho de Gina, que seguía trabajando, como siempre. Aún no había cerrado la puerta cuando se escuchó la alarma del edificio y los gritos de Gabe a lo lejos anunciando que era un simulacro de incendios y que todos tenían que salir cuanto antes de allí para cumplir el plazo temporal reglamentario.

—¿Qué está ocurriendo? —Gina se levantó—. ¿Qué es esa alarma?

—Nada importante. —Blake cerró las persianas, sonriente.

—¿Qué estás haciendo exactamente? —Lo miró, confusa.

—Preparar el ambiente, alejar a posibles intrusos...

—Blake. —Gina sintió un cosquilleo de repente.

—Te lo prometí. Te dije que un día te follaría en esta oficina y creo que ha llegado ese día. Llevo planeándolo toda la semana, pequeña. Y ahora aquí estamos, solo tú y yo y esa mesa.

Gina sonrió con gesto seductor y, antes de echarse a reír mientras él la miraba como si ya estuviese devorándola, se desabrochó los primeros botones de la camisa dejando al descubierto el sujetador y agradeciendo que la calefacción estuviese al máximo.

—Así me gusta, que no te hagas de rogar... —Blake se acercó a ella, la sujetó por la nuca y la besó profundamente antes de alzarla en brazos y sentarla sobre su escritorio tras apartar algunos papeles. Deslizó una mano por su estómago y se inclinó para hablarle al bebé, como solía hacer casi todas las noches—. Cariño, duérmete y no escuches nada de lo que papá y

mamá van a hacer a continuación, porque va a ser... épico —terminó mirando a Gina.

—Eso no suena nada mal —dijo ella sonriente.

—Haré que cambies “*nada mal*” por un “*no pares nunca, Blake*”.

—Estoy deseándolo... —gimió ella cuando él volvió a besarla y supo que la chica que un día perdió su zapato había encontrado al final su *felices por siempre jamás*.

FIN.

Próximamente...



Olivia Miller es la hija pequeña de una familia adinerada, así que está acostumbrada a lograr todo lo que quiere. Y en esos momentos desea un caballo, un coche nuevo, más crédito en su tarjeta y... que su familia deje de pensar que es una chica tonta, aunque eso nunca lo admitirá en voz alta porque es demasiado orgullosa. De modo que, cuando su hermano y director de la revista Golden Miller le da otra oportunidad para demostrar su valía, ella está dispuesta a conseguir entrevistar a ese famoso cantante de rock llamado Liam Carter.

Lo que Olivia no sabe es que Liam es un músico reservado e inaccesible que lleva años sin conceder ninguna entrevista a un medio de comunicación. Así pues, tratándose de una tarea imposible, ¿colarse en su casa es una opción cuando ha agotado todas las demás vías existentes? ¿Qué está dispuesta a

sacrificar para lograr su misión? Y todavía más importante, ¿por qué ese hombre oscuro y seductor le resulta tan irresistible...?

Todas las de la serie...



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?

